

UNIVERSIDAD NACIONAL
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS (Idela)
CÁTEDRA JOAQUÍN GARCÍA MONGE

MEMORIA COMUNITARIA DE
PIEDES DE SANTA ANA



CUADERNOS DE APORTES TEÓRICOS
NUESTRA AMÉRICA

Editorial de la Universidad Nacional
2005

Primera edición: junio 2004

Autores (las voces de Piedades):

Gloria Artavia Mena
José Fausto Artavia Vargas
Lenín Avila Delgado
Jorge Delgado
Gabriel “Lito” Guillén Rivera
Carlos Guadamuz Hidalgo
María Isabel Mena Morales
Marlon Mora Jiménez
Georgina Morales Morales
Florita Morales Vargas
Guillermo Ramos Morales

Investigación, edición y trabajo fotográfico: Marlon Mora Jiménez.
Coordinador de la Cátedra “Joaquín García Monge”: Oscar Rojas Flores.
Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos: Julián González Zúñiga.
Apoyo secretarial: María de los Ángeles Sánchez Esquivel.

ÍNDICE

| | |
|---|-----------|
| Nuestro pueblo piedades hoy, ayer y viceversa | 5 |
| Canción: Piedades | 7 |
| Tema I: Aquel pasado maravilloso | 8 |
| Rescate de valores y costumbres del pueblo de Piedades | 8 |
| Los trapiches de Piedades | 11 |
| Pies descalzos | 18 |
| Los entierros (sepelios) de mi pueblo | 21 |
| Los finados | 26 |
| El rosado verano | 28 |
| La riqueza mínima y grande de Abraham Morales | 30 |
| ¡Juiga! | 31 |
| Historia de los turnos anteriores a partir del tiempo que yo recuerdo | 32 |
| Origen de la parada de buses de Piedades | 33 |
| | |
| Tema II: Pueblito santaneco | 37 |
| Riquezas y pobreza | 37 |
| ¡Rrraaamillos! | 40 |
| Lo que se han de comer los gusanos... que se lo coman los humanos | 41 |
| Aquí hay pa' juntos | 42 |
| A lico le decíamos chopo | 44 |
| Ñorjo | 45 |
| Tiempos de paz y esperanza | 47 |
| Lavanderas, aquí y en Tiscapa | 49 |
| | |
| Tema III: De todo un poco | 51 |
| Cimientos de una familia piadosa | 51 |
| Lo eclesiástico en la iglesia católica de Piedades | 57 |
| En la Iglesia vieja sí asustaban | 58 |
| Rezos y rezadores | 59 |
| El portal de barrilito | 60 |
| Los pies rosados | 62 |
| La casa en el cafetal | 63 |
| ¡Presente! | 65 |
| Música y semilla de marañón | 67 |
| | |
| Tema IV: Vivencias | 69 |
| La plaza de deportes de Piedades | 69 |
| Los juegos de guápiles | 71 |
| El juego de la paleta | 78 |
| Las aventuras de Tobal | 84 |
| Un justificado tiro al aire | 91 |
| Hablando en plata blanca | 93 |

| | |
|--|------------|
| El oro sonriente | 94 |
| Tema V: Vidas e historias... | 96 |
| Las cosas de la vida | 96 |
| Perdido y vuelto a encontrar | 100 |
| Juan Ratón... | 109 |
| Seringa, nadie sabe para quién trabaja | 110 |
| Mi tata y los media cuchara | 112 |
| Si me hubiera matado | 115 |
| La doña de Piedades | 116 |
| Hombre de paz | 120 |
| Flaquita de feria | 123 |
| Cierre final | 126 |
| Aquella memoria maravillosa | 126 |
| Anexos fotográficos | 129 |

NUESTRO PUEBLO PIEDADES

Hoy, ayer y viceversa

Este libro es una posibilidad que abre el Instituto de Estudios Latinoamericanos (Idela) de la Universidad Nacional a toda la comunidad de Piedades de Santa Ana de conocer, adentrarse y recordar para siempre el pasado de las memorias de nuestro pueblo. De esta forma, bajo la dirección de Julián González, director del Idela, la coordinación del profesor Oscar Rojas y con la colaboración de una serie de personas de la comunidad logramos se escriban pedacitos en esta recopilación de datos del siglo pasado. Así mediante investigación con raíces autóctonas de la comunidad se logró reconstruir imágenes, momentos, fechas y situaciones que ya más nunca volverán.

Los trapiches y su ubicación en todo el distrito, los juegos de la época: el guápil, la paleta o las mejengas en el potrero, las jornadas de trabajo en el campo con el sol como amigo entrañable, la torta de huevo y los frijoles con queso: el almuerzo de los jornaleros, esas y otras remembranzas recoge este libro hecho por Piadosos para Piadosos.

Cuenta Olivier Jiménez que en su infancia arreaba cien o más chanchos por más de ocho kilómetros entre trillos improvisados por natura. Imaginen entonces qué pasaba cuando a uno de esos cerditos se le ocurría pasear y hacer del pobre Olivier un Sherlock Holmes, en medio de la inhóspita Piedades. Este era el oficio de un niño que para la época ya sabía valerse por sí solo. Qué duro ¿no? Pues ese era nuestro terruño, esa era nuestra realidad en la Costa Rica de antes. Esa Costa Rica colmada de trabajo que tatuaba el sol en sus rostros y llena de vivencias por el respeto de lo ajeno donde los personajes más importantes del pueblo eran el sacerdote, el maestro y el agricultor.

Pero también una comunidad plagada de recuerdos e incidentes guardados con recelo, piezas perdidas de ese rompecabezas de la historia. La muerte de un niño conocido como Chaloy en un trapiche¹, la partida del padre Gutiérrez al cielo o una mujer que vivió en la Peña de los Pericos a la intemperie, sola con sus gatos al mejor estilo de una Gatúbela de la modernidad, todos estos sucesos son palabras mudas que cuentan parte de la idiosincrasia de nuestro querido pueblo. Aquellos eran tiempos maravillosos donde las familias podían sacar a asolear las pepitas de oro y en las que un bigote servía para cerrar un trato.

Por ello, la belleza escénica junto con sus pobladores hoy le cuentan su historia singular y linda plasmada de la mano de Adilia Fernández Solís, Flor María “Florita” Morales, Francisco Chavarria, Carlos Guadamuz, Cristóbal “Tobal” Porras, Gabriel “Lito” Guillén, Gabriel Morales, Gerardo Morales, Georgina Morales, German Mora Fernández, Gloria Artavia, Guillermo Ramos, Jorge Delgado, José “Trino Siete” Artavia, Marcos Mora Fernández, Mariano Mora Aguilar y Sergio Zamora. Todas estas voces tuvieron la oportunidad de expresarse por medio de la palabra, de plasmar sus historias —que son las de su pueblo— con el incentivo del proyecto “Recuperando nuestra memoria comunal”, que desarrolla el Instituto de Estudios Latinoamericanos dentro de su Cátedra “Joaquín García Monge”, labor en la que participan distintas comunidades del país y en la cual los adultos mayores representan esas voces... del recuerdo.

Marlon Mora
Abril de 2004

¹ Que mientras agonizaba en su propia casa decía a su madre: “Mamá, yo voy por el pan”. Imaginen la formación de las personas de antes, que este niño de escasos siete años ya tenía responsabilidades que la misma muerte no lo dejó cumplir. El suceso nunca se aclaró...

PIEADADES

Autor: Lenín Ávila Delgado

Este humilde canto es para mi pueblo,
con él quiero decir lo mucho que le quiero.
Piedades de Santa Ana, razón de mi alegría,
reflejan tus paisajes, belleza todo el día.

Pueblito lindo y querido recibe este canto mío,
con él yo quiero contarte lo mucho que te he querido,
tus calles he caminado y tus ríos he conocido,
en sus pozas me he bañado y en tu seno yo he crecido.

Tus verdes montañas son motivo de mis nostalgias,
de paisajes muy queridos, que me recuerdan la infancia,
de esas jugadas de trompos y bolinchas que yo me daba,
y de esas buenas mejengas, que en las tardes nos esperaban.

Levanto con alegría mi canto para mi pueblo,
para mi pueblo piadoso, que tanto, yo tanto quiero,
su gente maravillosa y de vida muy sencilla,
son un bonito ejemplo de mi linda Costa Rica.

Piedades de Santa Ana, razón de mi alegría,
reflejan tus paisajes, belleza todo el día.

Piedades pueblo querido, de ti no me marcharía,
a vivir a otra parte, pues en ti está mi alegría,
como buen costarricense, al mundo quiero cantarle,
que no existe otro pueblo, más lindo que mi Piedades.

Piedades de Santa Ana, 1998

TEMA I
AQUEL PASADO MARAVILLOSO
Rescate de valores y costumbres del pueblo de Piedades

Orígenes

Hace varias décadas llegaron a poblar este inhóspito terruño -hoy Piedades- tres valientes personas de origen español. Desde el inicio fue una lucha sin cuartel contra todas las adversidades que presentaba la naturaleza. Desde un principio surgió la idea de dividir la superficie en tres segmentos: las partes norte, sur y oeste, cuyos límites eran trillos. Una vez instalados, comenzó la lucha por la sobrevivencia y desarrollo del pueblo, en forma lenta pero segura, dados el temple y la tenacidad que caracterizaron a estas personas.

Uno de los colonizadores de apellido Morales, fue uno de los grandes bastiones en el desarrollo del pueblo de Piedades, ya que sus descendientes heredaron grandes extensiones de terreno, y dada su cultura donaron terreno para la escuela, la iglesia, la plaza de deportes y otros. Desde el primer día la lucha fue titánica, ya que no había negocios, farmacias, transporte, ni caminos. Por eso la bestia desempeñó un papel importante, lo mismo que los bueyes y la carreta.



El ambiente

Es de suponer que el ambiente de esa época era bastante bueno, ya que no existían fábricas que lo envenenaran, como las que tenemos hoy día. Pero no todo era tranquilo para el hombre, ya que dentro de esa “tranquilidad” existían algunas enfermedades que dormían paulatinamente y que al llegar el hombre despertaron haciendo mucho daño a los pobladores de esa época. De acuerdo con lo narrado por personas adultas, una que despertó terror fue la lepra. Las medicinas que abundaban en ese tiempo eran las plantas naturales.

Me imagino que vivir en ese tiempo era bonito: transitar por trillos o montañas muy agrestes, dadas las herramientas con que contaban, era una odisea. Lástima que mucha de esa flora y fauna esté perdiendo, hoy en día, su derecho a vivir porque el hombre no ha sabido valorar la riqueza que Dios le puso para que la disfrutara. Hoy, muchos árboles que hicieron gala de ese

ambiente se encuentran fuera de la composición familiar, como el tucuico, el trompillo y el jarco. En realidad, es una lástima que toda esa riqueza que Dios puso al servicio suyo, haya sido derribada por el mismo hombre.

Modo de vida

El modo de vida de estos pobladores fue muy duro, por la lucha contra todas las adversidades que la misma naturaleza presentaba. Dada la fortaleza que los hacía invencibles, aunaron esfuerzos y lograron, poco a poco, avanzar hasta lograr parte de sus ilusiones.

La calidad de la gente, en términos generales, era aceptable, obligados a mantener entre ellos la mayor cordialidad si deseaban salir delante de esa gran batalla que los obligaba a vencer o a ser vencidos. Aquí es aplicable una frase del evangelio de San Marcos (10: 35-45) que dice: “El que quiera ser grande, sea vuestro servidor; el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. El hombre no ha venido para que lo sirvan, sino para servir”.

La moneda

Creo que desde la independencia de Costa Rica, la moneda oficial es el colón, que mantuvo por décadas su valor original. Pero a través de los años fue perdiéndolo, dada la gran inflación que hoy día nos maltrata. En esa época fue dura la vivencia ya que el circulante monetario era muy escaso, puesto que la producción cosechada era imposible de transportar al no haber otros medios para hacerlo, únicamente la bestia.

Como anécdota, me contaba papá que él alistaba tres cajuelas de frijoles y al hombro las llevaba hasta San José por caminos malos y los vendía en dos colones con cuarenta centavos (₡2,40). Como decimos nosotros, por la víspera se saca el día, y no hay duda de que la gente de ese tiempo tenía un temple envidiable que si fuera aplicable a nuestros tiempos, Costa Rica sería una nación superdesarrollada económicamente.



Trabajo

Nuestros antepasados trabajaron por la superación, no sólo en lo personal, sino en el adelanto del pueblo de Piedades, ya que hoy vivimos con todas las comodidades. Cabe decir que hoy día hemos perdido ese temple, esa honestidad y lo cristalino de sus

actividades. Esa manera de ser los hizo grandes en su tiempo.

Hoy con nostalgia recordamos a esas personas, que se manejaban con toda honradez dando crédito a su confianza. Un pelo del bigote garantiza toda operación entre ellos, ya que no existían pagarés o documento alguno que garantizara su operación.

Adjunto dos fotografías: pie de la foto 1: Familia Ramos Morales. Pie de la foto 2: Lito y Elías disfrutando el ambiente... aquella belleza escénica.

Gabriel "Lito" Guillén Rivera



Los trapiches de Piedades

Si algo me produce gratos recuerdos y si de algo, a la vez, siento nostalgia, es el traer a la memoria la época de los trapiches en Piedades. Esos molinos fabricados de hierro —algunos pocos en madera— que se instalaban a la orilla o muy cerca de un río o una quebrada y en muchos casos contiguos a la casa de habitación de su dueño y ubicados en el punto central de un enorme galerón, sin paredes, edificados con altos y gruesos horcones de guachipelín o de madero negro en las esquinas y de otros más delgados en las partes intermedias, con techo de teja o hierro galvanizado (zinc); su paila grande de hierro o de cobre para cocinar el jugo de la caña, situada cerca del trapiche o molino, su hornilla para quemar leña gruesa y calentar la paila, construida con grandes piedras labradas y su chimenea para el escape del humo que se originaba en la hornilla, situada a un lado del galerón y generalmente construida en forma cuadrada o redonda y en ladrillo colorado.

Bajo el techo de esos grandes galerones se llevaba a cabo todo un proceso que tardaba muchas horas para venir a transformar la caña de azúcar en delicioso dulce, al que se le daban muchos usos, pero como principal el de elaborar la famosa y muy común y corriente “agua dulce”, que tomábamos sobre todo al desayuno, pero que también ingerían envasada en recipientes de media o una botella los agricultores a la hora del almuerzo para ayudarse en la ingestión y digestión de esta comida o, como se decía en aquel tiempo, para ayudarse a bajar la comida. También la tomábamos en la tarde o en la noche antes de acostarnos.

A los chiquillos, en la tarde o en la noche nuestras madres procuraban no darnos o darnos muy poquita porque el agua dulce era buena para provocar ganas de orinar y en el caso específico de nuestro hogar, nuestra madre nos acostumbró a tomar la de la tarde bastante rato antes de acostarnos, a una hora fija, a las 5:00 p.m., y así evitar que le hiciéramos lo que ella llamaba “grandes barriales”, o sea, orinadas de tal magnitud, de tal volumen, que mojábamos toda la humilde ropita o el saquito de gangoche en que dormíamos, lo cual era motivo de que al día siguiente tuviera que dar lo que llamaban “grandes aporreadas” de ropa para poder quitar todo lo apestada que quedaba toda aquella ropa. Y de tal manera estábamos acostumbrados a tomar el agua dulce en la tarde, que cuando se acercaba esa hora ya estábamos reclamando “la bebida de las 5” y con más gana la reclamábamos si por alguna razón se había pasado un poco esa hora.

También era muy usual el dulce de tapa, que con ese nombre se le conocía en esa época y aún hoy en día, para hacer ayote con dulce, yuca con dulce, miel de toronja, cajetas de coco y de cualquier otro artículo, hacer atol, arroz con leche, buñuelos, alfajores, hacerle bebidas alimenticias al ganado y también lo usaban los agricultores para comer en trocitos y beber agua cuando estaban realizando en sus fincas trabajos muy pesados y bajo un sol abrasador.

Y volviendo al comentario del trapiche en sí, el laboratorio – llamémoslo así – en que se elaboraba el dulce, originaba en mí y creo que en todo el que visitaba un trapiche cuando estaban moliendo, una sensación de gusto, de agrado, de profunda satisfacción el estar bajo aquel galerón

amplio, sin paredes, pero muy bien cimentado en gruesos horcones de guachipelín o madero negro, como se dijo, y observar o seguir todos los pasos del proceso de la elaboración del dulce, que se dividía en varias etapas.

Lo primero era moler la caña, para lo cual había que cortarla en pedazos o trozos de una vara de largo más o menos para meterla en las mazas (las muy conocidas muelas) del trapiche para que fuera triturada y así por un lado salía el delicioso caldo (jugo) de la caña y por otro lado el bagazo, o sea la fibra de la caña ya pasada por las muelas del trapiche. Algunos trapicheros acostumbraban pasar la leña entera por las muelas del trapiche.

Luego, si el trapiche era muy humilde, muy rudimentario y no tenía conexión directa por cañería con la paila, entonces venía la labor de pasar con baldes y con grandes cucharones el caldo hasta la paila, desde un estañón donde caía luego de pasar la caña por las muelas; aquí, aquí empezaba la etapa de cocción, o sea, de cocinar el jugo o caldo, que era la que más tardaba, para cuando ya estuviera en su punto sacarlo hirviendo todavía con cucharones para “chorrearlo” en los moldes de madera de donde era sacado para envolverlo, la mayor parte de las veces en hojas secas de la misma caña de azúcar y algunas otras en cáscaras secas de vástago de guineo, y aquí se hacía sobre todo en tamugas o conjuntos superpuestos de cuatro (4) tapas, pero también en atados o conjuntos de dos (2) tapas, para destinarlo, parte al consumo del hogar del dueño del trapiche y parte a la venta para procurarse el propietario ingresos económicos para el sustento de su familia a la vez que para continuar trabajando.

¡Qué bonito era estar en el trapiche desde el inicio del proceso y poder saborear primero un cucharón de delicioso caldo de caña, recién salido de las muelas del trapiche!, recipiente aquél que relucía de negro – quizás de no lavarlo o de apenas pasarlo por agua – luego comer ronda, una especie de escarcha que se formaba en la orilla de la paila, justo en el extremo del círculo formado por el caldo hirviendo de la caña, la cual se cogía generalmente con un pedacito de bagazo (el desecho de la caña).

Antes de esto estaban las espumas primeras, un poco oscuras y no muy apetecidas porque en ese momento la miel no había sido purificada de la tierra y basuras transmitidas por la caña al ser molida. Posteriormente se echaba a la miel la lejía, preparada a base de cal o de ceniza, y aquí se procedía a purificar o limpiar la miel sacando toda la suciedad con un pazcón. Algunos usaban mozote, en vez de lejía, con el mismo propósito. Después de esto venían las muy apetecidas espumas blancas por ser de muy buen sabor, que eran las que se formaban cuando estaba a punto de parar la tarea, es decir, que la miel ya estaba casi lista para ser transformada en dulce. Para que la miel bajara o se asentara se le echaba un poco de manteca.

Concluida esta etapa se procedía a trasladar o sacar la miel de la paila y depositarla o echarla en la canoa, que era un artefacto grande de madera, de unos cuarenta centímetros de ancho por dos metros de largo y unos treinta centímetros de hondo, en donde era movida o revuelta en forma rápida o continua con unas paletas de madera anchas y de mango muy alto llamadas palas, tarea que la realizaban dos personas de pie a la orilla de la canoa por bastante rato hasta ser convertida aquí en caliente dulce semilíquido, que de aquí era sacado en recipientes grandes de hierro llamados cucharones – especie de tazones con mango – y depositado en los moldes recién remojados, en donde se dejaba un buen rato para que endureciera, para al final ser volcados para vaciar el dulce bien modelado en muy bonitas y atractivas tapas.

Pero antes de sacar o trasladar la miel para ser revuelta se producían o se elaboraban lo que en mi caso particular considero era lo más sabroso de todo este proceso de elaboración del dulce y que eran los conocidos “puntos”, que se hacían sacando con una cuchara grande de madera un poco de miel a punto de ser convertida en dulce, se echaba en un recipiente con agua, se revolvía un poco con los dedos de la mano y luego la sacaba el trapichero de aquel recipiente y se

lo daba a cada persona visitante del trapiche que esperaba ese momento, para lo cual cada uno tenía que esperar su turno. También se hacía el “punto de canoa” que se preparaba sacando un poco de miel cuando se estaba revolviendo en la canoa para ser convertida en dulce.

También se hacía lo que se llamaba “sobado”, que se preparaba separando una pequeña o regular porción de miel antes de estar a punto de ser convertida en dulce, como quien dice un poco de miel un poquito cruda, se dejaba enfriar un poco y luego se batía bien con paletas de madera en una pequeña batea también de madera, resultando un producto de un sabor un poquito diferente al del dulce hecho en tapa y un poco más suave que éste, pero de agradable sabor como todo lo producido en el trapiche. Al sobado se le daba generalmente la forma de una tortilla muy gruesa, pero algunos dueños de trapiche tenían unos moldes muy pequeños en donde se le daba al sobado la misma forma de la tapa del dulce pero en miniatura.

También había propietarios de trapiches que hacían melcocha, que era una especie de bola que resultaba de batir fuertemente y por mucho rato una porción de miel cuando estaba a punto de ser convertida en dulce, a la que se le agregaba queso molido, maní y a veces algún sabor artificial (espíritu de vainilla, por ejemplo), resultando la melcocha de un sabor muy agradable. Este producto era conocido también entre la gente con el especial y extraño nombre de “birringo”.

Los trapiches, para efectuar la molienda o la “molida” de la caña, eran manejados por bueyes, salvo uno que era manejado por caballos, que luego citaremos. En algunos lugares eran manejados por motores, generalmente de diesel, pero estos casos resultaron mucho tiempo después, pues el indicado combustible no es de tan vieja invención. La totalidad de los trapiches que hubo en Piedades eran manejados por bueyes, salvo uno, como dijimos. A la vez hacemos notar que la mayoría de los trapiches que existieron en este pueblo datan de muy a principios del siglo pasado (siglo XX) e inclusive alguno quizá de finales de siglo XIX.

Para el que esto relata, lo bonito era lo típico, o sea, ver realizar la “molida” de la caña en el trapiche manejado por bueyes, en donde no era extraño escuchar el característico grito ¡hey! del trapichero, con el que procuraba apurar el paso de los bueyes en su labor de mover el trapiche. Además, era menos peligroso, pues en cualquier emergencia se podía parar el trapiche inmediatamente, mientras que en el de motor, no. Además, en ese proceso lento de manejo del trapiche se podía disfrutar mucho rato de ver a la yunta de bueyes dándole vuelta al “volador”, que era el nombre que se le daba a aquella larga y gruesa pieza de madera montada en forma horizontal sobre el molino o el trapiche propiamente dicho, la cual llevaba pegada en un extremo y en forma vertical otra pieza, también de madera, más pequeña, de forma redonda y de más o menos un metro veinticinco de longitud, llamada “tirante”, a la que se sujetaba el yugo que cargaban los bueyes sobre sus cabezas.

Quedaría muy incompleto este relato de los trapiches si no mencionáramos la cantidad de ellos que hubo en Piedades, los nombres de sus dueños y su ubicación. Al mencionar los nombres de algunos propietarios de trapiches usaré el término “ñor”, que no significa irrespeto para esos distinguidos personajes de nuestro pueblo sino que era el calificativo que se anteponeía en aquella época para mencionar el nombre de alguna persona distinguida o de cierta edad, o para dirigirse a ella, y que equivalía a nuestro actual “don”.

El primero que me viene a la memoria por lo céntrico y fácil de llegar a él y porque yo lo visitaba, era el de ñor David Morales Saborío, que estaba situado en lo que en aquel tiempo se llamaba la Calle de los Morales, pues allí vivían ñor Pedro Morales Saborío, ñor Daniel Morales Saborío y sus hijos Ezequías, Enrique, Eliseo y Salvador Morales Zúñiga, luego llamada Calle de los Millonarios y hoy Calle de la Enramada, o sea, que el trapiche de ñor David estuvo situado unos 75 ó 100 metros al sur de lo que hoy es el Salón La Enramada.

Luego, los siguientes:

- el de ñor Pedro Morales Saborío, que estuvo situado también en la citada actual Calle de la Enramada, unos 250 metros al sur del Salón La Enramada, exactamente en la propiedad en donde actualmente vive el hogar formado por Abilio Umaña Solís y Pilar Guillén Rivera. Este trapiche fue operado luego por Carlos Morales Solís, yerno de ñor Pedro;
- el de ñor Salomón Morales Saborío, situado en la Calle del Rincón de San Marcos, muy cerca de la entrada a esta calle, frente a la que fue su casa de habitación, o sea, que estuvo situado unos 150 metros al oeste del actual Super Piedades;
- el de ñor Santiago Mena Rivera, situado también en la Calle del Rincón de San Marcos, 100 metros al oeste de la casa de Rafael Aguilar Jiménez;
- el de ñor Eliseo Morales Saborío, heredado por su hijo Amado Morales Rivera, que estuvo situado en lo que hoy es el Barrio Pinares, unos 100 metros al norte del Centro Comercial Amparo
- el de ñor Isaías Morales Saborío, instalado contiguo a su casa de habitación, también en lo que hoy es el Barrio Pinares, y situado unos 250 metros al norte del Centro Comercial Amparo;
- el de ñor Daniel Morales Saborío, que era uno de los pocos propietarios que tenían el trapiche lejos de su casa, en una finca de su propiedad situada en Brasil de Santa Ana, colindante con la actual autopista a Ciudad Colón y ubicado su trapiche unos 200 metros al sur del actual taller mecánico de Paulino Mora;
- el de ñor Justiniano Porras Saborío, primo de los Morales Saborío, situado contiguo a la que fue su casa de habitación, que aunque un poco reformada aún existe y está ubicada 100 metros al este y 25 al norte de la esquina noreste de la iglesia católica de este lugar;
- el de Juan Porras Rivera, hijo de ñor Justiniano, que estuvo situado 1 kilómetro al este de la iglesia, carretera a Santa Ana, a mano izquierda, contiguo a su casa de habitación, hoy Finca de los Hermanos Porras;
- el de Francisco (Chico) Porras Rivera, hermano de Juan, que estuvo situado diagonal a la esquina sureste de la iglesia;
- el de ñor Jesús Rivera Vargas, cuñado de ñor Justiniano Porras, que estuvo situado unos 300 metros al norte del local de los taxistas piratas;
- el de los hermanos Sandí Aguilar, que estuvo situado en la calle de la Enramada, 50 metros al Sur del Salón La Enramada.

También existió en el distrito de Brasil el de ñor José María Morales Aguilar, tío de los Morales Saborío, el cual estuvo situado 75 metros al norte y 50 al oeste de la escuela de Brasil de Mora.

Además, también en Brasil, el de Moisés Morales Aguilar, sobrino de ñor José María Morales y primo de los Morales Saborío, situado 100 metros al sur de la escuela de Brasil de Mora.



Y, finalmente, también en Brasil de Santa Ana, el de Laureano Morales Aguilar, hermano de Moisés, instalado a orillas del río Virilla, lejos de su casa en el centro de Brasil, en una finca de su propiedad muy cercana al terreno en que se encuentra asentada a planta hidroeléctrica de ese lugar, el cual tenía la particularidad de que era manejado, no por bueyes, sino por caballos. A éstos, que eran dos —igual que la yunta de bueyes— se les “enyugaba” colocándoles un aparato mandado a construir especialmente para ese fin en anchas y gruesas fajas de cuero en el centro para sujetar al tirante del trapiche y en los extremos unas fajas más angostas pero bastante largas, las cuales se le colocaban al caballo, bordeándole, una punta de la faja el pecho y enganchándola abajo con otra pequeña faja y la otra punta, también unida a la primera, bordeándole desde el espinazo hasta el comienzo de las patas delanteras, por la parte posterior de las mismas, unidas también por los costados del animal y por en medio de sus patas con las fajas que iban sobre su pecho.

Don Laureano se trasladó a vivir de Brasil a Piedades aproximadamente en el año 1942 y de aquí continuó yendo a laborar a la finca en donde tenía su trapiche, llamada El Bajo, y desde allí traía, a lomo de caballo —uno de los mismos que utilizaba para moler— su pequeña tarea, o sea, el producto de la molienda del día, que nunca pasaba de 7 tamugas de dulce, siendo su característica traer montado en el caballo un perrito de su propiedad, el cual estaba tan práctico en andar en el lomo del caballo, que aun al salir de su finca, que era muy quebrada, teniendo que transitar por una cuesta demasiado empinada, aquel animalito metía sus uñas tan profundamente en los sacos que cargaban el dulce, que por más que el caballo quedara en posición tirando a la vertical y por más que se volcara hacia los lados, el perrito no se caía y así se mantenía en el lomo del caballo hasta llegar a la casa de su amo en Piedades.

Aproximadamente en la década de los 50 don Laureano trasladó su trapiche a Piedades y lo instaló, siempre lejos de su casa, en la calle del Rincón de San Marcos, de la casa de Rafael Aguilar 50 metros al sur y 200 al oeste.

Qué agradable era estar en el trapiche del tío Laureano cuando lo tenía en Brasil y escuchar el ruido ocasionado por las aguas del Virilla en su choque con las piedras al hacer su habitual recorrido, que lejos de ser aburrido y ensordecedor se convertía en un verdadero sedante.

Qué bien le sentaría en la actualidad a una persona con estrés (tensión nerviosa) una estadía de un día o varios en un sitio tan apacible como el mencionado.

Adjunto fotografías: el trapiche de Laureano Morales Aguilar, el único manejado por caballos.

Gerardo Morales Morales
Piedades de Santa Ana
5 de agosto del 2003



Pies descalzos

En la Costa Rica de la primera mitad del siglo pasado, un porcentaje bastante alto de costarricenses, especialmente en el campo, caminábamos descalzos. Era muy común darse fuertes tropezones en los dos primeros dedos de los pies contra las piedras; las mamás nos untaban pomada “lasar” (una pomada blanca que venía en una cajita redonda y plateada) y luego te envolvían el dedo con un pedazo de trajo viejo, pero limpio. Así jugaban los chiquillos varones las mejengas en los recreos de la escuela y los jóvenes en la plaza los domingos y en las tardes de verano hasta que se ocultara el sol...

¡Ah, cómo se disfrutaba venir debajo del aguacero metiéndose en todos los chorros de agua sin tener que quitarse los zapatos! Entrar en los ríos y pasarte las horas con una canastilla pescando olominas. Correr por los potreros en medio de los güizaros y capeándote las espinas de la dormilona en flor..., sentir el rocío de la mañana que entre el zacate te acariciaba los pies recién despiertos. Subirte a los árboles sin más atadura que los pies descalzos y sus dedos como garras para amacizar mejor el paso sobre el tronco. Quedarte sentado con los pies en balanceo en un árbol de guayaba o jocote sobre una horqueta, tan libre como los pájaros..., comiendo el fruto en su propia rama.

Qué poético me parece ahora ver pasar a los boyeros con sus pies descalzos y sus talones con callos y rajaduras (pero no sangrantes) jalando con el chuzo los bueyes y la carreta pintadita, con su compuerta y doble cajón, llena de naranjas, mandarinas, limones o bananos. ¡Cómo recuerdo a Damián Retana, con su garbo de gachupín y sus azules ojos, chucear los bueyes de su carreta cuando se quedaban pegados en el pedregal que había frente a mi casa!... Aún resuenan en mis oídos los gritos de ¡jesa, jesa! y el bramido de los bueyes en el esfuerzo por arrancar. Y pensar que descalzos y a pie iban desde Piedades y Brasil hasta San José, a vender al “Mercado de carretas”, en el Paso de la Vaca, el fruto de sus sudores, para llevar el sustento a sus chacalines (niños).

Escribo para recordar, porque recordar es vivir y para que las generaciones de los siglos venideros, las que viven y vivirán al fragor de la tecnología, sepan y valoren cómo vivieron sus antepasados y con qué garbo forjaron la tierra que hoy pisamos, salpicada con el sudor de su frente y cultivada con pies descalzos. ¡Señor, haz que bajo el límpido azul de Costa Rica, vivan siempre el trabajo y la paz!

Adjunto fotografías: pie de foto número 1: Un famoso tropezón... créditos de foto: Carlos Guadamuz. Pie de foto número 2: La escuela a pies descalzos...





❧ ❧

Los entierros (sepelios) de mi pueblo

Al hablar del tema de los entierros quiero hacer la aclaración de que se va a relatar sobre todo la forma en que éstos se llevaban a cabo en época situada sesenta o más años atrás, en que todo eran congojas, dificultades y penurias. No vamos a gastar tinta en describir cómo se lleva a cabo un sepelio en los momentos actuales o hace veinte, treinta o cuarenta años y que todos los conocemos porque a cada rato los estamos presenciando, en que, por razón del progreso y el avance en los medios de transporte y comunicación, todo se realiza con rapidez y comodidad.

¿Qué sucedía cuando una persona fallecía en el pueblo? Lo primero era avisar o comunicar a parientes y conocidos la noticia del fallecimiento. ¿Y cómo se hacía si no teníamos televisión para anunciarlo, y las emisoras de radio que, aunque sí las había, eran muy pocas y con los inconvenientes, en primer lugar, de que todas estaban en San José y trasladarse en esos tiempos a San José a anunciarlo por radio era una odisea y, en segundo lugar, que casi nadie tenía radio en su casa para escuchar la noticia? De manera que este medio de anunciar la defunción estaba totalmente descartado y máxime si se trataba de una familia, no digamos muy pobre, pero de escasos recursos, no se iban a meter en esos gastos para anunciar la muerte de su deudo.

Y si era el periódico, si acaso existía alguno de los que hoy tenemos, para qué anunciarlo si por estas latitudes nadie recibía el periódico para enterarse de la muerte de su pariente, amigo o conocido, de tal forma que éste era otro medio que, no digamos se descartara, sino que ni siquiera se pensaba en él. Y si era el teléfono, ni digamos.

¿Cómo se hacía entonces para hacer llegar la noticia del fallecimiento de aquella persona? Pues todo se hacía personalmente, a pie o a caballo. ¿Y cómo se hacía? Pues apenas fallecía la persona, a la hora que fuera, así fueran las 11, las 12 de la noche, la una de la mañana o cualquier hora de la madrugada, inmediatamente un pariente del fallecido, un hombre por supuesto, pues en esos tiempos una mujer andar de noche por la calle era un escándalo, salía a pie o a caballo y casa por casa iba dando la triste noticia. A veces, cuando el deceso ocurría de día y algún pariente o conocido vivía muy lejos, si el que andaba dando la noticia se topaba con algún vecino del que vivía muy lejos, pues con ese le mandaba la noticia. Cuando se trataba de parientes o amigos que vivían muy lejos, como por ejemplo San Carlos, Siquirres o San Isidro del General, como sí existía el telégrafo, inventado por Samuel Morse allá por el año 1865, pues entonces la noticia se le enviaba por medio de telegrama. Si por razón de lejanía no podían asistir al entierro por la falta de medios rápidos de transporte, por lo menos quedaban informados de la muerte de la persona.

Luego venía la adquisición del ataúd o la caja, como le decían, para colocar el cuerpo de la persona fallecida. ¿Dónde se conseguía? ¿Abundaban las funerarias? En absoluto. Para los vecinos de estos contornos el único lugar donde se podía ir a conseguir era San José, pero los medios de transporte eran escasos y muy lentos. Entonces no quedaba otro recurso que fabricar la caja aquí mismo. ¿Y dónde conseguir los materiales, la madera, que era lo único con que se fabricaban las cajas en ese tiempo, pues no teníamos aserraderos ni depósitos de materiales cerca? Al no existir aserraderos, había personas que se dedicaban a aserrar la madera con unas sierras metálicas muy grandes que las manejaban entre dos hombres. Por supuesto que las tablas confeccionadas en base a este tipo de aserrío salían bien bruscas y poco simétricas. De por sí, me decía un señor de avanzada edad, ya uno muerto qué le importa en lo qué lo metan. Pues bien, teniendo las tablas, cualquier persona que supiera un poquito de carpintería fabricaba la caja para colocar el cuerpo del fallecido. Para tapar o encubrir el mal aspecto de aquella madera tan áspera se forraba generalmente con lienzo, que se pegaba con tachuelas, pero en el caso de personas de muy bajos recursos, el ataúd lo forraban con periódico.

Era costumbre en muchos hogares que cuando veían que el enfermo estaba ya muy grave, de una vez iban alistando la caja.

En Brasil del cantón de Mora, colindante con Brasil de nuestro cantón de Santa Ana, había dos señores, hermanos, don Alejandro y don Miguel Hidalgo, que se dedicaban a la actividad de aserrar madera con aquellas grandes sierras.

Hecho el ataúd y amortajado el cuerpo se colocaba en la caja para empezar la inevitable vela, que consistía en acompañar al difunto durante toda la noche en la casa de los parientes de aquel. Se hacían rezos, se repartía a los asistentes a la vela café, o agua dulce al que le gustara esta última bebida, las cuales se acompañaban de bizcocho, pan casero, gallos de picadillo y de queso.

No faltaba el guaro; por algo existirá el dicho que dice que nunca falta un borracho en una vela. Yo me pregunto: ¿Cómo iba a faltar el borracho o varios si en la misma casa en donde se efectuaba la vela le ponían el guaro a su disposición a los adictos al alcohol? Y muchas veces el guaro que se servía era el de contrabando, lo cual era motivo de que durante la vela hasta pleitos se hicieran. De manera que no solo no faltaba el borracho en la vela sino que en muchas ocasiones tampoco faltaban los pleitos en la vela.

La vela era algo tan tradicional, algo tan inevitable que aunque la persona hubiera fallecido en la madrugada no se le sepultaba ese día si no que se le dejaba hasta el día siguiente con tal de hacer la vela. Las personas parientes o amigos o vecinas del fallecido permanecían en compañía del muerto hasta el amanecer. La cuestión era no dejar al muerto ni un momento solo.

Luego venía la misa por el eterno descanso del difunto. En aquellos tiempos todo el mundo era católico. El único templo que existía en el pueblo era católico. No existía en nuestras cercanías ningún otro tipo de credo cristiano como abundan hoy en día.

Concluida la ceremonia religiosa, el ataúd con el cuerpo era cargado en hombros desde la puerta del templo hasta el cementerio, pues como dijimos, las funerarias en nuestros contornos eran un mito.

El sepelio se llevaba a cabo en la pura tierra, pues no había bóvedas y si las había eran contadas con los dedos de la mano y sobran dedos. De ahí la palabra entierro, o sea, depositar o poner los restos debajo de la tierra.

Había personas que se dedicaban a hacer la sepultura, o sea, el gran hueco donde se iba a colocar o depositar el ataúd, para luego dejarle caer encima la tierra extraída del mismo hueco y así dar por concluida la ceremonia de dar cristiana sepultura al cuerpo de aquella persona que había entregado su alma al Creador.

Para la hechura de aquel gran hueco no era cuestión de coger el pico, la macana y la pala y ponerse a excavar sin ton ni son, sino que tenía sus medidas muy bien definidas. Tratándose de un adulto, las medidas eran las siguientes: 9 cuartas de largo por 5 de ancho y 11 de hondo. ¿Y qué era una cuarta? La medida comprendida entre los extremos de los dedos pulgar y meñique con la mano completamente abierta.

Una vez tapado el ataúd con la tierra extraída de mismo hueco en que la caja mortuoria era depositada, se daba por concluido el acto de dar sepultura al cuerpo de la persona fallecida.

No obstante lo dicho en relación con la construcción de los ataúdes y, como no hay regla sin excepción, a la vez que por la relevancia y lo singular del caso y la actitud tan especial de la persona aludida, deseo relatar con especial interés el caso de un señor muy conocido de nuestra familia, llamado don Damián Retana Morales, quien vivía en Brasil de Mora y quien tenía la virtud de que cuando moría una persona de su vecindario se trasladaba hasta San José a comprar y traer él mismo el ataúd. ¿Cómo lo hacía? Don Damián ensillaba su caballo y se iba para San José, compraba el ataúd y lo cargaba en su caballo, por delante de él, y ahí lo venía sosteniendo con sus manos a través de un trayecto que no era inferior a los 20 kilómetros y cuyo recorrido demoraba más de tres horas y media, por un camino de piedra, pues no estaba pavimentada la carretera San

José – Santa Ana – Ciudad Colón, con muchas zanjas y huecos que hacían que el ataúd viniera desde San José en un continuo bamboleo, en un incesante balanceo por ese largo y tedioso camino.

Pienso en la congoja y el martirio que significarían para don Damián el venir sosteniendo por tanto rato aquella caja tan grande, tan larga: el esfuerzo que tendría que venir haciendo durante todo el camino para que no se le fuera a caer y no fuera a sufrir un daño aquel grande y delicado estuche de madera.

Hago la conjetura de que si sería que don Damián estaba disgustado con los Hidalgo, que dijimos aserraban madera en forma manual y que vivían muy cerca de él, o que tal vez tenía un gusto tan refinado que no le gustaban los ataúdes hechos con maderas ásperas y por tal razón prefería hacer el sacrificio de ir hasta San José a comprar un ataúd a su gusto. Repito: es una simple conjetura.

Y esto no es una novela, no es una invención mía en lo absoluto, sino que me lo han transmitido dos testigos oculares, mis dos hermanas mayores Luz y María Luisa, quienes superan las ocho décadas y ahí están vivitas y coleando, y que en su juventud veían a don Damián pasar con el ataúd a costas por el frente de nuestra humilde casa situada en Brasil de Santa Ana. ¡Qué paciencia y qué sacrificios los de don Damián, de venir cargando con tanta incomodidad con aquella caja mortuoria desde San José hasta Brasil de Mora! Que en paz descansen don Damián Retana Morales.

Y a continuación una pequeña anécdota, ya no de tiempos tan antiguos sino de época más reciente. Se relaciona con un vecino de Piedades, bien conocido en este pueblo, pues aunque por un tiempo bastante corto hasta policía fue, o delegado distrital, como se denomina en la actualidad ese cargo público. Me refiero a Ramón Aguilar Villareal, más conocido con el apelativo de Mon Aguilar. A Mon se le murió la mamá cuando él estaba muy chiquito, tal vez de unos 4 ó 5 años de edad. Cuando ya estaba el ataúd con el cuerpo de su madre en la sala y la vela en su curso normal, y probablemente en un lapso en que no habría mucha gente o solo los de la casa y algún pariente, a Ramoncito le dio por ponerse a jugar con una bola en la sala, lo cual era motivo de que la bola continuamente estuviera cayendo sobre el ataúd o que fuera éste golpeando por los costados y Ramoncito divirtiéndose a sus anchas como si nada hubiera pasado en aquel hogar. Y bombazos vienen y bombazos van contra el ataúd donde yacían los restos mortales de la madre de Ramoncito. Todo transcurría en forma placentera para aquel niño hasta que una tía de él, que estaba bien ocupada allá en la cocina, se dio cuenta de lo que estaba haciendo su sobrino y se dejó venir para el sito preciso del velorio y le dio tremenda regañada al chiquito, diciéndole: “¡Ramoncito! ¿Qué es esa falta de respeto? ¿No sabe que ahí dentro está muerta su mamá?, en lugar de estar llorando porque ella se murió...” ¿Y qué hizo Ramoncito? ¿Se quedó callado? No. Le contestó así a su tía: “Yo no soy ningún cochino pa’ poneme a llorar”.

Y, finalmente, la narración de dos hechos relacionados con el que esto escribe, que aunque vividos en época más reciente, siempre ocurrieron cuando la mayor parte de los muertos eran sepultados directamente en la tierra, no en bóveda, pues las que había eran muy poquitas.

Cuando chiquito yo asistía a los sepelios. No recuerdo si porque iba acompañando a alguien de mi casa que asistiera al entierro o porque de mi familia me mandaran a acompañar al difunto porque tuviera la devoción de acompañar al muerto hasta su morada final. Lo cierto es que yo asistía a los entierros. Encontrándome en el cementerio, a pesar de ser un chiquillo no estaba ahí como la persona a quien no le interesa nada el asunto, sino que dos detalles de aquel acontecimiento mantenían viva mi atención y muy preocupado mi ánimo, los que de no ejecutarse o cumplirse a cabalidad habrían sido motivo de que yo no saliera tranquilo ni satisfecho del cementerio. Lo primero era que para dejar puesto al ataúd en el fondo de aquel profundo hueco

tenían que meterse dos hombres, a veces cuatro, pero más comúnmente dos. Yo me asomaba desde cierta distancia para tratar de verlos, pero como el hueco era tan hondo ni el pelo les podía ver y mi preocupación era que, ya colocado el ataúd fueran a empezar a tirarle tierra al muerto sin haber sacado a aquellos hombres de ahí y fueran a ser sepultados vivos. Y lo segundo, esperar con ansia y disfrutar del momento en que veía que algunos de los que estaban afuera, a nivel del suelo, le daban la mano a los que estaban dentro del hueco y de un solo tirón, de un solo jalonazo, y con una fuerza y una rapidez extraordinaria hacían salir a aquellos hombres de la profundidad de la fosa, lo que originaba en mí un sentimiento sobre todo de admiración por aquella muestra de energía, a la vez que de gran gusto y satisfacción de ver que aquellos hombres habían sido salvados de ser enterrados vivos.

Qué se iban a imaginar los adultos que, como acompañantes se hacían presentes en el cementerio para dar su último adiós a su pariente o amigo o conocido, que ahí en medio de ellos se encontraba un chiquillo curioso, muy atento, en espera de la ocurrencia de aquellos dos hechos, muy ligados entre sí, los que de no haberse hecho realidad, qué sabemos si habrían tenido como consecuencia que aquel pequeño espectador hubiera resultado, en el orden emocional, muy seriamente afectado para el resto de su vida.

Gerardo Morales Morales
Piedades de Santa Ana
8 de setiembre de 2003



Los finados

En la libreta del recuerdo, los muertos, nuestros muertos, tienen un renglón especial. Y, en ese espacio, los recuerdos están condimentados con tristezas, buenas imágenes, trozos de alegría y algún que otro odio moderado o inmoderado, porque no es exacto que no haya, para cada uno de nosotros, muertos poco deseables. De hecho, no escapa al hombre el desear la muerte al prójimo o la prójima, en desacato al primer mandamiento. Decir “el finado” o “la finada” era más propio de viejos tiempos que del presente. El término tenía una connotación mezcla de nostalgia y de respeto. Parecía como si, quien calificaba así al difunto o a la difunta, hacía mención a algo que se le había perdido para siempre, sin remedio.

Muy pequeño, acudí a una casa del pueblo para ver, por primera vez en mi vida, a una fresca difunta. (Antes me negué siempre a ver caras de muertos, porque suponía que luego vendrían a asustarme, interrumpiendo mis sueños con alguna mueca poco simpática y hasta enemiga). La casa en cuestión quedaba a unos cientos de metros de donde yo vivía, era de adobes, con ventanas muy pequeñas, el piso de tierra ondulada, las camas como nidos revueltos, desvencijadas y traqueonas; las paredes ahumadas y llenas de imágenes de santos, del purgatorio y el infierno; las puertas resguardadas con palma bendita retorcida, el fogón la mayor parte del tiempo con leña encendida, la escoba acostada en el suelo, la bacinilla escarapelada debajo de la cama, herramientas de labranza recostadas en cualquier parte; tristeza, obscuridad y miseria.

Me atreví a entrar solo en la habitación, sostenido sobre mis piernas de cinco años, algo débiles y temblonas, aunque un poco alentado porque la vieja mujer me había mostrado algún cariño en vida, pues tenía parentesco con mis mayores. Me acerqué despacio, dispuesto a inspeccionar aquel rostro en que las agujas del reloj de la vida se acababan de detener para siempre. Me infundí valor y me acerqué a la cama en que yacía, envuelta en una bata oscura (la que usaba casi siempre) y me detuve a escasos centímetros de su cara morena.

Había paz en sus facciones. Se notaba que había entrado tranquila, sin temor, en el reino de la muerte. Esto me alentó a seguirla mirando confiadamente y a asumir por primera vez que, a fin de cuentas, la muerte no era algo tan terrible como se me había hecho creer. Que, al parecer, un muerto no es otra cosa que un objeto del que ha huido algo que no es el cuerpo y que, para mí, entonces y también ahora, ese algo consiste en un misterio que acostumbran llamar alma, espíritu o energía.

Sí me llamó la atención un detalle: de la comisura de los labios reseco fluía un hilo de saliva transparente que bajaba lento hacia la almohada. Tuve la intención de enjugar aquel poquillo de baba, pero, de repente, el hilo se desprendió y cayó en la almohada cuan largo era y así me ahorré el delicado trabajo. Fue una experiencia provechosa, porque en adelante aprendí un poco a dialogar con el miedo y el asco y la obscuridad que, hasta ese día y especialmente con respecto a los muertos, torturaban mi alma, como espantajos de los que había que huir por donde fuera más cerca.

Hoy no. Casi diría que cualquier muerto es mi amigo. Hoy puedo, sin que se altere el pulso, amortajar a quienquiera que lo necesite, peinarlo, darle maquillaje y deseársle buena suerte en el desconocido camino que le aguarda.

A propósito del tema, había oído decir que, para el rey Salomón, a quien siempre se reputó como sabio, el sueño es la espantosa imagen de la muerte. Me lo creí durante mucho tiempo, hasta que mis lecturas me llevaron a saber que, según el filósofo inglés Bertrand Russell, maestro del sentido común, el rey decía también que “no hay nada nuevo bajo el sol”. Pero ahora hay otros sabios que afirman todo lo contrario y hasta se lamentan de que hoy precisamente haya demasiadas cosas nuevas bajo el astro luminoso. Y otros, para quienes es evidente la preparación posible para encarar ese acontecimiento necesario por inevitable.

Así he aprendido a no pensar con miedo en mi propia muerte, porque asumo que para qué pensar en ella, si ella piensa sin duda por mí, pues tiempo le sobra. Además, me doy aliento con estos dos buenos versos de un poeta para mí desconocido: “Me calenté las manos ante el fuego de la vida. Se va apagando y estoy listo para partir”.

Guillermo Ramos Morales

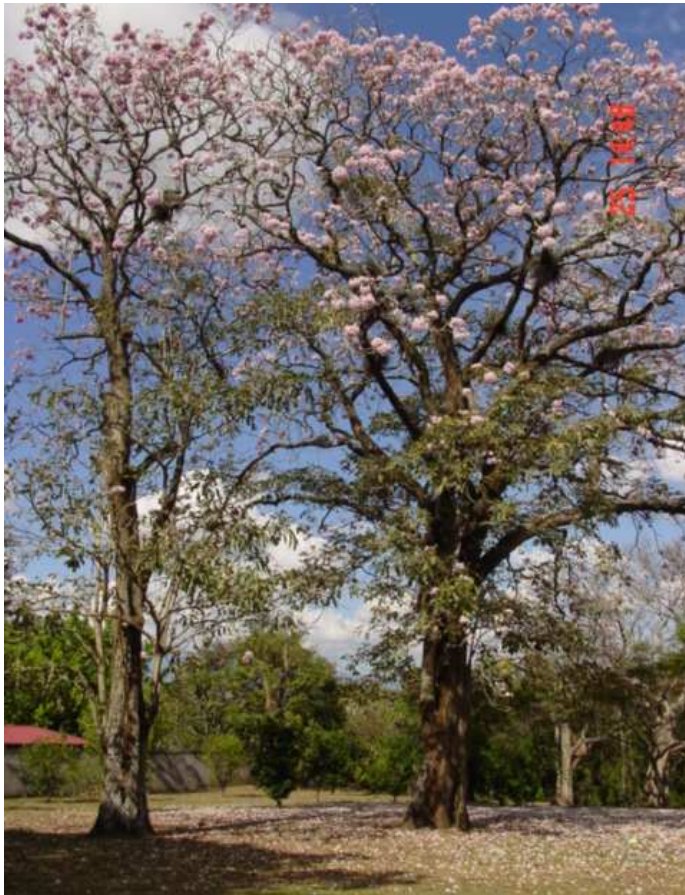


El rosado verano

Debe haber pocos lugares en el mundo dignos de llamarse “valle del sol”. La riqueza paisajística de nuestro valle parece brillar con todo su esplendor en el primer tercio del año, cuando florecen árboles de varios colores, con predominio de los robles rosados, en varias tonalidades, desde el pálido y casi blanco, hasta el encendido o rojizo. Y las flores lucen no solo como vestidura flameante de las ramas, sino que, además, alfombran el suelo con una suave lluvia de pétalos. Son muchos los vainillas, guachipelines, poró extranjeros, llama del bosque, etc., que adornan casas, caminos, colinas y bosques, interrumpiendo el verde de fondo con pinceladas caprichosas propias de un cuadro de Van Gogh.

Pero, como nada es igual, tanto en el hombre como en la naturaleza, hay un árbol rey del color: el corteza amarillo que, cuando abandona sus hojas para trocirlas en flores, se parece a un milagro que invita a contemplarlo por mucho tiempo, antes de que desaparezca durante un año dilatado. Lo escribo así porque, por una parte, la festiva florecencia coincide con el hinchado calor de la comarca, mientras no llega el invierno y también porque son muchos los meses que se deben esperar para que el espectáculo se renueve.

Bordeando la plaza de deportes, en Piedades, hay nueve robles plantados en los costados norte y este por alguien que, hace muchos años, tuvo la idea de obsequiar al pueblo un poco de belleza rosada. Y, esta mañana, en que escribo esta nota, alguien me dio aviso para que fuera a contemplar un espectáculo verdaderamente especial: los robles vecinos a la habitación del primo



Isidro Morales. Fui y me maravillé. Hubiera querido tener una cámara fotográfica para eternizar aquella imagen, que perdurará en el recuerdo para siempre con el valor de un relicario.

Todo esto me ha hecho recordar parte de la letra de una canción escolar que decía o dice: “Yo no envidio los bosques de Europa, las grandezas que en ella se encuentran”. Precisamente esto me afirma en la idea de que la mejor forma de valorar lo que tenemos es trasponer las fronteras patrias, en cualquier dirección. Es entonces cuando, al rodar el avión que nos trae de regreso a nuestro terruño, sobre la pista del Juan Santamaría, descubrimos que ello constituye el mejor momento de cualquier viaje al exterior. Tal vez por parecidas razones se me hacen incomprensibles los versos del gran poeta griego Constantino Kavafis, en su poema “Flores de papel”:

Amo las flores artificiales, gloria del cristal y del metal,

con sus indeseables, incorruptas, fatales formas.
Flores de soberbios jardines de otros mundos
donde residen la Contemplación, el Ritmo y la Sabiduría.
Las que sacan su gracia de un Gusto sabio y puro;
las que no brotan sucias de una tierra fangosa.
Si carecen de aroma, derramaremos fragancia,
quemaremos mirra de sentimientos viejos.

Si Kavafis aún viviera, bueno sería traerlo a ver nuestras flores naturales de abundantes color y belleza. Tal vez entonces se decidiría a borrar con el codo lo que su mano escribió.

Adjunto fotografía: pie de foto: Alfombra de flores, créditos de foto: Marlon Mora.

Guillermo Ramos Morales



La riqueza mínima y grande de Abraham Morales

Según la ciencia psicológica, que para mí no es ciencia, toda persona experimenta un desarrollo del alma, que la lleva de la niñez a la ancianidad, si no muere de camino. Sin embargo, a veces pareciera que esa especie de reloj de la vida se detiene en alguna etapa. Es como si hubiera perdido la cuerda o se le hubiera gastado la energía de cuarzo.

Por otra parte, se da el caso de niños que nacen viejos. No señalo ejemplos que conozco, para no molestar. A veces se da un vaivén en la interioridad y por ratos parecemos niños, otras veces jóvenes y por momentos ancianos, según se cocine el material en la olla del alma. Pero, sea como sea, el niño que una vez fuimos, nos acompaña por siempre, corazón adentro, porque “Sobre todo somos del país de la infancia”, según lo expresó el escritor austriaco Rainer María Rilke.

En la niñez somos una especie de masa absorbente en que se modula el hombre posterior, condicionado así para subir la cuesta de la vida. Estas breves consideraciones me dan pie para entrar en el recuerdo de un hombre poco común: Abraham Morales Saborío. Lo conocí de pequeño y lo visitaba con frecuencia. Casi siempre que lo encontraba, me preguntaba por Alejandro, mi padre, a quien, recién casado, le alquiló una humilde casa; quedaba en el camino hacia donde él vivía.

Se decía que Abraham tenía mucha riqueza, tanto en moneda como en tierras. Pero daba la impresión de que eso no le importaba, sobre todo cuando, sentado a la sombra de un árbol, abrazaba su guitarra y le cantaba a la vida, con voz suave y muy alegre, repartiendo, al mismo tiempo, a quienes se le acercaban, bananos maduros, nances y chistes.

Siempre ignoré el origen de su riqueza material. Sin embargo, últimamente he sabido, por boca del amigo Cristóbal Porras que, según decir de sus mayores, donde Abraham movía una piedra, encontraba una botija debajo. Pero también se dice que, desde joven, Abraham aprovechaba las noches de luna para ir a sembrar. Puede que ambas sean leyendas. Pero la segunda, si es verdad, hablaría muy bien en su favor, porque ha habido muchos que nunca han sembrado una mata, ni siquiera a la luz del sol.

Su hermano y mi ex suegro, Chequelito, me contó que una vez Abraham lo mandó a llamar, porque presentía que pronto dejaría este mundo, que cambiaría de potrero, y entonces le

propuso que buscara un abogado, para traspasarle sus bienes. Chequelo no aceptó. Le dijo que probablemente lo seguiría pronto, muy de cerca, camino del más allá y le sugirió beneficiar a sus hijos, como en efecto lo hizo.

Una vez, en mis días de colegial, me pidió Abraham que le midiera un pie para que le comprara “arriba”, es decir, en la capital, unos zapatos media bota de cordones, lo que hice de buen grado.

Aquel hombre menudo y sencillo vivía aposentado en su infancia, con un regocijo permanente. La riqueza que tenía en tierras nunca le sirvió para recorrer el escabroso camino de la vida con afanes innecesarios, porque sentía que el mundo entero estaba dentro de él, en su felicidad simple, y aún le sobraba espacio para dar.

Todo lo contrario del célebre potentado de la Antigüedad, Pompeyo Trimalción, hombre inmensamente rico, ignorante y fachento, quien se propuso comprar el territorio de Sicilia, a fin de poder viajar de Italia a África sin poner un pie en tierra que no fuera de su dominio. Y, una vez, cuando su invitado a un ostentoso banquete, Agamenón, empezó a contar que un pobre y un rico eran enemigos, Trimalción lo interrumpió, preguntándole: -¿Qué es un pobre?

En ese mismo banquete, el ricachón dijo: -Si no os gusta ese vino, os traerán otro. Si os agrada, demostradlo bebiendo a todo pasto. No tengo que comprarlo. Gracias a los dioses, lo cosecho en una de mis haciendas, que aún no he visto. Dicen que está cerca de Terracina y de Tarento.

En la oferta que Abraham le hizo a su hermano contemplaba lo único que podía darle, porque el Abraham que él era había decidido llevárselo para el cielo, donde probablemente se encuentre, haciendo buen ambiente con su vieja y dulce guitarra, su alma de niño pequeña y contagiosa, transcurriendo como agua mansa por el campo, apenas ondulada por el viento.

Guillermo Ramos Morales



¡Juiga!

Creo que la primera vez que oí esa voz de alarma, alerta y premonición, fue hace muchos años, en la escuela. Me encontraba de pie, detrás de la baranda, junto a las gradas que daban acceso a la dirección, cuando a la par mía pasó corriendo un compañero que se alejó en dirección al potrero de Teófilo Guillén. La razón era simple, como comprendí poco después: en ese momento llegaba al centro escolar un carro de Salubridad Pública. No recuerdo si en esa ocasión su propósito era vacunar, repartir medicamentos antiparasitarios o extraer muelas. Lo cierto es que esas visitas a las escuelas provocaban un estado de alerta general entre estudiantes a veces muy miedosos.

El que pasó junto a mí iba espantado y me gritó: ¡Juiga!, pero yo, que interpreté bien el mensaje, me quedé esperando para saber de qué se trataba. Luego me sometí a tratamiento, porque tenía instrucciones de la casa paterna. A veces tales visitas se anunciaban con anticipación, especialmente a los padres de familia, pero creo que otras veces ocurrían sin previo aviso, supongo que con el propósito de evitar las fugas o deserciones.

Recuerdo que, en mi casa, de tiempo en tiempo, nos sometían a la toma de la amarga sal de Inglaterra, después de la cual nos hacían beber un vaso de jugo de naranja u otra cosa, para evitar las náuseas y el mal sabor de boca. Y, como yo era medio quitado para tragar lo que llama-

ban timoles, mi tata me ofrecía plata, con tal de que accediera a beberlos. Lo feo, a veces, cuando eran purgantes, era que había que estar listo para el efecto y lo mejor era mantenerse cerca del servicio, no fuera que le ocurriera a uno “una gracia”.

Muchos años después, yo mismo llegué a experimentar tratamientos, a la luz de la medicina natural de Lezaeta y otros científicos. Así, llegué a tomar aceite de castor, que viene siendo como tragar aceite de motor, seguido de una infusión de manzanilla y tomillo. El efecto era rápido y de una sola vez. Luego me sentía como nuevo y con ganas de comer chicharrón.

En los lejanos días de infancia, se vendían muchos productos farmacéuticos en las pulperías, que incluso se anunciaban por radio. Había una cancioncilla que decía así: “Píldoras de vida del doctor Ross, cuando las tomo me siento mejor”. Y así era, efectivamente. Yo, por un tiempo me volví adicto a la mejicana Sal de uvas Picot, el crémor y el citrato, productos refrescantes para el llamado tracto digestivo. Tengo malos recuerdos de la miel con sal que, a veces, la recetaban en casa, no sé para qué.

El caso es que siempre ha habido gente muy valiente para tragar químicos medicinales de diferentes clases y otra quisquillosa y flojita (o poquita, como decían antes).

Volviendo al cuento de la voz ¡juiga! y la expresión tan usada entonces de “arrancar a juir”, recuerdo que una vez me tocó hacerlo en el potrero de Tinita Morales, mi buena maestra de catecismo, donde hoy queda el Hogar de Ancianos. Me dirigía hacia donde quedaba la casa de Chico Panzón y, al acercarme a una gran piedra que había por allí, noté que una vaca se quedó mirándome con cara de pocos amigos. Yo le adiviné el pensamiento. De repente corrió hacia mí y tuve que “arrancar a juir” lo mejor que pude.

Afortunadamente, como era pequeño y flaco, alcancé a deslizarme por debajo de los alambres de púas de una cerca, justamente cuando ya casi me levantaba. Sin embargo, hoy me parece que, en la medida de lo posible, lo mejor es guardar la calma, en muchos casos, porque una mala “juida” puede tener funestas consecuencias. Otros tienen el lema de que es mejor que digan: -De aquí juyó, que aquí murió.

Guillermo Ramos Morales



Historia de los turnos anteriores a partir del tiempo que yo recuerdo

El sacerdote ponía la fecha de cuándo se iba a hacer un turno. En la semana en que se iba a efectuar las personas de la comunidad se ponían de acuerdo y se dividían en varios grupos: unos para recoger víveres como: maíz, frijoles, huevos, tamugas de dulce y gallinas; otros para realizar diversas labores. Este recorrido lo hacían en diferentes sectores, tales como: Río Oro, Brasil, Quebrada de la Muerte, Calle Los Millonarios (La Enramada), Calle del Rincón y Calle del Cementerio de Piedades.

Una familia se encargaba de regalar el chanco para hacer los tamales, el frito, el pozol y los lechones. Del frito y el pozol se encargaba una persona muy especial. Los picadillos de chayote, chicasquil y papa, los alistaban donde una familia y todos cooperaban. El pan casero, tamal asado, papas rellenas, miel de toronja, papín, cajetas, arroz con leche, los hacían en diferentes casas. Las tortillas las hacían también donde dos o tres familias. Todo lo que recogían lo enviaban a diferentes familias, las cuales hacían diferentes cosas.

Una vez que tenían todo listo lo llevaban a la cocina del galerón y ahí lo cocinaban en fogón con leña. En la cocina del galerón se hacían los tamales. Los hombres se encargaban de buscar las hojas de guineo y las lasquillas de pichón. También se hacía sopa de mondongo, sopa de gallina, lomos rellenos, etc.

El galerón estaba formado de techo de zinc, piso de ladrillo y unas barandas alrededor. Estaban también ahí, la cocina, comedor y un departamento para la refresquería; no podía faltar la chicha en la refresquería, la horchata, fresco de frutas y golosinas. En la parte más grande del galerón, formaban las mesas de rifas y las gallinas iban envueltas en hojas de guineo.

El trompito, el barrilito, la lotería, el pregón y la bruja los hacían afuera. Cada puesto de estos tenía un grupo de personas y entre éstas un jefe, el cual se hacía cargo de recoger el dinero de la actividad. Una vez que terminaba el turno, el jefe recogía el dinero y se lo entregaba al mayordomo para que éste le diera cuentas al sacerdote del producto recogido.

Lo que sí sé es que en ese tiempo las personas eran responsables y honradas. Que Dios haya tomado en cuenta el esfuerzo, el trabajo, la generosidad y la buena voluntad y les haya dado el premio merecido en el Cielo.

Florita Morales Vargas



Origen de la parada de buses de Piedades

Antes del año 1927 no había servicio de autobuses de Piedades a San José. Para trasladarse a la capital las personas debían hacerlo a pie, a caballo o en carreta. No obstante, según cuentan personas de avanzada edad, poco antes de ese año un señor llamado Rómulo Castro, quien residía en Sabana Oeste, por la cantina El Cacique, tenía unos autobuses y, aunque fuera en forma muy esporádica, hacía el servicio de transporte de pasajeros, pero el servicio lo prestaba solo hasta el centro de Santa Ana. Únicamente en alguna ocasión en que viajara en el autobús un vecino de Piedades, entonces lo venían a dejar hasta aquí, pero esto era muy ocasionalmente, por lo que puede decirse que el servicio que prestaba don Rómulo Castro era sólo hasta el centro de Santa Ana. Es muy probable o casi seguro que la persona vecina de Piedades que deseara o necesitara viajar a San José, para su viaje de ida a la capital tuviera que ir a pie hasta el centro de Santa Ana a tomar o abordar ahí el autobús.

El primer autobús o “cazadora”, como se le llamaba en aquella época, que empezó a hacer servicio directo y continuo de Piedades a Santa José fue el adquirido en el año 1927 por un señor que era vecino de Piedades, es decir, de raigambre netamente piadosa. Su nombre: Fermín Morales Aguilar.

En vista de que en esa época era muy difícil reunir una cantidad considerable de dinero, para poder adquirir el autobús, don Fermín se vio obligado a asociarse con dos personas del vecindario, un primo llamado José Rivera Aguilar y otra persona que, aunque pariente tal vez de él, pero muy lejano, llamado Amado Morales Rivera.

El autobús fue adquirido por un precio de ₡7.500,00 en la agencia llamada Bolaños y Ulloa, en San José. Con el tiempo don Fermín adquirió los derechos de los otros socios, quedando él como único dueño del mencionado autobús. El precio indicado era sólo del chasis y motor y para poder ponerlo a trabajar, don Fermín tuvo que pagarle a hacer por su propia cuenta la carrocería. Esta la construyó un cuñado de don Fermín llamado Alejandro Ramos Santamaría.

El autobús tenía una capacidad de 16 pasajeros. El nombre con el que bautizaron el autobús fue “El Amarillo”, por el color con el que lo habían pintado. También algunos lo nombraban por su número de placa: El 111.

Estimamos, sin temor a equivocarnos, que por haber sido don Fermín Morales el primer propietario de autobús que brindó servicio continuo de transporte remunerado de personas en el cantón de Santa Ana hacia la capital y, al salir su bus de Piedades, por ser él vecino de aquí, fue don Fermín el que, probablemente sin siquiera haber pensado en ello, estableció la parada de buses en Piedades, o el que, sin pronunciar palabra en ese sentido, dijo que la parada de los buses que hacían el servicio hacia San José tenía que estar en Piedades y no en otro lugar del cantón. Prueba contundente de ello es que cuando ya se sumaron otros autobuseros a la actividad, que la mayor parte eran de Santa Ana Centro, como los Castro, los Sibaja, don Otoniel Brenes, etc., aunque ellos sus autobuses los guardaban en galerones contiguos a sus casas o muy cerca de ellas en el centro de Santa Ana, siempre mandaban sus autobuses a salir de Piedades porque aquí era el punto de partida, el lugar de salida de los buses para San José, establecido tácitamente por don

Fermín.



Cuando don Fermín estuvo solo, es decir, como único autobusero, el punto de partida para San José, o sea, el sitio en donde estacionaba el autobús para que la gente llegara a abordarlo ahí era al frente del negocio de pulpería que él poseía al costado norte de la iglesia de Piedades, vale decir, en el mismo

lugar en donde luego construyó el edificio –aún existente- de dos pisos para instalar de forma más amplia y cómoda su negocio de pulpería y en el que actualmente funciona la *Ferretería 2 en 1*.

Luego, cuando ya se sumaron otros empresarios a la actividad del transporte remunerado de personas, la parada se estableció, o sea, el punto de salida de los buses para San José se estableció en forma permanente frente a la pulpería y cantina de Justiniano Rivera Guillén, conocido como Niano Rivera, luego adquirida por el señor Jesús Sibaja Guerrero, conocido como Negro Sibaja. En este sitio se mantuvo la parada por muy considerable espacio de tiempo, quizás por más de 50 años.

Cuando don Fermín empezó a prestar el servicio de transporte con su autobús, lo que cobraba por el viaje era la suma de ₡0,20. Es probable que lo mismo cobrara de Piedades a San José que de Santa Ana, Centro, a San José, a juzgar por la norma que los de menos de edad cono-

cimos ya impuesta, cuando el valor del pasaje estaba establecido en la suma de ¢0,75, cantidad denominada en aquel tiempo como seis reales, que igual se cobraba de Piedades a San José que de Santa Ana, Centro, a San José.

Lo extraño es que al que viajaba de Piedades a Santa Ana no lo llevaban gratis sino que le cobraban la cantidad de ¢0,25, o, como se decía en ese tiempo, dos reales o una peseta. De Piedades a Río Oro cobraban ¢0,15 (quince céntimos de colón).

Los citados precios de los pasajes estuvieron vigentes por muchos años, quizá cerca de los 40 años, hasta que vino la inflación y los modificó por completo hasta situarnos en lo que hoy tenemos.

Como dato curioso, don Fermín nunca aprendió a manejar su autobús, o, mejor dicho denominando el vehículo con el nombre que recibía en la época, su “cazadora”; ésta fue manejada o conducida siempre por sus hermanos José y Marcial Morales. ¡Que todos en paz descansen!

Cuando este autobús empezó a dar servicio, la carretera de Piedades a San José no estaba pavimentada; era una carretera construida con un material llamado macadam, una piedra compactada, relativamente suave, quebrada o preparada de un tamaño similar al de la piedra cuarta, muy utilizada ésta actualmente en la construcción de residenciales y edificios. No era una carretera a la que se le diera un mantenimiento regular, razón por la que, según relatan personas que viajaron en esa época a San José, las zanjas en media carretera eran lo común y corriente, yendo aquel vehículo en un continuo brinco, lo cual era motivo de que a menudo se quedara varado, generalmente por quebradura de resortes, mejor conocidos como las maestras, y otros desperfectos que sufría en el camino.

Tampoco había puentes, de manera que la cazadora de don Fermín tenía que pasar directamente por todos los ríos y quebradas que existen en el trayecto de aquí a San José, o como se decía en aquel tiempo, tenía que pasar todos los ríos por dentro. Comenzando de aquí hacia San José, el primer río que tenía que atravesar era el Río de la Cruz, nuestro principal río de Piedades. Luego venían los siguientes: la Quebrada El Guapinol, 100 metros al este de la Iglesia; la Quebrada Clara Ramírez, la Quebrada La Caraña, el Río Oro, la Quebrada La Concha, la Quebrada Azul, el Río Uruca, el Río Corrogres y luego los ríos del distrito de San Rafael de Escazú, que eran o son por lo menos cuatro.

El único río que tenía puente era el Tiribí, más conocido como el Río Los Anonos y que era un puentecito pequeño colocado allá en la parte baja, el cual aún existe, y por donde se salía a lo que se llamaba La Turbina. Hoy existen dos puentes grandes sobre ese río, que se pasan para viajar a San José: el puente alto sobre la carretera vieja y el puente de la pista a Ciudad Colón.

Adjunto fotografía: pie de foto de la número 1: Primer autobús en Piedades, propiedad del señor Fermín Morales Aguilar, por allá de 1927.

Diccionario: macadam: material denominado así porque fue inventado por un norteamericano de ese mismo apellido.

Gerardo Morales, Gabriel Morales y Jorge Delgado



TEMA II PUEBLITO SANTANEÑO

Riquezas y pobreza

En el pasado las cosas eran diferentes; la pobreza no era un contraste y más bien formaba parte de la realidad de ese entonces. Cuenta José Fausto Artavia Vargas, conocido como *Trino Siete*, que todas las personas en Piedades se vestían de la misma forma y casi tenían el mismo almuerzo en las largas jornadas de trabajo. Un claro ejemplo que me detalló fue el almuerzo: “En aquellas madrugadas frías de agosto nos levantábamos temprano y nos dirigíamos a jornalear todos los trabajadores incluido el patrón. Todos por igual llevábamos el mismo almuerzo: torta de huevo, frijoles y tortillas envueltas en unas hojas de guineo o plátano”, recordó Artavia Vargas. Ese era el almuerzo de todos los días y según *Trino Siete* era difícil que alguien llevara un trozo de carne. Lo más que “llevaba de feria” en el almuercito una onza de queso molido repartida entre tres personas -15 centavos costo- para darle un sabor diferente a aquella hamburguesa del pasado.

Otro recuerdo en la memoria de este hombre de 68 años de edad es la solidaridad de aquel entonces. “Antes el trabajo no sobraba, costaba encontrar un patrón más en un pueblo como el nuestro donde no había muchas cosas que hacer. Pero la gente rica era muy solidaria porque de una u otra forma ayudaban al prójimo. Los frijoles y el banano que les sobraban estaban siempre en la mesa del más pobre y algo muy común con lo que se criaron más de uno en este Piedades fue el suero”, argumentó José Artavia. El suero es un líquido que queda después de hacer el queso -se desechaba para dárselo a los cerdos-. Así, más de una familia recibía ese líquido para alimentar las bocas hambrientas en principios de siglo.

Esa solidaridad no solo se veía reflejada en una bolsa de frijoles, un racimo de bananos o plátanos o una botella de suero. Muchas veces una mujer de la comunidad Chepa, esposa de José María Morales, auspició caridades y bodas para los más pobres. “Esa mujer fue muy buena con la gente, todo mundo los quería, donde esté esa familia su camino era hacia el cielo”, replicó Artavia.

La cotidianidad de la época, los horarios y el trabajo infantil: una realidad que no se puede ocultar con un dedo. “Mal comido, mal dormido y sin un cinco en la bolsa no me hacía un hombre infeliz porque tenía a mi familia y un trabajo. Disfrutábamos del trabajo. Un desayuno tradicional en la mesa de mi casa tenía dos ingredientes: un jarro de café y azúcar para endulzar el sabor de aquella bebida. Por eso cuando empezábamos la jornada en el monte a las siete de la mañana las tripas ya pedían comida.

A las 8 de la mañana se almorzaba y a las 12 medio día bajábamos a la casa. Antes amanecía temprano y anochece a una velocidad impresionante”, dijo Trino Siete famoso por sus canciones en bodas, cumpleaños y cuanta actividad se realizara.

Según este guitarrista y jornalero, a sus ocho años ya se consideraba un hombre. Los horarios de trabajo eran diferentes a los de ahora: si se hiciera una comparación en la actualidad, a sus patrones los juzgaría la ley actual por explotar a niños en trabajos tan duros como coger café, sembrar en los calores de marzo o cortar caña.

Pero se preguntan muchos cómo era un 24 de diciembre o el recibimiento del año nuevo. Para Artavia el regalo de la navidad que con costos lo recuerda -porque en muy pocas ocasiones

recibió uno- fue una cuchilla de una pulgada por una pulgada y un jaboncito de bolsillo Palmolive... había Maja pero a ese no le conocían ni el olor por lo caro de su precio.

Y en un momento de la conversación este hombre multifacético por su forma de explicar los sucesos no pudo olvidar con melancolía aquellos 24 de diciembre que a pesar de la pobreza no se notaba la diferencia entre el rico y el pobre. “Todos brincábamos y compartíamos los regalos. Se hacía chicha con maíz y más de uno se emborrachaba. En todas las fiestas había pleitos donde siempre se imponía el más valiente”, agregó, mientras dejaba ver una alegría en forma de brillo en los ojos.



LOS MÁS... SEGÚN *TRINO SIETE*

- Los mejores futbolistas: José María “Lomitas” Vargas, Gabriel “Lito” Guillén y Fernando Sandí.
- El hombre más inteligente: Toño Porras Mora
- La mujer más linda: Calina Porras, hermana de Tito Porras
- La casa más bonita: la casa de Jobo Porras
- La familia más adinerada: José María Morales
- La persona más querida: Chepa, esposa de José María Morales
- Los juegos más lindos: los maromeros, unos gallitos chinos de lata que “sonaban relindo” y las cuchillas en miniatura -de menos de dos centímetros de diámetro-.
- El más valiente: Silvio Artavia, “era como un bejuco atorzalado”, bueno para la pelea.

Pie de foto 1: *Trino Siete*, uno de los personajes de nuestro pueblo.

Marlon Mora y José Fausto Artavia Vargas



¡Rrrraamillos!

Bien visto, yo podría ser calificado como un ratón de periódico, más que de biblioteca. Siempre me gustaron los periódicos, al extremo de que no he salido de ellos en casi medio siglo. Mis primeros contactos con la prensa escrita fueron felices. Yo vendía el *Eco católico* y *El luchador*, los fines de semana. El primero era un periódico de la Iglesia Católica y el segundo era también de orden religioso, pero publicado por la JOC, que comandaba el cura José Vicente Salazar.

Yo vendía esos periódicos con entusiasmo católico. Su venta pregonera me producía una pequeña renta semanal que me servía para comer granizados con helados. Y, cuando uno es vendedor, se hace de sus clientes. Uno de ellos era un hombre menudo, bajito, de buen sombrero comprado en la capital, reputado como ricacho y buena persona: Remigio Morales Rivera. Recuerdo que mi cliente, al salir de misa los domingos, se instalaba debajo de un naranjo, sobre una tuca, frente a la pulpería de tío Fermín. Yo me le acercaba seguro de que iba a venderle los periódicos, porque era cliente fijo. Por otra parte, me recibía afectuosamente, pues el güililla que era yo le causaba simpatía. Cuando me le acercaba, me recibía con un cariñoso ¡Rrraaamillos! Pasados los años, hube de vivir cerca de su casa, ya casado. Pero entonces yo ya no vendía periódicos, sino que trabajaba en ellos, como hasta la fecha.

El detalle afectivo a que me refiero, hace que ahora desee regresar a la infancia, seguro de que, con Remigio, no habría falla. Mucho recuerdo que, cuando, ya adulto, junto a mi casa, Remigio vendía 20 ó 30 novillos bien enrazados, cualquier día de la semana, me ponía a pensar sobre lo poco que representaba, para un ganadero, una o dos monedillas de a diez céntimos hacia un vendedor con entusiasmo periodístico y, ¿por qué no?, comercial.

Remigio Morales Rivera, además de persona de capital fue un hombre bueno, trabajador, que correteó su ganado por los potreros, llevando por delante principios de vida honestos y cristalinis. Nunca tuvo tiempo para cometer errores de bulto, de baja calaña.

Aquel hombre adinerado, al igual que otros, todos ellos de ascendencia española inmediata, llevó una vida sumamente sencilla, sin aspavientos, cobijado por su camisa de army, abotonada hasta la manzana de Adán y hablaba con voz menuda y algo nerviosa, cargada de emoción. Me parecía un español que hubiera atravesado la mar oceánica, para venir a corretear su ganado de América y, sin embargo, sacaba su tiempo para esperar a que yo llegara con mi pregón. Había en él bondad y afecto para un pequeño, futuro pergeñador de breves pero entusiastas notas, nada menos que para *El piadoso*.

Yo vivo agradecido con él, pues me recuerda un trozo de buena infancia, época en que uno está, apenas, estrenando el alma.

Guillermo Ramos Morales



Lo que se han de comer los gusanos... que se lo coman los humanos

Esta oración que, según el diccionario, significa “discurso pronunciado en público, a fin de persuadir a los oyentes a mover su ánimo” es, en el orden filosófico, típicamente epicureísta.

Epicuro fue un filósofo griego nacido en Samos en el siglo IV d. C., que “impulsó una doctrina en que reivindica el placer como el fundamento natural, fácil y firme de la felicidad. Por esto mismo rechazó los temores irracionales y recomendó la vida retirada y sencilla, los goces del conocimiento, la memoria y la amistad”, según se lee en el prólogo de su tratado sobre la felicidad.

En el ayer de nuestros pueblos, esa oración sirvió para “romper el hielo” entre las parejas y convenció a mucha gente de que lo mejor era, vía matrimonio, o prescindiendo de él, darle gusto al cuerpo, ya se sabe cómo. Esa actitud, llevada al extremo en los tiempos actuales, es lo que nos tiene en constante crecimiento demográfico (demografía es la parte de la estadística que trata de los habitantes de un país, según sus profesiones, edades, etc.).

Pero, apartándonos de toda reflexión filosófica o científica, el hecho es que, desde Adán y Eva (en realidad supongo que desde mucho antes) el ser humano dio en el deporte de aparearse desde años relativamente tempranos. Sólo que, por la vía del prohibicionismo moral-religioso, a muchos se los condicionó para que no cayeran en tentación y, así, millones de hombres y mujeres han muerto, luego de pocos o muchos años de vida, reservando para los gusanos lo que nunca fue para los humanos. Este desperdicio (no tengo otra forma de llamarlo) me parece de lo más lamentable.

Creo que en cierta oración se pedía al de arriba “no nos dejes caer en tentación y líbranos de todo mal”, pero tal jaculatoria, como bien se sabe, ha tenido efectos funestos para la salud pública. Me refiero al no caer. Ese no caer desemboca mucho en malos modos, chichas y hasta en conductas criminales.

Personalmente soy un simpatizante, moderado devoto de la oración con que he titulado esta breve nota, pues, después de todo, de este mundo nada nos llevamos, ni siquiera los recuerdos. Los pueblos, y Piedades es uno de ellos, suelen manejar conceptos que constituyen buena filosofía de bolsillo y que, no por eso, dejan de orientar a la gente. Esta es una de las razones por las cuales ese “lo que se han de comer...”, ha tenido muy buena respuesta en nuestro medio y la seguirá teniendo, mientras la vida siga siendo vida. Ciertamente es que a muchos se les va la mano y habría que decirles: orden, orden, orden...

Una vez me contaba una amiga del pueblo lo que yo recuerdo como el cuento del mecatillo. Era que un pariente mío, solterón tenido por bien portado, se entendía en secreto con una vecina también solterona. Se buscaban de madrugada. Ella vivía con su familia, pero dormía en cuarto aparte. Así, el día convenido, ella amarraba un mecatillo a una rama de cafeto que estaba fuera, muy cerca de su dormitorio. En la pared de tabla había hecho un huequillo por donde pasaba el mecatillo y, al acostarse, ella se lo amarraba de una mano. Entonces, al llegar el hombre, movía el mecate y así la despertaba. Era una forma ingeniosa de aviso de visita y daba muy buen resultado. Esto me recuerda aquel adagio español que reza: “Más discurre un hambriento que cien ingenios”.

Posdata: Hace años ambos murieron y así se completó la oración cumplidamente. Amén.

Guillermo Ramos Morales



Aquí hay pa'juntos

Uno de los hechos más significativos de todas las épocas es la necesidad de comer y esta es la razón por la cual, históricamente, no hay gobierno que se sostenga frente a un pueblo con hambre. A un pueblo se le puede privar hasta de la libertad (término cuyo significado real casi nadie conoce), pero no del sustento.

En todo tiempo en que la pobreza se ha entendido principalmente en términos de falta de dinero, un pueblo sobrevive y pasa mientras no falte qué comer. Así, a finales de la segunda guerra mundial que, entre otros efectos, produjo escasez de trabajo y, lógicamente, de dinero, las familias desprovistas de tierras sembradas acudían a la pesca de río, la caza silvestre, los cuchillos de palo, las frutas abundantes y hasta los panales de rica miel.

Pero también muy cierto es que las familias mejor pudientes compartían sus alimentos con los más pobres. Las cocinas eran espacios abiertos a toda boca que apeteciera o necesitara

bocado. Así, pues, los menesterosos solo tenían que acercarse adonde mejor calentara el sol sobre el comal.

Me contaba recientemente mi amigo Jorgito Morales que a su casa llegaba con frecuencia el comensal Ramón Manso. Y cuando le preguntaban qué quería comer, Ramón recitaba: “Pan casero, por más ligero; y, tamal asado, por otro lado”.

Otra persona me contaba por allí que se hallaba cenando y recibió la visita de un amigo pobre, quien le dijo: “Que le aproveche”, a lo que él contestó, para corresponder con igual cortesía: “Gracias, aquí hay pa’juntos”, pero el otro aprovechó para agregar rápidamente: “Hombre, usted sabe: me caería al pelo”.

Como pasa siempre, hubo casas en que se cocinaba sencillo y frugal, por costumbre o por necesidad; y, otras, en que, tal vez por exceso de aliños, proteínas y grasa (manteca de choncho) la comida quedaba tan sabrosa como dañina. A veces una sopa o una olla de carne ponían a sudar y le sacaba los mocos a cualquiera. Se decía entonces que el alimento estaba como para resucitar

a un muerto.

En cierta ocasión, un invitado a comer se sintió tan satisfecho con el plato que, al dar sus últimos golpes de cuchara, exclamó delante de la hospitalaria señora, muy devota ella y tal vez en exceso beata:

“AHHH... LOS DIABLOS”. La mujer hubo de amonestar a su invitado con un “Shhh...”, pues consideró excesiva y poco católica tal



muestra de regocijo y agradecimiento.

Las buenas maneras no eran práctica muy común para algunas personas que manifestaban a veces su satisfacción, después de comer, con sonoros eructos, como bocinazos de vagoneta. Otras eran lo que entonces llamaban personas garifas, que no paraban de comer, por más que el hambre ya hubiera desaparecido. Incluso, en ocasiones, especialmente las mujeres, metían en su seno parte de la comida que les daban y la trasladaban allí hacia sus casas, dando la impresión de ser dueñas de lo que algunos llamaban una gran “pechonalidad”.

Es mucho lo que se puede escribir sobre el comer de aquellos maravillosos tiempos. Lo mismo puede hacerse con el arte contrario: el de des-comer. Pero dejamos el tema para mejor ocasión y así no mezclar una cosa con la otra. Entonces podremos referirnos, por ejemplo, a la recomendación filosófica de “no tirar el olote muy largo”.

Pie de foto 1: Ramón Manso en la portada de *La República*, domingo 12 de setiembre de 1971.

Guillermo Ramos Morales



A Lico le decíamos Chopo

Muy típico de la raza española es la tendencia a rebautizar a los pueblos con apodos. Estos son parientes de los seudónimos y los llamados hipocorísticos. El apodo es un nombre que suele darse a una persona con base en sus defectos corporales o alguna otra circunstancia. El seudónimo es el nombre empleado por un autor en vez del suyo verdadero. Y el hipocorístico es un nombre que en forma diminutiva, abreviada o infantil se usa como designación cariñosa o familiar. Así, el hipocorístico de Guillermo, por ejemplo, es Memo. Solo que memo, como adjetivo, significa tonto o necio. Pero esto ya es otra cosa.

En nuestro país, la provincia que lleva la batuta en el campo de los apodos es Alajuela. Se cuenta la anécdota de que una vez llegó a esa provincia un foráneo y, naturalmente, no podía quedarse libre de apodo. Los vagos y pensionados que siempre se juntan en su parque central llevaban largo rato tratando de encontrar el apodo que le pondrían, pero ninguno de los que se propusieron gustó o le pareció a nadie. Entonces un tipo audaz tuvo la ocurrencia de preguntarle al hombre por su apellido, que resultó ser Casasola. De allí que, en adelante, debió soportar el mote o sobrenombre de “Se alquila”.

El éxito del apodo radica en su acierto, es decir, en el buen pulso que se debe tener para que el apodo endilgado sea X y no Z. Es como una definición, un tiro al centro del blanco. Hay apodos que pueden arruinar la vida del apodado, por su contenido ridiculizante y agresivo.

Para ser buen apodante se necesita mucha psicología, ser un fisonomista de primera, tener gran sentido del humor, en resumen, tener gracia y sentido analítico. Recuerdo muy bien a Lico (Chopo) Artavia en el corredor de su casa (cerca del cementerio) observando a quienes pasaban, saludando a grandes voces, charlataneando, estudiando con cuidado el caso del transeúnte porque, si no “gozaba” de apodo hasta ese momento, ya le iba a caer encima.

Algunos apodos fueron patrimonio familiar: estaban los... o las... (me abstengo de citar apodos concretos, para no correrme el riesgo de un mentonazo, pues algunos de tales apodos fueron rechazados por sus víctimas).

Por ser el hombre un animal social, le resulta poco menos que imposible dejar de sentar juicio sobre los congéneres que transitan frente a sus ojos, unas veces para calificarlos con cariño y hasta admiración. Otras, para apretarles el pescuezo con apreciaciones nada positivas. Y el apodo es un instrumento de primera mano para satisfacer esa necesidad de reacción y calificación.

Ahora detengo mi máquina de escribir, ante la tentación de empezar una extensa lista de apodos divertidos, buenos para darles campo a las ganas de reír.

Guillermo Ramos Morales



Ñorjo

Ñorjo era el diminutivo de Ñor José. En aquel tiempo, sobre todo en el campo, a las personas mayores en vez de decirles don o doña, se usaba el ñor y el ña, antepuesto al nombre. Así pues, hoy quiero contarles de ñor José, más conocido en el pueblo por Ñorjo.

Era lo que se podía decir un personaje típico de aquella época. Por la edad que tenía cuando lo conocí, calculo que había nacido en las últimas décadas del siglo XIX. Vestía camisa blanca de manta, de manga larga, abotonada en el cuello, a la altura de la manzana. Pantalón a rayas con fondo negro. Sombrero beige de paja, con las alas gachas. Zapatos Turrialba. Un pañuelo rojo amarrado al cuello y siempre oloroso a alcanfor.

Su humilde casita estaba ubicada en la esquina noreste del potrero donde vivíamos. Era una casa de un solo aposento de madera. El piso también de madera de anchas tablas sin pulir; al pararse en una se hundía y hacía traquear las de ambos lados. Me fascinaba aquel juego, pero por supuesto que a Ñorjo no. Siempre me regañaba porque le iba a quebrar las tablas, aunque eso nunca sucedió.

Para cerrarla por dentro solo se necesita un pedacito de madera y por fuera se amarraba con una pita cogida con dos aldabas. ¡Qué tiempos aquellos en que se vivía con tan poca protección!... El techo era de pedazos de zinc herrumbrado. Para que los vientos de febrero no se lo levantaran, le ponía tucas y piedras encima.

La cama era también de tablas, cubiertas con un petate y sin colchón. Su cocina era un estañón volteado al revés y sobre cuatro piedras colocaba una olla cuyo color era imposible de distinguir debido al negro del hollín. Comía con cuchara de aluminio y en platos floreados de pelitre. Mascaba breva marca “Diana” como muchos campesinos de entonces. Ponía la cuecha en lugar seguro mientras comía y tiraba los escupitajos, por una rendija del piso.

Tenía una mesita llena de cosas religiosas de acuerdo con la religiosidad de la época: un crucifijo en el que estaban marcadas las huellas del tiempo. Enroscado en el crucifijo, un rosario con las cuentas desgastadas de tanto pasarlas entre los dedos de varias generaciones. Un cuadro de la Virgen del Carmen con unas grandes llamaradas que salían del purgatorio donde había gente quemándose. Pero el cuadro que más me impresionaba era uno en donde estaba un moribundo en su cama y de un lado estaba la muerte con su guadaña y del otro un demonio negro, con cuernos, saliendo debajo de la cama con un tridente largo y tirando su grande y horrible rabo sobre los pies del moribundo. Me infundía terror y pánico pensar que me pudiera ocurrir a mí eso. Después, ese mismo cuadro lo vi en otras casas. Era como quien dice el cuadro de moda, acorde con la religión del temor que enseñaba la Iglesia de entonces.

Me olvidaba contarles que la casa de Ñorjo tenía sobre su techo las ramas de un hermoso árbol de jocote que la protegía de los soles de marzo y a la vez le dejaba sobre las láminas el regalo de sus frutos que morían lentamente porque nadie se los comía. Había tantos entonces. ...Mis hermanos y yo, entre nuestras andanzas de niños, llegábamos por detrás de la casa, comíamos jocotes y le tirábamos las semillas sobre el techo para ver qué hacía. Salía de su casa a buscar a los autores del delito; nosotros estábamos escondidos detrás de unas matas de “lengua de suegra”. No nos encontraba..., solo le oíamos murmurar quedo: “¡ah, los muchachos de antes que nunca jugaban!”. Descansa en paz Ñorjo y gracias por habernos dado el gozo de conocerte.

Georgina Morales



Tiempos de paz y esperanza

Aquellos tiempos podrían considerarse dorados: nadie robaba, la ayuda al más pobre se consideraba algo normal, no una caridad, y la paz era un ingrediente de todos los días en nuestro Piedades. Para Carlos Guadamuz la vida de antes se puede catalogar de sencilla y de una inmensa felicidad a pesar de las pobreza y el mal vestir de todos. Y esa felicidad sinónimo de tranquilidad en la comunidad está muy ligada a la educación, no esa que se enseña en las escuelas, sino más bien la buena formación que se daba en los hogares.

“Desobedecer lo que decían los papás de uno era algo difícil de pensar. No sé si era temor o respeto, el hecho era que la palabra de los padres era santa”. Recuerdo que me decían: “Si usted no me hace caso se lo va a tragar la tierra”, “Si se porta mal Dios lo va a castigar”. Bueno o malo, temor o respeto eso solo lo juzgará el pasado. Sin embargo, la obediencia, los buenos modales y el respeto a los mayores eran una realidad. Por eso, el envejecimiento no significaba pérdida de actitudes sino veneración entre los hijos, nietos y familiares.

El mal vestir se asociaba a las pocas y escasas camisas y pantalones que poseía un individuo... “Descalzo y con una camisa que tenía sobros de mandarina, naranja y otras frutas con más de una semana de usarla. Agregado a esto, que “en aquel entonces uno se bañaba de vez en cuando y no usaba jabón, menos desodorante”, comentó Carlos Guadamuz quien ha ganado en varias ocasiones con carrozas alusivas a nuestro pueblo el festival de fin de año.

Estas y otras diferencias son cosas que Carlos ha notado a partir de la realidad que viven sus hijos, porque de joven todos sus amigos por más ricos vivían las mismas experiencias en el vestir, donde los pies descalzos les permitían sentir la tierra y no por eso ser menos que nadie.

Recoger las diez vacas, ordeñarlas y darles un mantenimiento era una tarea divertida para un niño de siete años. Un quehacer que debía hacer antes de irse a la escuela. Esas y otras cosas le daban esperanza a muchos que, mediante un pequeño trabajo, ya podían ayudar en la casa.

“No recuerdo violencia en las calles, menos en mi familia. Todos éramos felices con un poquito de plata que teníamos -gracias al trabajo- y no aspirábamos a más. Los mayores eran peones y nosotros cogíamos café o ordeñábamos vacas ajenas”, comentó este amante de las tradiciones de la época.

“La riqueza se medía por las tierras o las 10 vacas que se tenían”, agregó Guadamuz. De esta manera, una piscina, una casa grande, un cuatro por cuatro -carro- y un lindo vestido era imposible encontrarlos en el Piedades de entonces porque si esos son los requisitos para ser rico nadie poseería ese estatus. Su poder adquisitivo lo medían los animales entre vacas, cerdos y cabras que tenían en su finca o propiedad más la extensión de la misma. Al menos en eso no ha cambiado Piedades...

*Marlon Mora
Carlos Guadamuz Hidalgo*

Los sustos...

Estas eran historias que se contaban antes de dormir. El propósito era entretener o provocar insomnio: cualquiera de los casos, he aquí los sustos. “Copito”: un perro blanco que se transformaba; “La Manta”: un pañuelo blanco que mataba; “El Cadejos”: un perro grande que le sonaban las cadenas; “La Segua”: una mujer con rostro de yegua; “La Llorona”: una mujer de aspecto temible que lloraba en los ríos; La carreta sin bueyes, El padre sin cabeza, El mico malo.

Ambición es mala...

Con base en historias se educaba a los niños y jóvenes. Para muestra, una historia que casualmente les contaba Miguel “Guelo” Hidalgo a Carlos hace mucho tiempo.

Había una vez dos hermanos. Ambos jóvenes y trabajadores del campo. Un día se encontraron con un hombre que gritaba y corría como si hubiese visto al mismo Diablo. Aquel muchacho se encontró con los dos hermanos que lo calmaron y le preguntaron que había provocado tal susto. Contra su voluntad tuvo que decirles a los hermanos lo que había visto después de algunos minutos. Su respuesta ante el acoso de aquellos jornaleros fue: “He visto una mina llena de oro”.

Después de declarado el secreto, lo mataron y fueron a la mina donde descubrieron que aquel jovencito no les había mentado. Por ello, el hermano menor decidió traer herramientas y dejó a su hermano cuidando el tesoro. Al regresar, en un descuido, el mayor mató a su hermano menor de un golpe en la cabeza. Unos minutos después de recoger parte del oro que había hallado, se encontró un café y pan que su difunto hermano le había traído. Con un poco de remordimiento -por haberle dado la muerte a su propio hermano después de que él se preocupara por traerle un aperitivo- tragó el primer sorbo de café. Sorpresa se llevaría que en el segundo intento de llevarse el jarro a la boca... descubriría que había sido envenenado y moriría al lado de su gentil hermano.

Lavanderas, aquí y en Tiscapa

Hace muchos años era común que mujeres de familias pobres lavaran sus ropas en el río, sobre una batea de madera y aporreando contra las piedras. Entonces las aguas de los ríos eran abundantes y limpias. Estoy pensando en el río La Cruz. El sitio de lavado quedaba unos 50 metros al sur del puente cercano a La Enramada. Yo visitaba mucho ese lugar porque se me había asignado la misión de bañar allí un caballo llamado Biche, del tío Job, una vez por semana.

Como era tiempo de mucha pobreza, a veces una sola llave de chorro proveía agua potable para varias familias y esa podría ser la razón de que algunas mujeres prefirieran lavar en el río, donde el agua abundaba y no había que pagarla.

Otra forma de economía de entonces era que, en algunas casas, un solo bombillo, estratégicamente colocado, alumbraba por las noches toda la casa, pues el servicio era algo caro: creo que ₡ 1.25 al mes, por cada bombillo de luz amarillenta, afiebrada.

La ropa que mayormente se lavaba en el río eran pantalones (entonces los llamaban calzones y a sus propietarios calzonudos), camisas y calzoncillos de manga larga, generalmente de manta; por cierto que esta prenda desapareció, tal vez porque fue encogiéndose su tamaño hasta llegar al moderno hilo dental que usan hoy ciertas damas y “caballeros”. La ropa blanca quedaba de verdad blanca y, para dejarla así, las mujeres usaban unas bolitas que llamaban azul.

Lavar los pantalones o calzones de los hombres era dura tarea, porque los trabajadores del campo los devolvían muy “curtidos” y no había abundancia de jabones y detergentes como ahora. Mucho menos Irex, pa’ que no le falte.

De todos modos, los trabajos de las mujeres, en general, eran duros y empezaban muy de madrugada, por lo cual se veían obligadas, a “acostarse con las gallinas”, es decir, empezando la noche, después de cumplir “todas” sus obligaciones.

Con el correr de los años, efectué mi primer viaje terrestre por Centroamérica. Estando en Nicaragua, país maravilloso, si exceptuamos a sus gángsteres políticos, algunos amigos periodistas me hablaron de la laguna de Tiscapa y sus lavanderas. Para allá me fui. Había que dejar la carretera nacional y bajar por unos trillos de colina muy empinada. Me hice acompañar de otro tico, a quien había conocido en el Ticabús, entre San José y Managua. Yo iba con mi cámara fotográfica al hombro. La laguna es más o menos redonda y, bordeando el agua azul, estaban muchas

mujeres lavando ropas en batea. Sólo que, a diferencia de las lavanderas piadosas, las nicas hacían su trabajo casi totalmente desnudas. Una de ellas tenía el cuerpo muy abundante, pero bien organizado como una catedral. En su parte delantera parecía cargar dos bolas de fútbol; la cintura era estrecha y, para sentarse, tenía un aparato que, a ojo de buen cubero, medía cerca de un metro de ancho, pero con gran respeto de las buenas formas, sobre piernas hechas como con la mano. Era una mujer decididamente espectacular. Además, su cara era linda como una tinaja.

Decidí usar mi cámara de turista, pues para eso la llevaba. Pero sucedió que la espectacular mujer notó mi afán fotográfico y, muy disgustada, me propuso que fuera a tomarle fotos a mi madre. Le dije al tico que nos alejáramos de inmediato. Retiré de la cámara el rollo fotográfico, se lo di a mi amigo y le pedí que saliera a la carretera por un camino distinto al mío. Tuve razón porque, arriba, me estaban esperando dos miembros (por no decir animales) de la Guardia Nacional somocista. Me arrebataron la cámara pero, como no tenía rollo, me la devolvieron de mala manera.

¡Qué país más h...! me dije entonces. Para acabar de ajustar, el tico, quien me dijo que era de San Antonio de Escazú, y del cual no recuerdo el nombre, se quedó con las fotos, pues nunca pude localizarlo. Tal vez algún día regrese a Tiscapa, aunque solo sea para recordar aquella aventura. Al río La Cruz lo miro casi todos los días, ya sin lavanderas y también ya casi sin agua. Pero mis recuerdos de río y laguna me acompañarán mientras me dure la vida.

Guillermo Ramos Morales



TEMA III DE TODO UN POCO

Cimientos de una familia piadosa²

Es normal que los sábados o domingos visitemos la Iglesia Católica de nuestro pueblo, pero ¿quién se pregunta cómo, quién y en qué momento de la historia se construyó? Este es un pequeño intento de recordar cómo se realizó la proeza de hacer una casa de oración para Dios. Para muestra, las edificaciones más antiguas y de mejores cimientos que estuvieron como testigos de semejante escultura arquitectónica; ejemplos claros están a vista y paciencia de todos los ciudadanos de Piedades de Santa Ana.



La escuela y pulpería de don Fermín Morales [fue] construida por uno de los mejores constructores, el señor Alejandro Ramos Santamaría, padre de Guillermo y María Eugenia Ramos, esposa de Gabriel Guillén. Cuando se habla de lo eclesiástico no se puede dejar de lado a la familia Morales, una de las más influyentes en el pueblo. En un principio sería Ezequiel de Jesús Morales Aguilar el que se encargaría de la construcción del primer templo que tendría Piedades. Sin exagerar, se le puede considerar el patriarca de nuestra comunidad. Ya la Municipalidad le declaró “Hijo predilecto del Cantón” en el año 1984.

Aquel templo inició su construcción en 1882, dos años después de la edificación de la Iglesia de Santa Ana. Se contrató a los mismos constructores, Ramón Pérez y Ramón Campos, ambos de San Ramón y se dan los primeros pasos bajo el financiamiento principalmente de don Ezequiel de Jesús Morales, Bernardo Guillén, don Manuel José Rivera y don Adolfo Villareal, más todas las manos anónimas que pusieron brazos, fuerza y mucho más para ver finalizada la obra³.

² La confección de este artículo contó con la colaboración de mi buen amigo Gerardo Morales Morales, quien había investigado exhaustivamente la historia de la construcción de nuestro templo. Cuenta con datos muy interesantes recolectados del libro de Tesorería de la Iglesia. Agradezco su aporte para este recuerdo... Además de otros colaboradores que vivieron algunos momentos de aquella historia: Cristóbal Porras, Gabriel Guillén y María Ramos.

³ EL señor Juan Rafael Aguilar donó el terreno donde se construyó la primera ermita en honor a la Virgen de las Piedades. Como dato curioso, el terreno había sido comprado por ¢260 y tenía una extensión de 6988.96 metros cuadrados. La piedra con que fue confeccionada la Iglesia fue donada por Blas Porras con material de su propia cantera. Tiempo después sería levantada la primera escuela hecha de adobes con dos aulas, ventanales y una amplia acera enfrente.

La Iglesia era bellísima, con un amplio corredor, algo que en la actualidad no encontramos en los templos. La ermita tenía piso de mosaico, dos torres con reloj público y una arquitectura colonial adornada con piedras blancas, como las de la Iglesia de Santa Ana. Cuenta Gerardo Morales que en aquella época el sacerdote se molestaba en la temporada de lluvia porque los niños ensuciaban aquel amplio corredor a más no poder. “No entiendo por qué no la conservamos. El templo actual se pudo construir a la par. Pero así son las cosas, cuando las tenemos no las valoramos. Después ya es tarde”, agregó este exbanquero y amante de la escritura.

Un 14 de enero de 1952, una Junta Edificadora al mando del cura párroco de Santa Ana, Wilfredo Blanco Rodríguez, siendo tesorero Fermín Morales y mayordomo don Amado Morales Rivera -casualmente nieto de Ezequiel de Jesús- se deciden por hacer una casa de oración nueva porque la ermita era ya muy pequeña para la comunidad.

Asunto de familia

El ingeniero que diseñó la Iglesia fue don Manuel Antonio Padilla Jiménez. Así fue como a finales de 1950 inició un proyecto encabezado por don Amado Morales. Su idea era convertir la ermita en una Iglesia y darle ese papel protagónico que ha tenido en los últimos años. Para ser exactos, la recolección de dinero duraría cinco años -1952 a 1957- para un 19 de octubre de 1957 contar con la aprobación de los planos por parte de la Curia Metropolitana, dato consignado en los mismos planos⁴.

Tanta era su preocupación hacia la iglesia que, desde antes, su abuelo Ezequiel de Jesús Morales había propuesto levantar un templo en Santa Ana pero por razones que la historia no me permitió recabar, su participación se vio anulada. Así, se puede ver que el espíritu de servicio y preocupación por el prójimo le venía de familia a don Amado Morales. Este personaje de nombre tan amoroso, desde que inició la construcción se hizo cargo de cubrir con sus propios recursos la planilla semanal hasta que no finalizó la construcción el 31 de marzo de 1962.

De esta manera, con ayudas y dineros de todas las personas de la comunidad se dio curso a las bases del Santuario. Mientras, en determinados épocas que no había plata para seguir la construcción, la mano de Amado y Remigio Morales no temblaban para inyectar ánimo constante y sonante.

Recuerda doña María Eugenia Ramos que fue bajo la dirección del sacerdote Feliciano Álvarez, conocido como Chanito, con la colaboración del maestro de obras Guillermo Porrás que empezó el mayor proyecto que se ha realizado en nuestro pueblo.

Un dato interesante que me encontré por allí fue que el padre Chanito no tenía una gran afinidad con el maestro de obras don Guillermo Porrás y tal parece que en el pasado habían tenido una desavenencia. Sin embargo, Chanito no molestaba al señor Porrás sino más bien al bueno y colaborador Amado diciéndole: “¿Qué hace ese hombre construyendo una Iglesia si no es ni siquiera arquitecto?”. Y si quiere cerciorarse de la veracidad de mi narración verifique debajo del coro en nuestra iglesia y encontrará una pequeña placa que reza: “Construida 1958, Dirección H. Guillermo Porrás P.”

Vanidad o memorando, no sabemos.

Retinta y la iglesia

La forma de empezar a darle forma al terreno era preparando los cimientos haciendo zanjas, con la fuerza de muchos jóvenes que se fajaban de sol a sol a colaborar. Era normal ver a

⁴ Para ese entonces se había ahorrado ₡34.432,65.

Amado los jueves y viernes pasar con aquella yegua, Retinta, de metro y medio montado como si fuese en una motocicleta al estilo Harley Davidson mientras gritaba de casa en casa:

- “¡Juan Porras! mandá los peones a zanjear...”.

Y una nube de hombres trabajaba con los operarios que hacían el zanjeado. Dicen algunos señores de más edad que los colaboradores por su agilidad y esfuerzo parecían cusucos escarbando.

Otra de las escenas más lindas era ver la solidaridad del pueblo cuando se iba a sacar laja. Una vez más Amado con su yegua Retinta gritaba por la calle:

- “Mañana vamos a sacar laja a las cuatro de la mañana todos en la plaza tempranito”, mientras invitaba a la gente a sacar los bueyes para jalar el material de las paredes de la actual iglesia. Entonces café, chicha y bueyada para sacar la piedra. En algunos momentos el carro de Honorio Solís, un pick up grande de marca Ford, y un camión de carga liviana de Álvaro Acuña eran instrumentos para sacar el producto elemental de la construcción. Mientras unos recogían la piedra en pedazos, esa laja vetada era partida por otros hombres en el río Virilla, que con macanas o barras destrozaba la roca y la convertía en material listo para ser cargado.

Todos se preguntarán cómo hacían para darle esa perfección a la laja. Según Gabriel *Lito* Guillén eso se debe al vetado que poseía la roca –de donde se extrajo toda la laja- que permitía cortes de piedra viva de tamaños manejables, para luego formarlos como un rompecabezas tal cual se ve en el interior y exterior del templo.

Uno de los trabajos programados para hacer en conjunto todo el pueblo en favor de la edificación -chorreo de cimientos y zanjeado- se calculó en cuarenta horas empezando sábado a la una de la mañana hasta el domingo a las seis de la tarde. De este modo, el programa incluía mujeres que preparaban comida para dar a un regimiento y varones de todas edades haciendo mezcla, jalando carretillos o alistando las tandas de mezcla -formada por cemento, arena, piedra, cal y otras cosas que le ponían a la composición para que amarrara bien-.

La escena era más o menos de esta forma: todos al frente con palas doble cero zanjeando mientras unos revolvían arena con piedra cuarta; otros regaban el cemento, y la fórmula estaba casi lista; solo faltaba echarle agua y mezclar.

“Era muy fácil ver desde la plaza para dentro hasta donde está la iglesia actualmente una cantidad de hombres de pala en mano haciendo mezcla... y por otro lado señoras haciendo comidas. Eran como 250 hombres... lo que estaba programado para dos días finalizó a las once de la mañana del primer día. Con este trabajo quedé untado, después todo fue fiesta”, agregó Cristóbal Porras en medio de explicaciones detalladas de los hombres que valientemente compitieron por hacer el mejor trabajo sin recibir un cinco. Esa labor comprendió los primeros cimientos desde el coro y la viga corona que luego sostendría toda la estructura.

Particularidades

Un dato que no aparece en el *Libro de tesorería* es la construcción de la sacristía porque don Amado se encargó por completo de este rubro. Más tarde, el 25 de mayo de 1960 se estrenó el templo y este suceso lo guarda en su memoria doña María Eugenia Ramos, porque ese día confirmaron y bautizaron -dos en uno como se hacía antes- a su hijo de tres años Roy Guillén, con el encargado de la bendición Monseñor Rodríguez Quirós.

Aunque en el Libro de Tesorería dice que el templo se terminó de construir a finales de marzo de 1962, las bancas se pusieron en 1966 y la pintura en 1967. Cuando el nuevo templo quedó debidamente terminado, con su sacristía, bancas nuevas y pintado, la cantidad invertida por la Junta Edificadora fue de 300 mil colones.

No obstante, la bendición del templo tiene de fecha anotada “13 de mayo de 1961”, o sea diez meses antes de su conclusión; la explicación dice: “En bendición de la Iglesia, recogido de limosnas de los padrinos”. Probablemente, el templo estaba avanzado en su construcción, lo que sí hace posible lo comentado por la señora Ramos anteriormente. Esto es una prueba de que, cuando se quiere se puede, pero para ello se necesita una dosis de solidaridad, liderazgo, respeto por el trabajo del otro y amor por lo que se hace. Solo así fue posible que nuestra iglesia tuviese una casa en la que todos los Piadosos se reúnen para aprender de la vida de Jesús.

A manera de anécdota, del señor Rodolfo Muñoz, albañil que participó en la construcción y armador de la laja, se dice que “tomó agua en Piedades y se quedó”. Su trabajo en la edificación del templo le permitió casarse con la señora Isabel “Chabela” Ramos Morales. Así que desde trabajo hasta amor trajo la realización de este templo.

Otro dato interesante es que el señor Emilio Artavia siempre ha presumido que él fue la persona encargada de poner el pedazo de roca más grande en una de las paredes de la iglesia. Por tanto, cuando visite esta casa de oración no olvide recordar que este lugar conmemora el espíritu de unificación de todo un pueblo. Cada pedazo de la piedra afilado en las paredes, vigas y estructuras es sinónimo de sacrificio.

Esta es la historia de todo lo que se hizo antes de pronunciar desde el púlpito, sin micrófono, a viva voz en nuestra iglesia: “Hermanos, en Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...”.

Revelaciones

Un dato por demás interesante extraído del propio *Libro de tesorería* por mi investigador innato, Gerardo Morales, detalla el valor de un saco de cemento cuando se estaba construyendo el templo: 11.50 colones. El salario de un albañil por hora era de ₡1,4 y del peón entre ₡1 y ₡1,25 la hora. No se recibió ayuda económica del gobierno; los vecinos realizaron turnos, rifas, donaciones de ganado. Algunos hasta regalaron sus fincas para ser vendidas y salir de apuros. Las tres puertas las donó don Abraham Morales Saborío en 1959; por eso cuentan con placas con su nombre. El cielo raso lo donó don Remigio Morales Rivera, hermano de Amado Morales. Del nieto de don Ezequiel, don Amado Morales: regidor municipal, presidente en muchas ocasiones de la Junta de Educación, del Patronato Escolar, del Comité de Deportes, de las comisiones de festejos y amigo del prójimo, es de quien Piedades entera está en deuda. Fue un hombre que en todo momento puso sin esperar nada a cambio. Inspiraba tal confianza en el pueblo, que la gente le daba sus contribuciones a ojos cerrados, segura de su honradez. Definitivamente, gracias a él mucho se avanzó en el plano educativo, religioso y estructural por nombrar algunos ámbitos. Por esta razón, hoy sería difícil retribuirle tanta bonanza que entregó a Piedades. Sin embargo, nunca es tarde para decirle a este gran hombre, “muchas gracias, Amado” desde nuestro pueblo hasta el cielo.

Por otro lado, y no menos importante, es la fecha de la consagración del Templo Parroquial de Nuestra Señora de las Piedades el 23 de noviembre de 1996 siendo cura párroco el Presbítero Víctor Hugo Brenes Leiva, un hombre preocupado en su periodo por darle un total desarrollo a la comunidad en lo material y espiritual⁵.

Por ello, con autorización de Gerardo Morales, utilizo para cerrar unas palabras de su autoría: “Esta historia está escrita apegada lo más posible a la verdad de los hechos. Sin embargo, puede tener errores involuntarios, pues como dice el filósofo Juan Jacobo Rousseau: “Las cosas salen perfectas sólo de las manos de Dios y degeneran en las manos del hombre”.

⁵ Finalmente, me decidí a escribir sobre este tema gracias al entusiasmo que me dio mi respetado colaborador Cristóbal Porras, que para este caso en especial creo valió la pena.

Pie de foto: Esta es una fotografía de nuestra Iglesia por allá de 1996.

Marlon Mora



Lo eclesíástico en la iglesia católica de Piedades

En tiempos pasados, Piedades no tenía sacerdote fijo. Sí había templo y casa cural, donde venían algunos sacerdotes a pasar la temporada. El cantón de Santa Ana sí era parroquia y tenía cura párroco; pero éstos sólo venían los domingos a celebrar la eucaristía a este distrito. Si había algún funeral venían y le hacían la misa; también algunos de los sacramentos a los niños y niñas que los preparaban en cuanto a la doctrina cristiana para la confesión y la primera comunión. Los bautizos y matrimonios los hacían en Santa Ana; sólo algunos los hacían aquí.

No fue hasta el año 1975 que llegó el presbítero Alexis Zamora Cruz y éste fue donde el Obispo y le pidió que a Piedades lo hiciera coadjutoría y así fue. De ahí en adelante ya tuvimos sacerdote fijo.

Por un tiempo que el padre Alexis se enfermó nos nombraron al padre Guillermo Solís Solís. Luego, de marzo de 1976 a abril de 1978 nos nombraron a Antonio María Barrantes Cubero; por motivo especial de este sacerdote, nos nombraron a Rosendo Salas Valenciano.

En el año 1979 nos cambian de sacerdote por el Pbro. José Angel Durán Guzmán. Luego, como siempre cambiaban de sacerdote, el Obispo nos lo cambió por el Pbro. Román Ramírez Cascante en el año 1980-1988. Después de éste nos envían al sacerdote Manuel Antonio Solano durante los años 1988-1992. Esta coadjutoría fue nombrada parroquia estando el Pbro. Mario Jiménez Murillo en los años 1992-1994. Después nos lo cambiaron por el sacerdote Julio César López Solano en el periodo 1994-1996.

Luego nos envían al sacerdote Víctor Hugo Brenes Leiva; estando él fue bendecido el templo parroquial. Este fue nombrado de 1996 a 2002, hasta el momento en que nos lo cambiaron por el presbítero Gerardo Fco. Badilla González en enero de 2003. Le agradecemos a Dios por haber tenido pastor en estos años para atraer a las ovejas al rebaño.

Florita Morales Vargas



En la iglesia vieja sí asustaban

Cuando era estudiante de colegio y de música, se me ocurrió pedirle permiso al mayordomo de la iglesia, Amado Morales Rivera, para hacer mis prácticas, durante la noche, al regreso del liceo, en el viejo armonio que había en el coro. Estudiaba generalmente hasta las ocho. Pero las ocho de la noche de aquellos tiempos eran como las doce de la noche de ahora, a causa de la mucha oscuridad, la soledad y el miedo. Por motivos básicamente religiosos, se metía pánico a los niños, adolescentes e incluso adultos, para alejarlos del pecado y el consiguiente riesgo de la condenación eterna. Se hablaba mucho del diablo, las enfermedades y la muerte.

Amado era muy celoso con los bienes de la iglesia y por eso temí que no me diera permiso. Sin embargo me dio el sí, lo cual hoy agradezco, pero con la advertencia de que, de noche, en la iglesia asustaban. Sinceramente me pareció que ese fue un intento de su parte para que desistiera de mi propósito, pero yo estaba muy fiebre con la música de piano y de órgano. Yo debía hacer mis prácticas con la iglesia cerrada. Entraba y salía por la sacristía, mediante el uso de una llave.

Me gustaba mucho que todo el templo sirviera de caja de resonancia para una música solo destinada a mis oídos y se me ocurría pensar que aquello debía tener un gran parecido con el ambiente festivo del cielo. Al llegar, recorría un trecho entre la sacristía y un portoncillo colocado en el centro de una baranda, frente al altar. Allí me hincaba brevemente, con escasa devoción, debido a la prisa que tenía por llegar al coro. Continuaba caminando por un pasillo situado al lado izquierdo de las bancas y luego subía por unas traqueantes gradas de madera.

Antes de empezar a mover los pedales del instrumento para que el fuelle se activara (entonces no había ese aparato electrónico), me encomendaba brevemente a Dios, por aquello de un susto. Pero pasó mucho tiempo y, salvo el revoloteo de murciélagos y una lechuza que de vez en cuando aparecía por allí y que parecían danzar al son de las notas, nunca vi nada extraño que pudiera asustarme. Algunas veces me dio por recordar ciertas ceremonias fúnebres que vi muy cerca cuando asistí al cura llevando el incensario o el recipiente del agua bendita. Entonces los muertos eran escasos y un poco más lúgubres que ahora, porque casi siempre los metían en la caja tal y como quedaban, a veces con los ojos entreabiertos, con los dientes un poquito pelados o con alguna mueca de insatisfacción, de miedo o sufrimiento. No se acostumbraba, como ahora, esa especie de enderezado y pintura que a menudo mejora su apariencia y hasta los hace verse mejor que cuando estaban vivos, aunque esto es cierto solo en contados casos. Entonces no. Se diría que, cuanto más feo, más muerto estaba el muerto y, de ese modo, también, más se justificaba el “sintiéndolo mucho” y el “en paz descanse”. Pero yo sabía que, allí en la iglesia y menos de noche, nada tenían que hacer los muertos ni el diablo. Eso me tranquilizaba.

Sin embargo, una noche, cerca ya de las ocho, hora límite, mientras repetía una y otra vez, con fuerza, un pasaje musical que pedía un “fortísimo”, según la partitura, de repente se estremecieron todas las bancas de madera, como si unos enormes brazos las hubieran puesto a bailar. Debo confesar que se me paró todo el pelo. Cerré el instrumento, recogí mis cosas y empecé a bajar m-u-y-des-pa-cio, tratando de guardar la calma, pues no había quién me prestara auxilio. De reojo, en el cielo raso, leí una vez más el nombre del pintor que decoró la iglesia: Salvador Fedullo, de quien yo, no sé por qué, me sentía amigo.

Mientras caminaba en dirección a la sacristía, mi vista no se apartó ni un instante de las bancas. Hoy creo que, si se hubieran movido de nuevo, habría muerto de un infarto. Al pasar frente al altar, no hice mi inclinación de siempre, porque iba despacio pero un poquillo apurado. Al cerrar la sacristía para dirigirme hacia mi casa, sentí un poco de alivio y empecé a prometerme que jamás volvería a mis ensayos. Pero, cuando le conté a mi madre aquella amarga experiencia, ella me dijo que no fuera tan pendejo.

Continué mis prácticas y me dije que, el día o la noche que no lo hiciera, dejaría de llamarme como me llamo. Nunca más experimenté aquel misterioso y terrorífico ruido de bancas. De lo que sí estoy seguro es de que Amado tenía razón: allí, en aquella iglesia, asustaban. Soy un testigo confiable. Hoy pienso que el miedo de aquel tiempo lo he superado, pues hace pocos años dormí en una iglesia en Sarapiquí, donde vivía, con el objeto de cuidar que nadie se robara una olla de picadillo y medio estañón de tamales que teníamos listos para una pequeña feria o turno del día siguiente. Ya no pensé en diablos, en muertos, en sustos ni en música. Por cierto que “Coneja”, un viejito amigo mío, me preguntó si no me daba miedo dormir allí, tan solito. Le dije que no. Entonces me dijo: “No, pos si tiene miedo, compre un perro; o, si no, se ve p’onde mí”.

Guillermo Ramos Morales



Rezos y rezadores

Hubo en otros tiempos y todavía los hay, sobre todo en pequeños pueblos, personajes llamados rezadores. Y como era muy común que tales sujetos se hicieran acompañar de un paraguas (aunque se estuviera en pleno verano) a este objeto se le llamó también rezador. Curiosamente, nunca oí llamar rezadora a la sombrilla compañera de la mujer que reza. El paraguas, por regla general, colgaba del brazo izquierdo del rezador en posición de escuadra.

Por no haber sido nunca el autor de estas líneas aficionado a la oración, aunque sí a contemplar a los rezadores para calificar su devoción y entrega, se le dificulta un poco describir ese hecho social. Desde luego que el rezador es la figura central del rezo, su director más o menos espectacular.

En otros tiempos era frecuente que ciertos rezadores se hicieran acompañar de otra gente, cuya misión era amenizar o solemnizar el rezo, con música de guitarra, mandolina o acordeón. El rezo acompañado con música era típico del Día de Santa Cecilia y se efectuaba casa por casa, frente a la galería de santos colgados de las paredes, o a algún mínimo altar improvisado, o a un camarín (especie de urna vertical con una imagen dentro) que se iba trasladando. Tal camarín tenía al pie una alcancía donde los fieles echaban comúnmente un diez o una peseta, es decir, dos reales. Rara vez un poco más.

Desde que recuerdo, todos los rezos y no sólo los relacionados con los velorios y novenarios eran y son vecinos de la bebedera y la comedera. El rezador (o la rezadora) imponía en el rezo un clima, digamos, personal. Así, recuerdo a un rezador que conducía la ceremonia con un rumor (rugido atenuado) que iba acelerando y compresionando, dando de tiempo en tiempo un frenazo y reiniciando el ruido, como cuando un carro viejo sube y baja la carretera de una quebrada senda.

A veces el rezo se interrumpía, aunque fuera ya en la recta final de las letanías acompasadas por el adormecedor “ruega por nosotros”, ya fuera porque el rezador necesitara votar una flema o porque de repente se le ocurría recordarle a su mujer cualquier cosa relacionada con la rutina diaria. Terminado el rezo, lo que a veces ocurría con un frenazo en seco, como en ciertas sinfonías, quedaba flotando una sensación de paz o alivio, como le ocurre al ambiente después de un torrencial aguacero. Lo que seguía era un ataque sin cuartel a las ollas, el interrogatorio mutuo sobre cómo iban las cosas, los coqueteos de Rafaelés y Rafaelas, chismorreos familiares y vecinales, todo ello salpicado aquí y allá por el indispensable “bendito sea Dios”.

Guillermo Ramos Morales



El portal de barrilito

El esplendor de los portales decembrinos, hacia los años 40 y 50 del siglo pasado, parece haber desaparecido casi por completo. A principios de diciembre, cuando el verano había llegado para quedarse varios meses, empezaban los preparativos, incluida la limpieza de cumbos, barriles y otros recipientes en que se maduraría la chicha. Las visitas a las casas portaleras no eran únicamente para apreciar el portal sino para comer tamales, tomar café, beber chicha (en algunos casos fortalecida con algún licor fuerte) y daban lugar a que viejas familias amigas o con parentesco hicieran un rato de tertulia.

Entiendo que el portal más famoso fue el de doña Antonia Rivera y don Balvanero Vindas, que estaba en Brasil de Santa Ana. Ellos constituyeron un matrimonio muy querido. Para Navidades hacían derroche de generosidad con sus comidas y bebidas. El portal era grande, muy surtido de figuras y ocupaba buena parte de la sala. La propiedad tenía un amplio espacio de potrero, donde la gente se sentaba o acostaba a la sombra para consumir lo que llevaba o se le daba. Como es natural, allí tuvieron lugar a veces primeras conversaciones entre jóvenes que más tarde pararon en noviazgos y hasta largos matrimonios. En uno de esos diciembres estuve a punto de ennoviarme, pero el asunto no prosperó, para suerte mía, de la muchacha o de los dos.

Irse a portalear significaba a veces lo que uno sentía que eran largas distancias, pero esa impresión se tenía, creo yo, porque entonces había muy pocas casas, bastante separadas entre sí. Algunos dueños de portales invitaban expresamente a ciertas familias para que los visitaran y así poder compartir y hasta rezar el rosario juntos siquiera una vez al año.

Los portales, como es lógico, muy a menudo reflejaban la personalidad de sus dueños, por la forma en que se confeccionaban. Por esta razón, en mi concepto, uno de los más originales, o el más, era el de Luis Villalobos, hijo de don Sixto, un hombre que era como para ser envidiado por un santo y de tía Liduvina Morales, hermana del abuelo materno, Rubén Morales. El portal de don Luis, a quien apodábamos Barrilito, cariñosamente, se caracterizaba por su sentido del humor.

Una cierta cantidad de figuras, que él fabricaba con sus propias manos, reproducían a personajes muy conocidos del pueblo. Bien podía haber allí un San Antonio, con la cara de algún Toño del lugar; una santa con el rostro de alguna señora también conocida; me parece que había hecho un marimbero que era en realidad Milo Manso con todo y sombrero, pues este tocaba ese instrumento. Por allí podía verse a algún vecino representado con cara de tontito, más de la cuenta, sin que provocara burla, sino simpatía. La impresión que me daba ese portal era que Luis no estaba interesado en reproducir la corte celestial, sino la corte del pueblo y lo lograba con éxito. Tal vez, de una manera más bien intuitiva, Luis plasmó en su portal lo que el escritor católico francés León Bloy dijo en uno de sus libros: que el arte es reflejo directo e inevitable del alma del artista. Esa es la razón por la cual Cristo mismo aparece en estampas, óleos, figuras de yeso, esculturas y distintas formas artísticas, con muy diferentes semblantes. En unas, aparece con cara de santo; en otras, con rostro de hombre mundano; a veces, sufrido y paciente; pocas veces feliz. Y hasta han llegado a representarlo como si hubiera sido un mal bicho. Pero nada de esto ha sido su culpa, sino de sus malos amigos o de quienes pretendieron parecersele, sin haberlo conocido jamás.

Guillermo Ramos Morales



Los pies rosados

Hubo un tiempo en que, rigurosamente, se acostumbraba aquí el baño una vez a la semana, generalmente los sábados. La restricción del agua para el cuerpo no andaba lejos del prejuicio de pecaminosidad. De allí que, prácticamente, se estableció la prohibición estricta de bañarse en los llamados días santos. Por esta vía también era frecuente que, especialmente las mujeres, se bañaran vestidas o medio vestidas, con detrimento para una higiene exhaustiva.

La ceremonia del baño estaba a menudo precedida por otra, bastante meticulosa: el cuidado de los pies, especialmente en tratándose de los hombres, a causa de sus áridos trabajos y su condición descalza, por así decirlo. Para desprender la tierra mezclada con otros elementos y pu-

lir la suela natural (las plantas de los pies), algunos campesinos usaban cuchillas y pedacitos de teja de barro cocido, lo mismo que el jabón quizás más popular entonces, por bueno y barato: el inolvidable jabón de chanco que hoy no se menciona, pues posiblemente ya no existe. Tal labor, que ahora lleva el nombre, un poco cursi, de “pedicure”, requería su buen rato y su buen poco de agua. Las uñas excesivas se rebanaban con una cuchilla bien afilada pero barata, pues las buenas, de marca Arbolito, eran y siguen siendo caras. (Hoy alcanzan el precio de cincuenta mil colones o más y sirven para otros menesteres. Ejemplo: para presumir con que se tiene una de ellas).

Si había por allí, en los pies, alguna pozola (especie de quiste donde invernaban los huevos de nigua) esta era extraída con la punta de la hoja de la cuchilla, no, sin cierto pesar, porque quedaba faltando el delicioso picor que se producía al rozar el pie con el petate o el saco de ganchoche (cobija de pobre). Las niguas eran amigables parásitos. En realidad molestaban poco y daban placer. Cierto que, en exceso, afeaban los pies, que tomaban a veces apariencia de maní garrañado. Yo no recuerdo haber sido muy nigüento, pero echo de menos aquellos inolvidables parásitos.

Una buena labor sanitaria de los pies, más baño corporal, más una buena cuecha o breva y un sombrero alón, junto con el cuchillo al cinto, eran la fase preparatoria indispensable de muchos hombres para presentarse dignamente el domingo en misa. Ya en presencia del Padrenuestro o el Credo, los campesinos sentados en la iglesia hacían reposar con cariño su sombrero en el regazo, con una devoción silenciosa y oxigenada que, en algunos casos, era seguida por la visita a la cantina cercana, donde degustaban una cuarta o dos de guaro de la Fábrica o bien un “cuechazo” de chirrite, en casa propia o del vecino amigo.

Y, aunque estaba prohibido (no se sabe exactamente por quién o por qué) no era raro que alguno o algunos de aquellos inquilinos del templo, preferiblemente soltero, le echara alguna miradilla, como quien no quiere la cosa, a alguna fulanita de pies rosados, cuya cabeza estaba cubierta por el velo o la toalla, pero no por eso menos esplendorosa. Tampoco escapaban de esas discretas miradas (a veces no tanto) algunas señoras de buen ver. Cierto que los rostros de las mujeres, cubiertos casi hasta la punta de la nariz, muchas veces no provocaban otra cosa que mayor curiosidad, con el afán de saber a qué rostro pertenecían aquellos pies deliciosamente rosados y de uñas limpias y bien perfiladas.

¡Dios me perdone!, se diría más de un varón descubierto a sí mismo infraganti en un lugar tan poco apropiado para dar cabida a tentaciones. Entonces el parroquiano se refugiaba de inmediato en el Yo Pecador, con los ojos cerrados y algo de picor en el corazón.

Guillermo Ramos Morales



Una casa en el cafetal

Corría el año 1944. Todos los días había que ir a recoger la leche donde ña Manuela. Llevábamos una botella de litro, color verde, tapada con un pedazo de olote bien socadito para que no se regara la leche. En la otra mano llevábamos una moneda de ₡0.10 que era el valor de un litro.

Se llegaba a la casa a través de un callejón cubierto de vegetación entre café, árboles de guaba, cuajiniquil, limón dulce y naranja agria (este último hoy en vía de extinción). Era tal lo tupido de la vegetación, que daba al ambiente una sensación silenciosa de oscuridad, silencio que solo era interrumpido por el cacareo de una gallina que acababa de poner y por el palmoteo de las

tortillas que hacía ña Manuela sobre el moletero de duro cedro. Las palmeaba sobre una hoja de banano soasada para facilitar el volteo sin que se rompiera. ¡Ah, qué olor de hogar despertaba esa hoja, que aún hoy cuando llega a mi nariz, me huele a nostalgia y pasado placentero!

Ña Manuela fue en mi infancia un personaje inolvidable y prototipo de la Costa Rica de entonces. Era descalza como la mayoría de los ticos de aquella época. Ni los zapatos nos oprimían la libertad y eso nos mantenía con los pies bien puestos sobre la tierra. No necesitábamos zapatos ni tenis de “marca” como los jóvenes de ahora. Usaba unas enaguas hasta los tobillos, una cotona de zaraza estampada, un delantal de mezclilla azul (porque en ese tiempo la mezclilla la usábamos los pobres) de “pretina”, es decir, de la cintura hasta los tobillos. Su cabello se lo ataba en forma de moño en la parte de atrás con un gancho que se usaba en esa época. Era una persona muy cálida y acogedora, sobre todo con los niños.

Apenas llegaba y antes de henchirme la botella, me daba una tortilla grande, caliente y bañada de leche agria. Me sentaba en un taburete a saborear aquella delicia. El suero me chorreaba por los brazos no muy limpios, pero ni eso se desperdiciaba, recogíendolo con la lengua. ¡Cuán fácil es hacer feliz a un niño!

Tenía el don de reír con ganas, a carcajadas, y al reír mostraba el único diente que le quedaba: un incisivo amarillo, de tantos cigarrillos que fumaban las viejitas de la época, hechos por ellas mismas. Compraban el tabaco en polvo y hacían un cerullito con papel de china amarillo. También tenía güecho, algo muy característico de aquella época, por la escasez de yodo en el agua. Se decía que se curaba poniéndose yodo en la pelota por la noche y amarrándose un pañuelo de seda. Nunca vi a nadie curarse de esa forma. Había tantos güechos en aquel entonces que yo terminé fijándome a diario en el espejo para ver a qué horas me salía a mí también.

La casita de Ña Manuela era de bahareque, de solo un aposento, de piso de tierra muy limpiecito porque le pasaban boñiga de caballo seca. Con esa cera hasta brillo cogía. Por fuera estaba pintada de blanco y azul, y por dentro toda empapelada con el periódico *La tribuna* y el *Eco católico*. Ahí me vine a dar cuenta de que mis papás y todos nosotros habíamos salido en este último, cuando celebraron sus bodas de plata. Ya para ese entonces éramos diez y todavía faltaban tres.

Ña Manuela era una mujer sensible. Amaba las plantas. Frente a su casa tenía un atiborrado jardín de donde hacían gala de su presencia ollas viejas, pichelos floreados, baldes de aluminio, palanganas, bacinillas, tarros de leche Klim, de avena Quaker, cada una distribuyendo el perfume de sus flores. Allí estaba el pico de gorrión, la varita de San José, la bellísima, el velo de la monja, los matrimonios, mariposas, lirios, chirrites, violetas y un palo de sauco que ejercía de guardián detrás de la multitud de flores. Lo que entiendo mejor ahora, es que Ña Manuela ya sabía reciclar. ¡Qué tiempos aquellos, señor don Simón...!

Georgina Morales Morales
5 de setiembre de 2003



¡Presente!

En marzo de 1945, al finalizar la II guerra mundial, hice mi ingreso en la escuela de Piedades. Cuando el maestro o la maestra pasaba lista, cada mañana, respiraba hondo y esperaba que me llegara el turno para contestar: ¡presente! Me parece que en ese tiempo solo se podía llegar hasta tercer grado y, quien quisiera avanzar hasta sexto, debía hacerlo en Santa Ana o Villa Colón. Pero en 1950 estuvimos en sexto, por primera vez, alrededor de 10 estudiantes.

El maestro de ese grado, quien fungía a la vez como director, era un hombre sumamente drástico y chichoso: don Fernando Sanz Oreamuno. Dicho sea de paso, este maestro aún vive,

aunque está muy kilometreado. Las veces que me lo he topado en San José, parece no reconocerme o no querer hacerlo. O, tal vez, yo esté ya más viejo que él y haya cambiado mucho mi apariencia y por eso no me reconoce.

Sanz Oreamuno era buen maestro en lo tocante al conocimiento de las materias académicas, pero no lo encontré buen pedagogo. Algo le faltaba. Incluso en su primer apellido parecía haber dejado perdida una “e” para que no fuera Sáenz, un apellido que yo encontraba más normal. Siempre lo he recordado con algo de mala voluntad pues, como ya lo he contado, creo que fue él quien una vez puso como tarea memorizar una página de un libro. Como solo yo lo logré, regañó a los demás muchachos. Aquello no careció de sentido, como forma de ejercitar la memoria, pero tuvo algo también de afán de torturar, pienso yo.

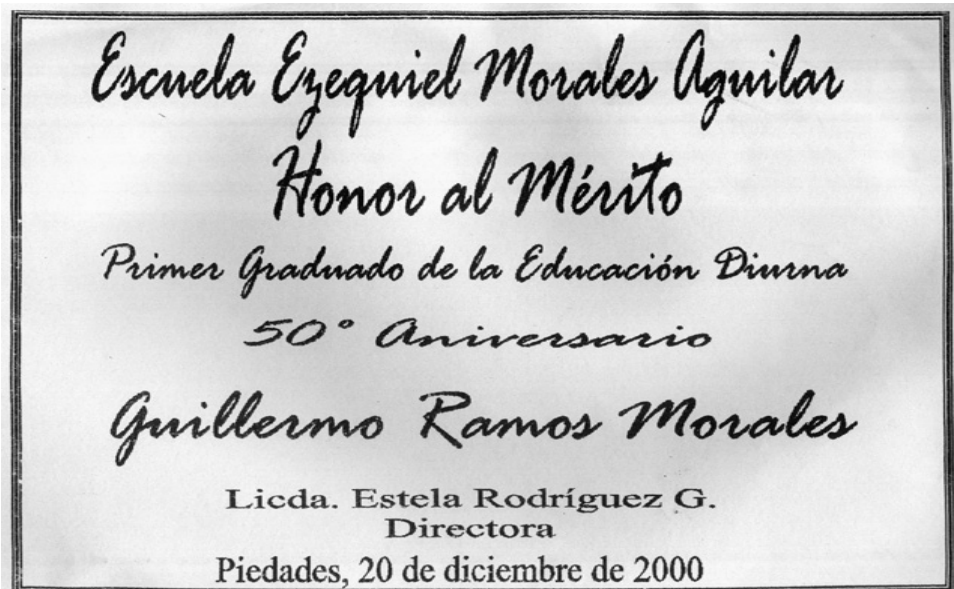
Recientemente, tuve una bonita sorpresa: me fue entregado un pergamino que me otorga un “honor al mérito”, el único de mi vida, donde se dice que fui el primer graduado de la educación diurna, de la escuela Ezequiel Morales Aguilar.

Tal reconocimiento se me otorgó al cumplirse los 50 años de ese hecho. Dicho de otro modo, fui el primero y el único estudiante que, como se decía en ese tiempo, “sacó el sexto” en esa escuela en 1950. Esto lo sé apenas ahora, casi tres años después, porque el cartón llegó a manos de un hermano mío y se le olvidó entregármelo entonces, no sé si por no estar de acuerdo. Quiero, desde aquí, dar las gracias a quien tuvo la ocurrencia de extenderme ese bonito y curioso galardón.

Al continuar mis estudios, ahora, siempre procuré poner en alto el nombre de mi escuela, siendo, no un estudiante brillante, pues nunca lo fui, sino poniendo en práctica aquello que dijo el gringo cuando compró una lora. En una



casa campesina, el hombre se maravilló al conocer a aquel animal que hablaba mucho más y mejor español que él. Entonces, un tico que estaba presente y tenía también una lora que no hablaba, tuvo la ocurrencia de vendérsela y lo logró. Tiempo después se encontraron de nuevo y el



vendedor le preguntó cómo le había ido con la lorita. Consciente de que había sido estafado, el gringo le dijo: “Oh, no servir para nada, pero poner mucha atención”. Igual me ocurrió a mí, siempre que fui estudiante.

Fotografía adjunta al artículo: Pie de foto número 1: Título de honor entregado en el año 2000. Pie de foto número 2: En la escuela para la posteridad.

Guillermo Ramos Morales



Música y semilla de marañón

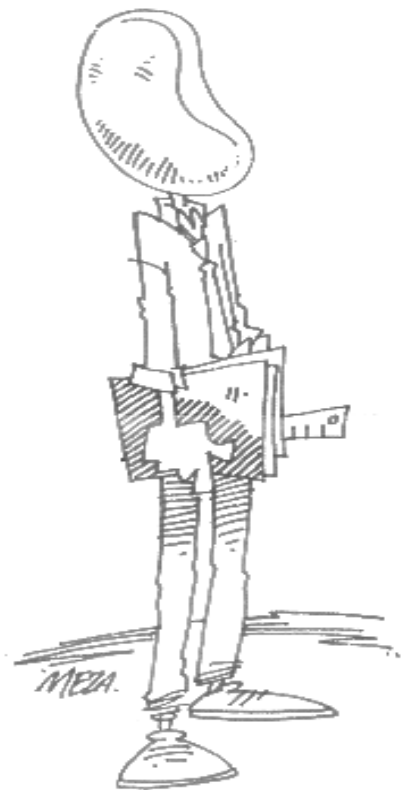
La escuela primaria constituye para los niños una especie de segundo hogar, o un nuevo estadio en el universo de la infancia. Así, uno aprende a ver en los compañeros una prolongación de los hermanos de sangre y, en algunos maestros, nuevos padres. Eso veía yo, por ejemplo, en don Trino Valverde, don Humberto Guzmán, doña Elodia Badilla de Herra y en mi querida Irma Acuña. Sin embargo, había maestros que no lograban ganar el afecto de los estudiantes, por distintas razones. Las principales de ellas provenían de su flaca personalidad y baja vocación pedagógica.

Un día de tantos apareció en la escuela de Piedades un maestro alto, flaco, derecho y delgado como un palo de escoba, de pelo crespo aplastado, que había llegado tarde a la repartición de narices. Su nariz muy bien podría calificarse de ridícula. Era como una pelotilla de masa que alguien había puesto, chabonamente, en el centro de su cara. Rápido lo apodamos “Semilla de marañón”. El tipo era sarcástico, satírico, burlista, irrespetuoso y parecía sentir que no lo queríamos.

Yo siempre fui mal estudiante, por dos razones: tenía y tengo mala memoria y dificultad para concentrarme, o ambas cosas a la vez. Más bien creo que, a causa de mi ánimo inquieto, me distraía mucho. Por todo eso, di en la costumbre, tanto en la primaria, como luego en el colegio y la universidad, de sentarme en primera fila, con la pretensión de aprenderme allí mismo la lección y no tener luego que sentarme a estudiar en casa. Lo que memorizaba entonces no eran las palabras, sino los conceptos, el contenido de la materia.

Un día estaba en primera fila, sentado a la par de una compañerita, poniendo mucha atención, y “Semilla de marañón” le dijo a la niña una vulgaridad, por la forma no adecuada, según él, en que ella se había sentado. No recuerdo el nombre propio de aquel bicharraco de maestro, ni hace falta. Pero hoy, un poco más crecido, aprovecho para poner mi queja contra aquel individuo y, una vez más, le digo al oído, dondequiera que se encuentre: “Semilla de MARAÑÓN”...

La primaria caló muy hondo en mi espíritu y fue allí donde me di cuenta de mi sensibilidad para la música, no toda ella, sino en especial la llamada música clásica y la gregoriana. Tuve



la gran suerte de que, por entonces, había un joven que estudiaba piano con muy buenos maestros: Antonio Morales Rivera. Por las tardes, desde mucho antes de ingresar a la escuela, acostumbraba oír sus interpretaciones, sentado en un pupitre, calladito. Allí supe de Bach, Mozart, Chopin y Rachmaninov. De Mendelsohn, Haydn, Tchaikovski, etc. Más tarde mi padre me pagó clases de piano. Y, por la amistad que hice en el liceo con mi maestro de música y compositor, don Gilberto Murillo (autor de “Leyendo tus cartas”, música un poco dulcete), él me invitó a dar un conciertillo de despedida de bachillerato, con música de Chopin, Schubert y Beethoven.

Lo cuento aquí porque es uno de los más lindos recuerdos de mi vida, que me llevaré a la tumba. Lamentablemente, mi aprendizaje de piano se esfumó para siempre. Entonces, en casa no podían comprarme ese instrumento y aunque yo podría comprarlo ahora, el entusiasmo que tenía al respecto a mis 14 años no puedo conseguirlo hoy en el mercado.

Las canciones aprendidas en la escuela perduran con su melodía aún hoy debajo de mi camisa, aunque no sus letras. Sólo medio recuerdo una que decía más o menos así:

Adiós, mis compañeros,
maestros muy queridos,
que pronto nos veamos
de nuevo aquí reunidos...

No recuerdo más. Pero, en cuanto a eso de maestros muy queridos, dejó definitivamente por fuera a “Semilla de marañón”.

Guillermo Ramos Morales



TEMA IV VIVENCIAS

Cancha de fútbol de Santa Ana

En los años de 1960 nace la idea de un grupo de niños que pertenecían al equipo de fútbol, llamado los Monaguillos de la Parroquia de Piedades, de formar un equipo de la mano de Jorge Delgado -quien además formaría una directiva-. El nombre que tendría el equipo [era] *El Gutiérrez*, en honor al padre del mismo apellido que había fallecido.

“Como eran menores de edad, les dije que les contaran la ideas a sus padres y que nos reuniéramos con ellos. Fue de gran sorpresa la acogida que dieron a la cita y de ahí nace la junta directiva de ese equipo, se le da el nombre de Deportivo Gutiérrez en memoria al fundador y creador de darles el esparcimiento en los ratos libres de los niños de esa época”, explicó Jorge Delgado, quien de ahí en adelante se convertiría en el profe de los muchachos.

Cuenta Delgado que con gran entusiasmo comenzaron a reunirse los sábados de 3 a 5 p.m.. Más tarde, darían inicio los encuentros comunales y cantonales que toparon con un gran éxito y apoyo comunal. Gracias a los buenos resultados se extienden la fama futbolística, que provocaba invitaciones de muchos lugares del país. Esto permitió un intercambio deportivo y hasta cultural entre los aficionados, familias y jugadores.

Pasa el tiempo, crecen en edad y participación. Así nace la idea de participar en el campeonato de primera división del pueblo de Santa Ana, con logros muy buenos. “Nos invitan a participar en el campeonato de Villa Colón, hoy Ciudad Colón. Siendo nosotros un juvenil en el año de 1969, ocupamos un tercer lugar y en 1970 [fuimos] campeones, con una gran final inolvidable, contra la Juventud Cristiana dirigida por el sacerdote”, detalló este especialista en formar jugadores de apellido Delgado.

“Los retos de diferentes lugares nos llegan, uno de ellos Puriscal, equipo que iba para la segunda división del fútbol nacional; con un resultado de un cuatro por cuatro, importante para nosotros, ya que perdíamos en el primer tiempo cuatro a cero y se escuchaban en la graderías del estadio de Puriscal cuál era la fama del Gutiérrez y en el segundo tiempo les empatamos. Por poco les ganamos, ese era el potencial futbolístico de nuestro equipo y no se quedaron atrás las felicitaciones de los aficionados”, agregó orgulloso de aquella proeza este hombre acostumbrado a los retos.

La forma como se financiaba el equipo era totalmente transparente: rifas y excursiones a diferentes lugares que visitaban, ya que tenían una gran cantidad de seguidores muy fieles al



equipo. Según comenta Jorge siempre fueron muy bien tratados en los pueblos adonde llegaban, porque era la forma de intercambiar la cultura de los pueblos. De cierta forma para Delgado la experiencia que tuvieron en su tiempo con *El Gutiérrez* fue turismo puro porque las familias viajaban y a la vez conocían diferentes ambientes.

En los años 1920 y 1930, la comunidad de Piedades de Santa Ana no contaba con un campo de juego. La plaza de deportes de Piedades se encontraba con las características de casi todos los pueblos: iglesia, plaza, escuela. Este terreno era dedicado al cultivo del café y fue donado por don Ezequiel de Jesús Morales Aguilar –quien también había donado el terreno de la escuela de esta comunidad o casa de enseñanza en 1882-. Pero para aquel entonces se debió preparar para la práctica del fútbol, porque en aquella época era ocupado también para el pastoreo de animales callejeros y de ganado al paso por la comunidad.

Era muy inclinado y en varias oportunidades se intentó nivelarlo sin éxito por falta de maquinaria pesada. Ese sería el principio para que se le realizaran una serie de mejoras a aquella cancha de fútbol que vería desfilar sus glorias en el césped. La razón de estas mejoras se debía a que los equipos visitantes se quejaban por el desnivel del campo de juego y no se retiraban contentos después de los partidos.

Viendo esto, la Junta Directiva del Deportivo Gutiérrez, consciente de esta situación, toma la opción de conseguir los medios económicos para iniciar dicha obra. Se adquiere una partida donada por el Licenciado Rodrigo Carazo Odio de treinta mil colones; dinero que da la Municipalidad con un tractor muy pequeño -lo que hizo fue colocar la capa de tierra frente a la escuela y oyeron muchas críticas por esto-.

De ahí se vio la necesidad de buscar otro tractor más fuerte -D11-, que estaba trabajando en la entrada hoy denominada “Macho Madrigal”⁶, con un costo de ciento sesenta y cinco colones por hora. No contábamos con dinero, pero con la colaboración de unas personas que nos lo prestaron sin pedirnos garantía a cambio, se logró que dicho campo fuese nivelado como está el día de hoy, con lo que se bajaba al costado sur se rellenaba el costado norte.

Al final de la nivelación se les canceló la deuda a dichas personas con recolecciones de dineros por las calles, rifas y turnos. Así, la Junta Directiva se honró y se sintió muy complacida con el logro obtenido ya que era un gran beneficio para la comunidad y se quitaban todas las quejas de los diferentes equipos visitantes a este lugar. De esta manera, esta es la historia de una plaza de deportes que más de uno ha disfrutado sin saber que aquel lugar era morada de vacas, caballos, animales domésticos, cafetos y gracias a una labor de la comunidad se logró aplanar dicho terreno.

Pie de foto 1: Dos hombres famosos de aquel equipo, uno desde la banca y otro indiscutible titular: Orlando Mora y William “Chalazo” Mora.

Marlon Mora y Jorge Delgado



Los juegos de guápiles

Con este título no pretendemos comentar nada del cantón segundo de nuestra provincia de Limón, el cantón de Pococí, cuya cabecera es Guápiles, y menos vamos a aludir a su equipo de fútbol, actualmente en primera división, el Santos de Guápiles. Nada de eso. Nos vamos referir a

⁶ Macho Madrigal fue un gran jugador de fútbol de primera división del Club Sport Libertad y selecciones nacionales, por eso la entrada lleva su nombre. Vive, además, cerca de esta entrada.

nuestro muy tradicional y principal producto de exportación, el café, conocido también como nuestro grano de oro.

Empecemos por decir qué es una guápil en nuestro apreciado grano de oro, del que preparamos la deliciosa bebida que con tanto gusto ingerimos sobre todo al desayuno, pero también a otras horas del día la mayor parte de los costarricenses, a excepción de algunos pocos, entre los que se encuentra el que esto escribe. La guápil es una especie de fenómeno que resulta en el fruto del café y que consiste en que nacen dos granos de café pegados. Podríamos decir que es una de-



formación, una anomalía que se presenta en el fruto del café, caracterizada por la aparición de dos frutitas unidas, o sea, dos granos de café pegados.

Cuando aparece una guápil en una mata de café, es algo así como decir que la mata engendró siameses, tan en boga en nuestros días -pues a menudo informan los medios de comunicación que nacieron siameses en determinado lugar del mundo y que en muchos casos se intenta separarlos mediante una intervención quirúrgica para que vivan como seres individuales-, con la diferencia de que, a nuestro

leal saber y entender, a nadie se le ha ocurrido someter a una intervención quirúrgica una guápil de café para separar los granos con el fin de que éstos se desarrollen en forma individual.

Al ejecutar la labor de la recolección del café resultaba bastante emocionante encontrarse una guápil, la que no se echaba al canasto junto con el resto del café sino que se separaba, generalmente echándosela a la bolsa del pantalón o de la camisa para llevársela para la casa. Pero no solamente guápiles se podían encontrar en el cafetal sino también otro tipo de fenómeno que producía la mata del café y cuyo hallazgo resultaba aun más emocionante, pues era muy raro encontrarlas: era lo que

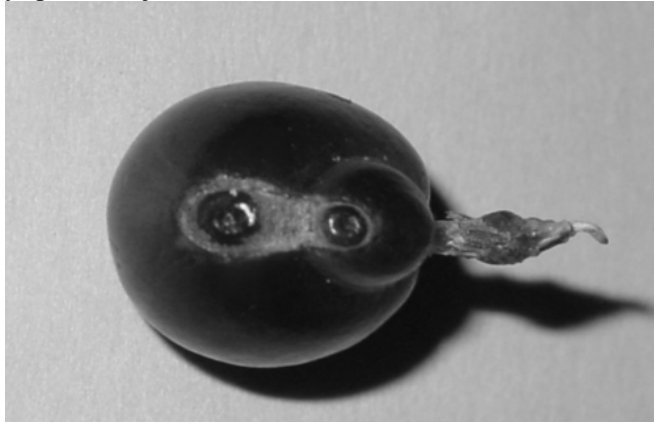


se llamaba una peineta, que consistía en que aparecían pegados, no dos granos, sino tres, cuatro y hasta cinco de ellos y que por su rareza o exclusividad y por lo difícil que era encontrarlas no se arriesgaban en el juego que luego mencionaremos. Estas, por ser un objeto extraordinario, creo que se usaban como adorno. También le servían a los niños para cambiarlas por varias guápiles.



A la vez producía la mata otros fenómenos, uno llamado “guapilón”, que era una guápil más gruesa, ovalada, casi redonda y que también se utilizaba para practicar el juego. El otro, también de muy

escasa aparición, no tan apreciado como la guápil y no usado en el juego, pero que sí se separaba del resto del café cuando era encontrado, al que se le daba el nombre de “mico” y que era un grano de café un poquito encorvado que llevaba pegado en su parte cóncava un grano muy pequeño y que semejaba una madre arrullando a un niño.



Ahora bien, ¿para qué y con qué fin se separaban las guápiles del resto del café? Pues porque servían para practicar un juego que ejercitaban niños y jóvenes y que, como en todo tipo de estas actividades, consistía en hacerse o proveerse de una mayor cantidad de guápiles para así poder competir en cualquier momento en cualquier sitio del pueblo.

Para ser apta para el juego, la guápil debía ser cogida de la mata con su pezón, pues si no tenía pezón se salían los granos de la cáscara y se destruía la guápil. Había dos formas de jugar: a la raya o al hueco. El juego se llevaba a cabo en la pura tierra o en la carretera. A la raya era trazar una raya en el suelo y desde una distancia de 2 ó 3 metros lanzar las guápiles; el que quedara más cerca de la raya ganaba el juego y tenía derecho a recoger todas las guápiles. Para la segunda forma, el juego se llevaba a cabo en la pura tierra, en terreno lo más plano posible y bien limpio, libre de toda clase de basuras y piedrillas, para lo cual muchas veces hasta se barría para que el sitio del juego quedara completamente nítido.

Se hacía un hueco, generalmente redondo, con medidas de unos 7 cms. de diámetro por igual medida de hondo y en forma de embudo para que la guápil resbalara fácilmente hacia el fondo. A ese hueco le daban el nombre de chόcola. Se trazaba una raya a una distancia de un metro aproximadamente del hueco cavado en el suelo. Podían jugar de 2 personas en adelante, podían participar 5 y hasta mayor cantidad de jugadores.

Para dar inicio se colocaban las guápiles, una por persona participante, en diferentes puntos de la raya trazada, con suficiente separación unas de otras. Debía haber siempre un orden, el cual debía mantenerse hasta el final de cada partida de juego. Si alguno quería infringir el orden, venían los pleitos. Los puestos se adjudicaban por rifa, mediante el conocido método de “¿pares o nones?”. A los chiquitos se les oía decir siempre: “¿Paris o nonis?”. El puesto más codiciado era el primero.

El juego consistía en empujar o lanzar con el dedo pulgar la guápil en dirección hacia el hueco hasta lograr introducirla en él. El que acertaba tenía derecho a repetir la jugada. Si acertaba de nuevo, continuaba repitiendo. Lanzaba el primero; si no acertaba, continuaba el segundo y así sucesivamente. Cuando ya todos habían lanzado desde la raya, si nadie había acertado a introducir la guápil en el hueco, continuaba el rol con el primero. En esta etapa del juego había más posibilidad de acertar, pues las guápiles se encontraban ya en posición más cercana a la chόcola. El que lograra meter todas en forma seguida ganaba la partida y tenía derecho a recoger como suyas todas las guápiles que se habían apostado y que se encontraban en juego.



Cuando no se acertaba en forma continua, como era lo corriente, llegaba el momento en que quedaba sólo una guápil fuera del hueco. Lógicamente que el que lograra meter esta última ganaba el juego, pero para impedirlo, lo que hacía uno era que, al tocarle su turno, hacía apenas tocada la guápil con el dedo pulgar o la empujaba tan suavemente que se corriera si acaso 1 milímetro para no dejársela muy cerca del hueco al siguiente. O, también, si la guápil se encontraba ya bastante cerca y al que le tocaba el turno temía fallar y dejársela al siguiente en la pura orilla de

la chόcola, lo que hacía entonces era empujarla o lanzarla tan fuertemente que pasara por encima del hueco y fuera a caer bien lejos de él, de modo que así tuvieran todos que empezar de nuevo a tratar de arrimarla al hoyo.

En este ejercicio de competencia, un solo juego podía prolongarse por mucho tiempo sin que ninguno resultara ganador, pero los muchachos disfrutaban mucho con su práctica. Había un caso que era muy difícil o casi imposible que ocurriera, sin embargo, lo vamos a mencionar. Era el siguiente. Supongamos que estuvieran jugando cuatro; lanza el primero desde la raya y logra acertar; por lo tanto, tiene derecho a repetir; lanza la guápil del segundo y acierta de nuevo; lanza la del tercero y acierta de nuevo; lanza la del cuarto y acierta nuevamente. Como triunfador tiene derecho a recoger todas las guápiles. De esta manera, habría ganado la partida y sus compañeros de juego no habrían tenido ni siquiera oportunidad de lanzar su guápil, es decir, no habrían tenido oportunidad de efectuar jugada alguna. Pero este caso era muy raro que ocurriera pues es muy difícil lograr introducir desde un metro de distancia una guápil desde el primer lanzamiento. Y si difícil era hacerlo una vez, mucho más difícil resultaría hacerlo varias veces seguidas. Por lo tanto, concluimos que este caso era muy difícil que ocurriera en el ejercicio de este juego.

Había una forma de expresar, nada acorde con los cánones de la Real Academia de la Lengua, los niños y los muchachos de la época el pesar que sentían cuando los habían despojado de todas sus guápiles porque no eran acertados en el juego y era la siguiente: “me espirriaron todas las guápiles” o “me escarriaron todas las guápiles”.

Aparecían en aquel tiempo tantas guápiles, consecuencia de que había muchos cafetales que, según me cuentan, había personas adultas que le daban a un niño o a un jovencillo hasta 20 guápiles por un cinco, o sea, por cinco céntimos de colón.

Al igual que con otros juegos, los muchachos que practicaban este pasatiempo disfrutaban ampliamente con el juego de las guápiles y la felicidad de ellos para andar con las bolsas del pantalón llenas de guápiles, obtenidas ya fuera cogiendo café ellos mismos o ganadas en juego o compradas u obsequiadas por un persona adulta. Disponiendo de una buena cantidad de guápiles podían practicar en todo momento el juego en cualquier sitio del pueblo.

Pero, ¿era todo alegría y felicidad para los muchachos (niños y jóvenes) que practicaban el juego de guápiles? Lamentablemente, tenemos que decir que no. Había en esa época unos malvados que tenían por costumbre robar guápiles, es decir, que así como hay en la actualidad robar carros, existían en ese tiempo robaguápiles. Por suerte que con no mucha frecuencia pero sí sucedía a menudo que a medio estar los jovencillos muy entretenidos jugando guápiles, se oía una voz de alguien que en tono fuerte gritaba: ¡Alcis! ¡Alcis! y se abalanzaba sobre el campo de juego y con una rapidez extraordinaria juntaba todas las guápiles que se encontraban en juego y zafaba en carrera. Esta fechoría la ejecutaban generalmente muchachos de un poco más edad y de mayor contextura física que los que se encontraban practicando el juego. Los pobres jovencitos que estaban jugando se quedaban boquiabiertos y con un gran dolor y una gran tristeza, reflejada en sus rostros, de ver que habían sido despojados de sus guápiles, que bastante les había costado proveerse de ellas. Con aquella funesta palabra los ladroncillos querían dar a entender alzarse con todas las guápiles. Razón tenía Corneille, el dramaturgo francés, al decir que ninguna satisfacción va sin su correspondiente tristeza.

Yo nunca jugué guápiles, pues cuando niños nuestros padres no nos dejaban jugar en la calle, pero sí fui testigo en una ocasión de un hecho de esta clase. Transitando por la calle principal, probablemente a hacer algún mandado, en el sector al norte de la escuela se encontraba un grupo de muchachitos jugando guápiles y en el momento en que yo pasaba por el frente o muy cerca de ellos oí aquellas palabras (¡Alcis! ¡Alcis!) y vi cómo un muchachito muy conocido mío, unos dos años mayor que yo, que aún vive, se lanzó sobre el campo de juego, recogió todas las guápiles y salió en carrera.

Tengo los nombres de muchos de esos vecinos que ejecutaron esos hechos indebidos y me pica la lengua por revelar sus identidades, pero por prudencia y por lo delicado del asunto, me reservo para mí esa cuestión. Y para los aludidos dañinitos de esa época, a quienes no quiero denominar con palabra ofensiva alguna sino que los voy a designar como charlatanes desconsiderados con aquellos muchachitos de su tiempo, no quiero desaprovechar la oportunidad de darles un consejito. Conforme dispone la doctrina cristiana, cuando se despoja a alguien de un objeto de su propiedad, la conciencia no se limpia por completo con sólo recitarle al confesor la falta cometida sino que debe restituirse al afectado el bien o el objeto sustraído. De manera que, para reponer lo que hace muchos años sustrajeron, yo les sugiero que, si no son cafetaleros o dueños de cafetales, como todavía quedan muchos cafetales en Costa Rica, en la próxima cosecha del grano se apersonen ante cualquier propietario de finca o fincas cafetaleras, le soliciten trabajo como cogedores de café, dediquen muchas horas a dicha labor para que así puedan encontrar muchas guápiles, las que una vez pedidas o compradas al dueño del cafetal, las destinen a reparar el daño inferido, es decir, se las repongan a quienes se las quitaron, no vaya a suceder que cuando emigren al otro potrero se encuentren allá con la penosa sorpresa de que les muestren una factura con un saldo pendiente por robo de guápiles, cuya satisfactoria cancelación deban realizar permaneciendo en cámara caliente, no digamos que a muy elevada temperatura, pues tal vez el bajo precio del objeto sustraído no lo justifique, pero sí por bien apreciable, picante y prolongada duración, en vista del daño material y moral inferido a aquellos indefensos jovencitos.

Gerardo Morales Morales
Piedades de Santa Ana,
18 de octubre de 2003

Adjunto fotografías: Algunos ejemplos de guápiles...

Pie de última foto: Algunos niños jugando aquel divertido y sano entretenimiento.



El juego de la paleta

Este deporte que lo practicamos bastante cuando niños y jóvenes, es una especie de derivado del béisbol, esa disciplina que tanto se practica en los Estados Unidos de América. Para este relato me voy a centrar en lo que vivimos cuando residíamos en Brasil de nuestro cantón de Santa Ana.

En Brasil no había ni plaza pública de deportes. Cuando yo estaba en la escuela, en los recreos jugábamos fútbol en la calle existente al frente de la escuela. Era una calle de tierra. Por ahí nunca pasaban carros, de manera que se jugaba sin ningún temor de ser atropellado por un carro ni de estorbar el paso de vehículos.

Mi padre poseía un potrero de aproximadamente manzana y media (un poquito más de una hectárea), situada 100 metros al este de la escuela de Brasil de Mora. Ahí construyó varios años después de casado, una casita que constaba de un corredor al frente, sala, cocina y un dormitorio. Las paredes eran de madera, de buena calidad. Como el sector en que se construyó la casa era un poquito laderoso, en la parte al frente de la casa hacia el costado oeste quedó una especie de sótano, que iba desde el frente hasta atrás, de aproximadamente un metro de altura en su parte más alta, que se iba reduciendo hacia el lado contrario –el lado este- hasta morir en cero. Para aludir a ese espacio no se le mencionaba como el sótano sino que simplemente se le llamaba “debajo de piso”. Esa área era el sitio predilecto de las gallinas y los chanchos de la casa, las primeras para acampar y poner allí sus huevos, amparadas en la parte más baja y, los segundos, para disfrutar de una tranquila y amena siesta al abrigo de la parte más alta de aquella -para ellos- dulce, cómoda e incomparable estancia.

La casa tenía al frente una puerta por la que se ingresaba a la sala y dos ventanas de madera, es decir, sin vidrio alguno, las cuales abrían por medio de bisagras, una ubicada en la cocina y la otra en la sala. Además, en la sala había una ventana muy pequeña, también en su totalidad hecha de madera, la cual daba al potrero. La letrina, a unos veinte metros al oeste de la casa

En esa casita nacimos la mayor parte de los hermanos. El dormitorio era para el matrimonio, de manera que todos los hermanos, que éramos catorce, dormíamos en la sala acostaditos en el suelo, pues las limitaciones económicas, que eran de grado mayúsculo, impedían por completo comprarnos camitas. Bastante tiempo después fue construido un cuartito al lado de la casa, al costado oeste, contiguo a la parte alta del piso, o sea, contiguo al semisótano. No se le construyó piso, de manera que el piso era suelo natural, el que quedaba aproximadamente un metro más bajo que el piso de la casa, es decir, que era un simple encierro. A este cuartucho fueron trasladados los cuatro varones mayores. Para que no durmieran en el suelo, o sea en la pura tierra, fue construido un camastro a nivel del piso de la casa, afirmado sobre las paredes de aquel cuartucho, donde dormían tres de ellos, y en un extremo de ese camastro y a una altura mayor fue clavada una tabla a la que se llegaba pasando por encima del camastro, dormía el cuarto varón mayor.

A los muchos años fue instalada una pequeña pulpería en la sala, la que fue puesta al servicio del escaso público existente en esa época en el año 1931. El lugar de atención al público era la ventana de la sala. A los clientes se les entregaba la mercadería y se les recibía el pago estirando las manos por encima de una mesita colocada detrás de la ventana, en la que se tenía la romana, la sal y otros artículos del muy escaso inventario de aquel modesto negocio. La pulpería era atendida generalmente por las mujeres de la casa, mi madre o alguna de mis hermanas mayores, la que estuviera un poquito menos ocupada.

Entre los artículos que exhibía aquel reducido inventario se encontraba el pan francés de a cinco céntimos el bollo; cuando se vendía una peseta (¢0,25), se daba lo que se llamaba vendaje, o sea, se daban los seis bollos por la peseta. Al que pedía feria se la daban 2 guineos maduros, no precisamente bananos sino de otra variedad de un poquito menos valor, que se producían en suficiente cantidad en una pequeña finca que poseía mi padre en Brasil de Santa Ana, colindando con el terreno de la Compañía Nacional de Fuerza y Luz, S. A. (C.N.F.L.), en donde esta empresa tiene instalada la planta hidroeléctrica de ese lugar. Se daba ese artículo de feria para evitar cargarle a la escuálida utilidad que redituaba aquel exiguo negocio el costo del referido incentivo al cliente.

En Brasil, en esa época, la única pulpería que existía era la nuestra. En negocios con mayores posibilidades, existentes en otros lugares, lo que daban de feria era un puño de maní o uno o dos confites. La finca era la que mayor aporte daba para el mantenimiento de la familia. La pulpería significaba tan solo un pequeño ingreso adicional. Las ganancias que dejaba aquella pulpería eran muy bajas. En la finquita de mi padre se trabajaba todo el día hasta las cinco de la tarde para obtener de ella el mayor rendimiento posible y así poder hacerle frente a los gastos de sustento de aquella numerosa familia. No obstante, quedaba tiempo para practicar algunos juegos.

Como se dijo antes, en Brasil no había plaza de deportes. Por lo tanto, el lugar para practicar los juegos era nuestra propiedad. Ahí acudían muchos vecinos. Se jugaba quedó, fútbol y paleta. Aquí vamos a hablar solo de este último juego. Para practicarlo, se necesitaba una bola de tenis y una paleta de madera. Como la propiedad en donde vivíamos era bastante grande, había una sección al costado este de la casa, a unos 75 metros de distancia de aquella, la cual era muy plana. Ahí era donde jugábamos paleta, deporte que practicábamos sobre todo los domingos.

Para instalar el campo de juego se necesitaba establecer 3 bases o casas. Aquí hablaremos indistintamente de esos dos nombres, tal vez nos inclinaremos más por el nombre de “casa”, que era el que sobre todo usábamos en aquella época. La casa número 1 era la central, o sea, el lugar para batear o el paletear. La casa número 1 o central estaba constituida por un árbol de naranja, la 2 era un árbol de guapinol y la 3 un árbol de huacal. Estos tres árboles formaban un triángulo rectángulo.

Se formaban 2 equipos, cada uno con igual número de jugadores. No había límite de personas por equipo. Jugaban los que llegaran y quisieran participar en el juego. Un equipo iba adentro y el otro afuera. Lo ventajoso, lo perseguido era ir dentro, es decir, estar bateando o como decíamos entonces, estar paleteando. Y lo bonito era que cuando se terminara de jugar, quedar uno adentro. Al equipo que quedara adentro se le consideraba triunfador. Allí no había control de carreras, es decir, no se llevaba la cuenta de las carreras que hubiera realizado, o anotado cada equipo cuando estaba dentro. Para determinar al iniciarse el juego quiénes iban dentro, se hacía una rifa. Los que iban afuera se colocaban fuera del campo del juego, algunos en la periferia para apañar penales y para quemar al contrario cuando cometía una infracción.

De esos mismos, solo uno, el que lanzaba la bola a los bateadores, podía estar dentro del campo de juego, vale decir, dentro del triángulo.

Había varias causas por las que se perdía la casa, o sea, el derecho de ir adentro:

1ª por lo que se llamaba un penal, o sea, que al batear uno de los que iban adentro lo hiciera en forma tan débil que la bola cayera dentro del área comprendida entre las bases, o sea, dentro del triángulo, y que alguno de los que iban afuera lograra apañarla. En este caso se paralizaba por unos momentos el juego, se llamaba a todos los que iban afuera, algunos de los cuales se encontraban a bastante distancia fuera de las bases para juntar la bola cuando el bateador la lanzara fuera del área de las bases, se colocaba a todos en la casa central, detrás de la misma, o sea,

detrás del palo de naranja y entonces el que tenía la bola se colocaba al frente a la casa central, bien cerca de ella, le daban duro con la bola al suelo, se iba inmediatamente a tocar la base (el palo de naranja), regresaba rápidamente al sitio original y mientras ejecutaba esos dos actos decía lo siguiente: “Quemo casa, entro y salgo”. Con esta ceremonia, el equipo que iba afuera quedaba adentro, es decir, le correspondía batear o paletear y anotar carreras que, repito, no se llevaba cuenta de ellas, pues no había ningún juez o árbitro. Era el juego por el juego;

2ª por tres recibos, o sea, que al batear uno de los que iban adentro lo hiciera en forma tan fuerte que la bola cayera fuera del área comprendida entre la bases y que alguno de los que iban afuera lograra apañarla. Una vez apañado el tercer recibo, se hacía la misma ceremonia que en el caso anterior;

3ª por “quemar” a alguno de los que iban adentro. Por “quemar” se entendía darle fuerte con la bola al contrario en cualquier parte del cuerpo. Había derecho a hacerlo cuando alguno de los que iban adentro cometía una infracción, los que estaban afuera quedaban adentro, es decir, pasaban a batear.

Después de batear o paletear, de la primera base a la segunda se podía pasar tranquilo, despacio, sin ningún temor de ser quemado, pero ya en la base 2 si se tocaba la base, solo se podía soltar de ella si se iba a trasladar a la 3, pues si se soltaba y se devolvía, había derecho a quemarlo. Eso era lo que se llamaba hacer envite. O sea, que estando el jugador en la base 2, sólo podía soltarse si se iba a trasladar definitivamente a la 3. Podía hacer envite si no había tocado la base, pero si se pasaba a la 3 sin haber tocado la 2, había derecho a quemarlo y como este era considerado una falta grave y al infractor había que quemarlo a como hubiera lugar, entonces lo que hacía era huir.

En la casa 3 sí se permitía hacer envite y devolverse, siempre que se hubiera tocado la base, pues si no se había tocado, era infracción, igual que en la base 2. En el paso normal de la casa 2 a la 3 y de la 3 a la 1 el jugador podía ser quemado. Para no exponerse a ser quemado, había que esperar a que hubiera un batazo fuerte en que la bola iba a caer bien lejos y así poder pasar sin peligro de ser quemado, ya fuera de base 2 a 3 o de base 3 a 1. Pero en muchas ocasiones sucedía que por fuerza había que arriesgarse a pasar, sobre todo de la 3 a la 1, aunque se expusiera a que lo quemaran, pues se había quedado solo un bateador en la base 1 y fallaba en los tres intentos de bateo que se permitían, después del tercer intento debía pasar a la base 2, dejando la casa 1 sola, lo cual era motivo para que el lanzador pudiera quemar la casa 1 y entonces el equipo que estaba bateando perdía el derecho de ir adentro.

Sucedía a veces que cuando se cometía una infracción, para no dejarse quemar, el infractor huía inclusive a propiedades vecinas o se iba a la calle pasando por debajo de cercas de alambre de púas, poniéndose en peligro de rasgarse la ropa y la piel y allá lo perseguía el que llevaba la bola y lo iba a quemar si lograba quemarlo, el equipo que estaba bateando perdía el derecho de ir adentro, o como se decía entonces, perdía la casa. Para hacer el cambio, se esperaba a que todos los que estaban afuera se instalaran en la base 1 para batear y así continuar el juego. Si el infractor lograba evadir al perseguidor por entre cercas y árboles y charrales y venía a refugiarse en la casa 1, la infracción se quedaba sin castigo y el juego continuaba normalmente.

Cuando se presentaba este caso se desataba una persecución tan grande que interrumpía el juego por mucho rato, pero lo que se peleaba era el derecho de ir adentro, pues el estar afuera no era nada bonito, ya que significaba tener que estar yendo continuamente a juntar bolas mandadas muy lejos, caídas en zacatales o charrales o en terreno lleno de espinas, estar cuidando que el contrario (el que iba adentro) no fuera a cometer una infracción, estar muy atento a apañar pena-

les o recibos, etc. Lo bonito era estar adentro bateando o peloteando y anotando carreras, o sea, haciendo el recorrido entre las bases.

En nuestra niñez y juventud disfrutamos mucho del juego de paleta. Se puede decir que lo jugamos hasta la saciedad. No podemos hablar del juego de paleta y dejar de hacer mención especial del nombre de un personaje muy típico y muy conocido en Brasil, como también en Piedades, quien jugaba un papel muy importante en la práctica de este deporte. Su nombre, nada común pero sí muy bíblico, era Raguel, de apellidos Morales Solís, hijo de Ramón Morales Hernández y de Remigia Solís Arley. Raguel era el que se encargaba con muy buena voluntad, sin pedírselo nadie, de poner la bola y fabricar o elaborar la paleta de madera. Y por lo poco común del nombre de este personaje residente en Brasil de Santa Ana, deseamos insertar aquí un resumen del texto en que se encuentra ese nombre.

De acuerdo con la narración bíblica, Raguel fue un venerable varón del Antiguo Testamento, un israelita adinerado, si no de los más conocidos, sí un hombre importante de su tiempo por dos razones: primero, por su parentesco con un personaje bien conocido de su época, llamado Tobías; segundo, por ser el padre de aquella agraciada y virtuosa pero a la vez desdichada joven llamada Sara, a quien un demonio le mató siete maridos. Con esta joven contrajo matrimonio el hijo único del mencionado Tobías; también llamado Tobías, a quien Dios milagrosamente libró de que le diera muerte el demonio. Como se ve, Sara era pariente de su octavo marido Tobías hijo, cosa nada extraña en aquellos tiempos, el casarse entre parientes.

Tobías padre sufrió en su edad adulta dos graves reveses, el haber caído en una pobreza extrema y el haber quedado ciego. Estando en esta angustiosa situación, se acordó de que tiempo atrás le había prestado una cantidad de dinero a un señor llamado Gabelo. Envío a su hijo Tobías a cobrar esa deuda. En el viaje, que era bastante largo, Tobías hijo fue acompañado por un mozo que se ofreció a hacerlo, que luego resultó ser el Arcángel San Rafael. De camino se hospedaron en casa de Raguel, pariente del joven Tobías. Es aquí donde entra en mención este personaje de la antigüedad, Raguel. Estando hospedados en su casa se establece la relación sentimental entre Tobías hijo y Sara y poco después se realiza la boda.

Y en cuanto a las razones que mediaron para que Raguel Morales, el vecino de Brasil de Santa Ana, fuera bautizado con este nombre tan poco común, lo cual me llama mucho la atención por haber sido sus padres de condición muy humilde y que por tal motivo cualquiera podría preguntarse dónde podrían haber visto ese nombre, debo decir que de acuerdo con información que he obtenido de una hermana de él, que aún vive, con 88 años de edad, la idea le nació a la madre de Raguel como producto de que ella era muy devota a San Rafael Arcángel, santo del que tenía una novena que la rezaba todos los días. A pesar de que en esta novena continuamente se mencionan tres nombres, en primer lugar el del Arcángel Rafael y luego los otros dos referidos en el relato bíblico (Tobías y Raguel), llama bastante la atención el hecho de que doña Remigia no escogiera para su hijo ninguno de los dos primeros (Rafael o Tobías), que son más conocidos, sino el tercero: Raguel. Tal vez por extraño y poco común le llamó poderosamente la atención y ese fue el nombre que eligió para su recién nacido.

A pesar de ser Raguel Morales una persona de carácter inofensivo, un hombre de condición muy humilde, sencillo, incapaz de buscarse enemistades, con mucha tristeza tenemos que decir que en la práctica del juego de paleta, Raguel tenía en Brasil un enemigo gratis, una de esas personas que pareciera que su gusto es el hacer el daño. Siempre que ejercitamos este deporte, sin fallar, llegaba ahí un individuo, un muchacho, que no jugaba, pero que esperaba el momento en que terminara el juego para hacer dos fechorías: La primera era coger la bola, que era propiedad de Raguel, caminaba unos pasos hacia una quebrada que corría por el lindero oeste de nuestra

propiedad y de un paletazo la mandaba a la quebrada, que si lograba caer en la misma, es muy probable que el destino de aquella bola era ir a parar al mar, o si no, le daba un paletazo en dirección hacia una montañita muy tupida que había ahí cerca en donde era prácticamente imposible encontrar aquella bola. La otra fechoría era que después de ejecutar cualquiera de esas dos malas acciones para perder la bola, cogía la paleta y ya fuera contra su rodilla o apoyándola en una horqueta de un árbol la quebraba de manera que quedara inservible.

¡Pobre Raguel!, pues para que pudiera llevarse a cabo el juego de paleta, cada vez tenía que hacer paleta nueva y conseguirse una bola, no dudamos que comprada, pues de seguro que nadie se la iba a regalar. Por cuanto hoy ambos son fallecidos, sólo espero que en el más allá el que tan malos ratos hizo pasar a Raguel, se haya deshecho en disculpas con él y que en desagravio del mal ocasionado en esta vida se encuentre prestándole a Raguel múltiples y muy provechosos servicios.

Olvidaba decir que Raguel, no obstante su condición de hombre un poco aparte de ciertas actividades, como por ejemplo la práctica de deportes en grupo, se apuntaba para tomar parte en el juego de paleta, pero a pesar de ser él quien proporcionaba los implementos (bola y paleta) para que el juego se llevara a cabo, a nadie le gustaba contar a Raguel entre sus compañeros de equipo, pues era bueno para hacer penales, lo cual era motivo de que su equipo constantemente perdiera la casa, o sea, el derecho de ir adentro. Como dijimos antes, ir afuera o estar afuera no era ni ventajoso ni nada agradable. La razón de hacer penales era que él, para batear, no cogía o no se colocaba la paleta como todos lo hacían, por encima del hombro o a un lado tirando a la espalda para impulsarla y dar el batazo fuerte, sino que se colocaba la paleta al frente, a la altura del estómago y en forma horizontal, de manera que si lograba pegarle a la bola lo hacía no hacia los lados sino hacia arriba y en forma tan débil que la bola no lograba salir del triángulo formado por las bases, pudiendo ser apañada fácilmente por cualquiera de los contrarios, originando así un legítimo penal. Por supuesto que no lo hacía al propio sino que se trataba simplemente de que él no sabía o no podía usar correctamente la paleta. Sin embargo, al hacer memoria del juego de paleta, es muy cierto que no podemos dejar pasar desapercibida una figura ni dejar de hacer recuerdo de un nombre, el nombre de: ¡Raguel!

Gerardo Morales Morales



Las aventuras de Tobal

En los veranos de la niñez de la mayoría de los Piadosos la realidad era diferente de la que muchos conocemos hoy. Los días eran más cálidos sin llegar al calor sofocante que no nos deja dormir, el medio ambiente estaba plagado de árboles, que adornaban los potreros haciendo llegar una especie de aliento fresco a aquellas casas de corredores volados y ventanas de abrir de fuerte madero. Un higuierón con sus raíces abrazaba el suelo como en un romance interminable o un imponente roble en medio de las rocas del río La Cruz formaba tan solo una escena de las múltiples que poseía nuestro pueblo.

Así se desenvolvían los pequeñuelos que aprovechaban cualquier momento para, con una mentira piadosa, poder disfrutar de una mañana o tarde en las atracciones de nuestra comunidad: las pozas, entre las que se encontraban la Pica-Pica, el Pilón, el Toro, el Chilamate, El grillo y La serena, la más famosa de todas. Las pozas eran una de las razones por las que la zona era conoci-

da en nuestro país. Personas de muchos lugares venían a disfrutar de un día de campo en cualquiera de las pozas antes mencionadas.

Así, a la Pica-Pica le llamaban de esa forma porque en un costado de la poza había un árbol que soltaba una flor que provocaba comezón al instante. Otra muy conocida era El pilón, bautizada así por su forma semejante al aparato que machucaba el café. El toro llevaba ese nombre porque se decía que una bestia había muerto allí, su forma era como la de un calabazo y tenía su secreto para poder bañarse -el que quisiera atravesar el calabazo por el cuello debía tomar precauciones por unos picos en forma de roca en el centro-. Pero la más conocida y visitada de todas era La serena.

Serena...

Cuenta don Cristóbal Porras, conocido cariñosamente como “Tobal”, que por allá de 1955 a 1956 las personas acostumbraban ir a veranear a las pozas. “Eran como un relajante natural que bien necesitaría más de uno en la actualidad”, comentó Porras. “Si tengo que destacar la poza más bella de todas diría a ojos cerrados: Serena. La razón, sus aguas cristalinas que permitían verse los dedos de los pies hasta en los lados más profundos, más una planicie de 12 metros y mucha frescura de esa que ya nadie conoce; esta poza se ubicaba antes de llegar a la Represa Hidroeléctrica donde está la Planta adornada de un caudal hermoso que pasaba entre rocas de todos tamaños”, recordó Tobal.

De esta forma, uno de esos días don Cristóbal siendo un pequeñín decidió visitar La Serena con sus amigos. Salvador “Boy” Jiménez; Lisanías Ramírez conocido como Zaningo Soto –en honor a un muy buen jugador de fútbol-, hijo mayor de Filiberto y su hermano Gerardo Porras, los cuatro serían los protagonistas de aquella aventura. El pretexto para visitar la poza sería “portalear”, en una visita a la casa de Antonieta Rivera, famosa por sus portales en la época navideña.

Llegaron al lugar y se despojaron de la camiseta y al nado. Qué frescura, como para esos días de marzo de 32 grados centígrados. Se bañaron por espacio de siete minutos cuando Lisanías *Boy* salió del agua quejándose por lo frío de aquella poza y se ubicó en una piedra, a recibir sol para calentar de nuevo la piel, al mejor estilo de la modernidad en Jacó, para recibir un buen bronceado. Imaginen la frescura de aquella agua florada al natural, que la temperatura era ideal para los peces de todo tamaño que nadaban con estos cuatro niños en el playón de La Serena.

De un pronto *Boy* gritó ¡oigan!... y todos salieron despavoridos de la poza. Sin titubear salieron del agua gracias a que



minutos antes Lisanías provocó en todos la necesidad de ir a calentarse a la piedra. Dice don Cristóbal que lo único que recuerda es un rummm ensordecedor que provocó una ola de cuatro metros de alto, que llenó el cauce del río.

Esa fue la historia de La Serena, donde con la excusa de portalear aprovecharon para veranear y aprender a decir la verdad... algo que casi les provoca perder la vida. “Ese día volvimos a nacer y *Boy* nos salvó la vida”, agradeció Porras mientras describía la escena de los cuatro juntos contemplando aquella cabeza de agua que transformó las cristalinas aguas en un café oscuro por varios minutos.

Remembrando el pasado cuenta Tobal que en aquel tiempo acostumbraban trabajar en el campo con unos 16 años. Su padre le encomendó un trabajo en el Cerro Patio de Agua, propiedad de Carlos Hernández, donde debía raspar el zacate para no tener que quemarlo, asunto que ya para ese entonces era prohibido. Así un día a las cuatro de la mañana Gerardo Porras, Cristóbal Porras, Oscar y Agustín “Tingo” Artavia Arias por mandato de don Juan Porras decidieron empezar el trabajo.

Quema y policía

“Vieras qué lindo, en plena madrugada a punta de pala y brazo se raspaba el terreno para dejarlo en tierra viva, era como desalfombrar el piso. A los 13 días de trabajo continuo en jornadas de mañana – tarde nos sentamos como todos los días anteriores a tomar café a las ocho en punto”, dijo Porras mientras continuaba con la narración.

Nada parecía diferente de los anteriores días: el café, los tosteles, los gatos, las cuñas con crema rosada -de pasta de queque- y los cigarros. “A pesar de que papá nos prohibía fumar, mi hermano Gerardo se tomaba el café con un cigarro. Para mí el solo hecho de saber que mi papá se podía enterar de que yo fumaba me atemorizaba lo suficiente para no intentarlo. A mi hermano yo jamás lo delataría y menos los empleados, Oscar y Tingo”, comentó con acento de respeto total hacia don Juan, su progenitor.

Pues aquel día después del café un cigarro provocó, con una simple chispa, un incendio incontenible, que convirtió el zacate aglutinado en más de dos manzanas de fuego. Recuerda el señor Porras que su hermano Gerardo, Oscar y Tingo intentaban apagar la furiosa quema que ya tocaba otras fincas aledañas... mientras él no dejaba de llorar porque la primera idea en su cabeza era la cárcel.

La razón de esos pensamientos es que don Cristóbal sabía de la prohibición de las quemas y pensó que el policía del pueblo los arrestaría. Después de algún tiempo escondidos en el monte e intentar apagar semejante incendio, decidieron regresar a la casa con su jefe de labores, don Juan Porras, y esperar que pasara mientras convencían a su papá con su relato. Ni modo, había que mentir... El encargado Oscar Artavia:

- ¿Qué hacen tan temprano aquí abajo?
- Viera, don Juan, que estábamos trabajando en el cerro cuando de pronto vimos un fuego que, ayúdenos a decir, corrimos para salvarnos pero se quemó todo el terreno.
- ¿Cómo es eso?
- Sí, don Juan, todo quedó negritico tanto que tocó de la cerca hasta el Chaparral.

Todo eso pasaba mientras la cabeza de Cristóbal se preguntaba cómo Oscar decía semejante cosa porque más que al Chaparral llegó al Alto de Quitirrisí. La frase tranquilizadora sería:

- Bueno pues, ni modo, qué vamos a hacer, tendremos que reparar las cercas quemadas.

Al instante, llegó *El Cholo*, el policía del lugar, que preguntó sobre el suceso. El miedo volvió a tocar a Tobal. Sin embargo, el comentario del Cholo fue: “Viste, Juan, se incendió el cerro, ya pregunté y nadie sabe nada, ¿a quién se va a culpar?”.

En eso quedó la primera orinada en los pantalones de Cristóbal, la segunda todavía lo esperaba....

Tiempo después, en un día de trabajo por el año 1962, recuerda cuando no se diferenciaba la noche del día. La razón: el Volcán Irazú empezó a erupcionar y su trabajo en las bodegas del Banco Nacional en San José era limpiar las canoas todos los días, además de otras labores.

“Recuerdo que era a finales de 1962 porque un año antes nos había visitado John F. Kennedy y gracias al apoyo de Estados Unidos existían programas de ayuda a los pobres que nos daba trigo, harina, leche, aceite y queso, todo con el emblema de Alianza para el Progreso acompañado de un logo de dos manos juntas”, dijo el señor Porras.

Cenizas y J. F. K.

“Era tanta la ceniza que el jefe de nuestro departamento nos invitó a conocer el Volcán Irazú más de cerca. Así, un sábado después del trabajo, nos dirigimos a Cartago. Me acompañaban don Enrique Hernández,



jefe inmediato, mi hermano, Gerardo Porras, Hugo Mejía y un cuñado de don Enrique. Entre las cosas que llevábamos para el camino se encontraban café, cervezas, guaro y whisky”, relató Porras.

Así, aquel día llegaron al imponente cráter del volcán Irazú, donde una nube blanca por momentos tapaba el espacioso orificio mientras las llamas de piedras calientes al rojo vivo eran arrojadas a unos metros del lugar de donde se encontraban.

Para el que no conoce la boca del volcán, valdría explicar que para llegar al centro, en la orilla de la caldera, se necesitaba caminar hacia atrás como una araña arrastrando los pies o sostenido con un aparato especial de montaña por la inclinación de 45 a 90 grados del terreno.

Desde el mirador, según Porras, el escenario aquel día era un mar de ceniza y tierra muerta; nadie se atrevía a llegar al volcán, menos sus compañeros que, sin respetar la recomendación de don Enrique, caminaron hasta el cráter principal hirviendo. Minutos después, como a las 6:30 de la tarde, el sol se apagó y retumbó como cinco aviones en pleno intento de vuelo. Las piedras empezaron a caer como lluvia; don Cristóbal -como lo decía él mismo- temblaba como un conejo



mientras a Hugo y al cuñado de don Enrique los envolvía una arena y se perdían entre el hueco y los gritos de la gente.

“-De las doscientas personas que estaban en el lugar solo nosotros quedamos, porque necesitábamos ayudar a nuestros amigos. De esta forma, de un momento a otro, Gerardo y yo cogimos valor para sacarlos sin ver absolutamente nada. Ese día me oriné en los pantalones del susto”, dijo Tobal con un acento de orgullo por salvar a sus compañeros de la muerte en el volcán. Costó alrededor de 30 minutos salir. Para estos artistas del escape lo más chistoso del asunto es que los otros dos valientes retadores -sus amigos- terminaron haciéndose del cuerpo en sus calzoncillos de manta. Definitivamente, ese día casi se mueren del susto porque después de semejante odisea ni el whisky que tomaban les calmaba los nervios a los chicos embarrados de arena en todo el cuerpo.

Vestido con melcocha

Para un niño trabajar no era un pecado y menos motivo de irrespeto a los derechos humanos, más bien era un orgullo. De esta manera, la niñez formaba los cuerpos musculosos de muchos jóvenes que se caracterizarían por trabajar la tierra y darle sustento a la familia. Para Cristóbal Porras esa labor ya era conocida, menos el coger café porque, según me comentó, “-Ese era un trabajo de mujeres”, tanto así que, si se veía a un hombre en esas labores, se le podía decir chuchinga.

“-Ganaba cinco pesos por jornal, que comprendía un día de trabajo de seis de la mañana a doce mediodía. En total podían llegar semanas en los que a puro sudor me ganaba 80 pesos”, detalló. Los horarios normales de la época eran diez horas de lunes a viernes y el sábado seis horas. Las oportunidades de trabajo eran escasas y costaba vivir holgado en el Piedades de antes.

Comenta Cristóbal que siempre se preocupó por su futuro, tanto así que ya no veía futuro con su padre y sería don Gonzalo Cordero, jefe de crédito de oficinas centrales del banco, el que le daría la primera oportunidad de ver dinero. La sorpresa que se llevó: no llegó a ver esa plata porque el convenio que hizo don Juan Porras con don Gonzalo fue prestarnos unos días -eran sus empleados-, así que la paga nunca llegó a las manos de Tobal.

“-Por eso desde que estaba muy pequeño siempre buscaba donde sacar plata y mi padre me daba la posibilidad de ahorrar haciendo melcochas en su trapiche”, recordó Tobal con un acento de melancolía por aquellos tiempos. Fabricaba melcochas, chorreaba sobados y los vendía en Santa Ana. “-Llevaba queso, canela y maní para hacerlas. En un momento hasta España fueron a dar unas melcochas que hice porque me las compró la niña Rosita que iba de viaje”.

Un lindo consejo que le quedó en la retentiva al señor Porras fue su maestra, Irma Acuña, que lo motivó junto con los compañeros de la escuela a ahorrar manteniendo un chanchito en el aula. “-Niños, ahorren para que tengan recursos, compren de contado y antes de casarse busquen un buen empleo”, rezaba muy seguido la maestra. Gracias a estos consejos en la graduación de sexto grado recuerdo que me pude comprar el uniforme, unos zapatos y hasta unos calzoncillos. La sorpresa de aquel día se la daría su padre, Juan Porras, que le compró una especie de suéter. Ese hecho y su indumentaria lo convirtieron en el chiquillo lindo de la graduación.

Cristóbal en momentos

“En 1948 dormía en un cañal con bueyes y vacas... el miedo era permanente (...) los trapiches se acabaron porque el café se comió los cañales”.

Los más de Tobal

- Mejores hombres para volar pala: jóvenes de Brasil y Río Oro –que además se llevaban tirria-.
- El más adinerado: Justiniano Porras
- Bueno para el golpe: Marcial Morales
- Las mujeres más guapas: Adelita Cantillo, Carmelina, Ofelita y Teresa “Techi” Morales
- Los hombres más respetados: don Fermín, Amado y Remigio Morales
- Mejores peones: por Río Oro de La Chimba y La Cebadilla: Los Chavarrías. En Piedades, los cañones Vargas
- Bueno para el machete y la pala: Marcial Volandera



Foto 1: Aquellos viajes a las pozas.

Fotos 2, 3 y 4: Algunas imágenes del Volcán Irazú: ceniza, bruma y viaje en familia.

Marlon Mora



Un justificado tiro al aire

Esta breve reseña histórica recoge un hecho ocurrido en el seno de una familia oriunda y vecina de Piedades, muy conocida, de 7 miembros, el matrimonio y 5 hijos, dos varones y tres mujeres. El mayor contrajo matrimonio y se fue a residir por ahí, no muy lejos, pero sí a cierta distancia de su hogar original. El varón menor, aunque no totalmente discapacitado, pero sí con cierto grado de discapacidad mental. Las mujeres, solteras todas. Inesperadamente fallece el pa-

dre de familia, quedó la viuda con sus 3 hijas y el varón menor, o sea que prácticamente quedaron en aquel hogar 4 mujeres solas, pues el varón menor, aunque ya adulto, no podía considerársele un amparo seguro para aquellas 4 mujeres.

Cuando fallecido el padre, las hijas aunque un poquito entradas en años, eran mujeres que, aunque de no gran hermosura, sí eran de normal aspecto y aún con posibilidad de contraer matrimonio. Vivía por ahí, no muy lejos de aquel hogar, un individuo, de aspecto digamos de un poquito debajo de lo regular, con algunos nada edificantes hábitos, con un hijo natural por ahí, quien poco tiempo después del deceso de aquel padre de familia empezó a rondar por aquel hogar y rondar y rondar. Y pasaba el tiempo y aquel individuo no renunciaba a su costumbre de rondar por ahí. ¿Qué intenciones lo llevaban a rondar por aquel sitio? ¿Fines matrimoniales? Pareciera que no. ¿Fines de jugar al don Juan? ¡Quién sabe..! ¿Pretendería que iba a poder hacer su agosto en aquel hogar constituido primordialmente por mujeres solas y aparentemente desamparadas? Solo él. Lo cierto es que nuestro don Juan Tenorio tico rondaba siempre por ahí.

La casita en que residía aquella familia, de escasos recursos, era sencilla, de madera. No disponía de verja protectora al frente. Su protección externa la constituía una cerca de alambres. En la cerca había un portoncito, también de alambre de púa, seguido de una acera angosta de cemento que conducía hasta el corredorcito de la casa. Un día de tantos, siendo de noche, no a altas horas de la misma pero sí entrada ésta, aquel individuo, en evidente abuso de confianza, decidió traspasar los límites de la propiedad y pasar la cerca de alambre con el propósito de llegar hasta la casa. Fue esta acción la gota que derramó el vaso de agua.

Lo que menos se imaginó nuestro aludido personaje fue que le venían siguiendo los pasos y que en aquel momento estaba siendo vigilado por aquellas solitarias y “desamparadas” damas. Pero mucho menos aún se iba a imaginar la astucia con que contaba aquella viuda, jefe de hogar desde que faltó su marido. Resulta que aquella mujer era hija de un agricultor, quien a la vez era cazador y, como tal, poseía varios tipos de armas, entre las que no podía faltar el revólver. Y aquel digno y valioso trabajador del agro no se conformó con emplear las armas únicamente para su uso personal sino que también enseñó a su hija a usarlas, sobre todo el revólver. Y cuando aquel hombre sintió que se le acercaba la muerte, como parte del reparto de bienes, heredó a su hija el revólver que, repito, de su manejo tenía muy buen conocimiento.

No más aquel individuo, en notorio abuso de confianza, hubo traspasado los límites de la propiedad, aquella dama abrió la puerta, salió a su encuentro al corredor de la casa, revólver en mano, levantó el brazo y, sin decir ¡agua va!... ¡pum!, un tiro al aire, e inmediatamente atrás la siguiente advertencia: “El otro es por las canillas”.

Por supuesto que ante aquel desagradable, inesperado y atemorizante recibimiento, a aquel individuo, como dice Lencho Salazar en una de sus canciones, no le quedó más que darle agua a los caites y zafar de aquel sitio, si no a la velocidad del rayo, sí a la mayor velocidad que sus piernas le permitían, pues la muerte lo acechaba terriblemente, la Pelona lo perseguía a pasos agigantados.

No hay duda de que después de este inusitado hecho, aquel individuo andaría comiéndose viva a aquella viuda: “-Vieja desgraciada esa, no ves que me hizo un disparo al aire y me amenazó con dejarme inválido, pues me dijo que el siguiente balazo me lo mandaría a las piernas. Vieja desgraciada esa!”.

Este hecho, nada común y corriente sucedió, no en la época de la fiebre del oro del oeste de los Estados Unidos, sino en nuestro vecindario, en el Piedades de ayer. No voy a emitir juicio alguno acerca del proceder de aquella viuda, si con su decidida y valerosa pero a la vez poco violenta actitud para protegerse y proteger a sus hijas, se comportó bien o mal. Dejo al mejor criterio

de ustedes, mis muy apreciados lectores, el expresar su valiosa opinión acerca de si con su modo de proceder, aquella dama actuó de la mejor manera o en forma precipitada e incorrecta.

Gerardo Morales Morales



Hablando en plata blanca

En todos los idiomas del mundo se acuñan frases llenas de sentido, que todos comprenden, aunque no respondan a ninguna lógica. Una de ellas es la que encabeza este breve comentario y significaba, poco más o menos, “hablando con claridad, con apego a la razón y a la realidad, con franqueza”. Hoy se oye poco, tal vez porque se ha ido perdiendo la legalidad del lenguaje, es decir, nos hemos vuelto menos auténticos. Es la misma razón por la cual poco se dan ahora, como se decía antes, las personas de palabra, de verbo confiable.

Este breve preámbulo se me ha venido a la cabeza porque solo en Piedades recuerdo haber sido testigo de una costumbre, creo que hoy desaparecida, practicada generalmente entre mujeres, de hablar en “ca” y en “cuti”. Eso me caía mal porque parecía obedecer a un propósito de pasar por listo o lista, ya que, quien no dominaba esa forma de lenguaje, al oírlo, se quedaba, como dicen, al bate. El asunto consistía en que las palabras se decían rápidamente, partidas en sílabas, entre las cuales se repetía un “ca” o un “cuti” del siguiente modo: ca-us ca-ted ca-me ca-cae ca-mal. O bien: cuti-voy cuti-a cuti-to cuti-mar cuti-ca cuti-fé. Claro que hablar así a velocidad requería una destreza, un entrenamiento y servía a los o las hablantes para mantener una conversación en cierto modo oculta o camuflada para los legos en la materia.

El español traído a América por los conquistadores, llamado también castellano, se vio modificado con numerosos regionalismos y extranjerismos. Por eso en cualquier país de América hay momentos en que uno no entiende lo que le quieren decir. En uno de esos países una vez pedí una comida, haciendo uso del menú, suponiendo que iban a servirme un plato muy conocido en Costa Rica con el nombre que decía la carta y, cuando me lo sirvieron, tuve que devolverlo porque se trataba de algo incomible. Otra vez tuve que preguntarle a un amigo qué me quiso decir una señora cuando, en la sala de su casa, me preguntó si me provocaba un tinto. Todo quedó claro cuando mi amigo me dijo que respondiera si quería yodo o petróleo, es decir, café. En Nicaragua, cuando ya es tarde de la noche, un parroquiano no dice que se retira por eso, porque es tarde, sino porque es muy noche. Tampoco le pregunta a uno qué hora es, sino qué tiempo lleva.

En el Piedades de ayer, las personas más antiguas usaban todavía muchas frases y palabras traídas por los conquistadores, pero, conforme fueron muriendo esas personas y sepultadas bajo tierra, unas paladas de ésta correspondieron también a su lenguaje.

Ahora recuerdo que, en mi época de colegio, yo me inventé un lenguaje en que logré sustituir las letras por números y esto me servía para copiar en los exámenes, sin que el profesor se diera cuenta de que en el forro de los cuadernos lo que parecían ejercicios matemáticos eran en realidad palabras muy castizas. No tengo escrúpulos en decirlo porque, una vez, un buen profesor me aconsejó: “En los exámenes, si sabe la respuesta, escríbala; si no, copie; y, en último caso, invente. Pero no me devuelva el examen en blanco”.

Guillermo Ramos Morales



El oro sonriente

Hace unas cuantas décadas, muchos hombres de este pueblo se fueron para “La Zona”, en el sur del país, donde tenían asiento varias fincas bananeras. Esto constituyó algo parecido a lo que en los Estados Unidos se llamó “La conquista del oeste”. Aquí habría que hablar de “La conquista del sur”. Por la pobreza económica de Piedades (aunque yo no creo que Piedades haya sido alguna vez realmente pobre), algunos de nuestros hombres se fueron para la zona, porque allá se ganaba mejor.

De tiempo en tiempo nuestros emigrantes regresaban al pueblo, generalmente hacia final de año, algunos de ellos con sus llamados pantalones panchucos y lustrosos zapatos (a veces de charol); con cadenas al cuello, supuestamente de oro, de las que colgaba un dije (a menudo un crucifijo); frente a los ojos, unos Ray Ban, casi siempre de lentes verdes y, sobre todo, exhibiendo calzas y coronas en los dientes, de reluciente oro.

Todo ello parecía dar testimonio de bonanza económica, de lujo más o menos feliz. De quienes fueron entonces, no todos regresaron. Otros volvieron pero, al parecer, el mucho dinero que ganaron se quedó allá enterrado en cantinas, aventuras de faldas y derroche generalizado. Se les oía hablar mucho de Golfito, Puerto Cortés, Palmar Sur y Norte. Siempre quise conocer la zona, pero nunca fui entonces, sino mucho más tarde, cuando la Bananera había levado anclas, especialmente a raíz de la penetración y dominación comunista de los sindicatos.

Se puso muy de moda, en aquellos floridos años que, quienes venían con sus dientes laminados de oro, ensayaran nuevas formas de reírse, de tal modo que, al hacerlo, quedaran a la vista las piezas dentales refulgentes de amarillo rojizo. Algunos arqueaban los labios, para mejor dejar sonreír el oro.

Al llegar a la universidad en 1957, año de la famosa reforma del rector Rodrigo Facio, viejos profesionales volvieron a matricularse en la U por curiosidad e inquietud intelectual. Uno de ellos fue el Dr. Fermín Alvarado, cirujano dentista. Nos hicimos grandes amigos, a pesar de la diferencia de edades y, a menudo, estudiábamos juntos en su consultorio del Pasaje Jiménez, en San José. Pero Fermín tenía otro consultorio en la zona de Los Santos. Extrañado de que tuviera un despacho en una zona tan alejada de la capital, que visitaba los fines de semana, le pregunté sobre el motivo de ello. Sonrió y me dijo: “Mirá, es que allí está la plata. A todo el mundo le gusta andar con el hocico lleno de oro”. No volví a saber de Fermín, un hombre muy inquieto que buscaba el saber como una aguja en un pajar.

Guillermo Ramos Morales



TEMA V VIDAS E HISTORIAS

Las cosas de la vida

Muchos son los que dicen que todo pasado siempre fue mejor. Sin embargo, vale dar una vuelta de ojo a la vida de uno de los ciudadanos del siglo pasado para poder entender que las realidades parecían distintas, pero conservan muchos de sus comportamientos. Es por esta razón que les contaré una historia que deriva muchas más de la boca de Mariano Mora Aguilar, Adilia Fernández Solís, German y Marcos Mora Fernández ambos hijos de esta pareja con casi 60 años de casados.

Así, esta pequeña historia pretende dar pinceladas de la política de 1948, la enfermedad que más daño le hace al mundo: la envidia, las formas de estafar a los más inocentes, el valor del matrimonio y un niño perdido en Panamá que puso a rezar a su madre las 24 horas del día.

El escoger un presidente en un país siempre ha tenido importancia y el proceso provoca sucesos, que muchas veces no se encuentran escritos en la historia del lado de quienes la vivieron. La razón: los sujetos eran personajes humildes de ropa interior de manta, pantalones de huecos en las rodillas por el trabajo sobre la tierra ganando el jornal y manos llenas de callos forjados con la pala o el cuchillo, instrumentos de un valiente campesino.

Por allá de 1948 la política se manifestaba tambaleante donde existían dos bandos claros: un grupo que apoyaba a Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, que serían conocidos como “mariachis”, y los otros que se adherían a un grupo liderado por don José *Pepe* Figueres.

Mariachis que no cantaban

“-Pasábamos el día con miedo, escondidos en trincheras hechas a mano, bajo la tierra, con toda clase dudas de lo sucedía afuera y, lo peor, pensando qué podían hacerles a las mujeres de la casa o a los niños”, comentó Mariano Mora mientras recordó que su suegro Ignacio *Nacho* Fernández y Víctor Aguilar fueron a dar a la Peni -cárcel- con una pena de 31 días por el único hecho de pensar diferente del oficial.

En la casa del señor Mora se ideó una genial forma de esconderse de los mariachis. Con leña se formó un cuarto hueco al que se podía acceder desde la cocina por una ventana de 50 por 50 centímetros. Esta se cerraba con una puertita especial. y fue el refugio muchas veces de madrugada, mañana, tarde y noche, sin poder comer, beber o fumar, dormir era imposible porque el miedo de perder un familiar estaba latente las 24 horas.

“-Un día escuchamos balazos, al rato llegaron cuatro hombres de tez oscura, todos morenos con una pinta de cholos, estaban armados y disparaban hacia el suelo mientras hacían bromas”, recordó Mariano Mora. Minutos después gritaron los chiquillos y se escondieron dentro de la casa. Entonces Mariano y Anastasio *Tacho*, ambos hermanos Mora, y uno de sus primos, José María Mora, corrieron para tirarse por la ventana; más de uno pasaba tallado mientras caía en aquel cuartucho salvavidas.

“-Dentro de la cámara, aquella troja de leña, escuchábamos cómo se robaban una chancha, la mejor que teníamos. Ese día los mariachis acompañados por un vecino de la comunidad tendrían que comer chicharrones”, dijo Mariano Mora, mientras me revelaba el nombre de aquel hombre vecino suyo y hasta integrante de la familia que vendía a sus amigos.

Con esto se descubre que la gente de antes es igual a la de hoy y que las desilusiones siempre existirán. Ese fue el sufrimiento que tuvieron que pasar muchos hombres y mujeres ante

extranjeros que no dudaban en darle por la cabeza con la culata del rifle. Uno de los hombres más influyentes de la comunidad que recibió el maltrato de los mariachis y fue atacado cuando les daba la gana fue Fermín Morales. Los cholos que intimidaban a la gente estaban acostumbrados a robar ganado, cerdos y asaltar pulperías; todos eran de nacionalidad nicaragüense. Vestían con ropas estilo Rambo y nunca dejaban de lado su buen rifle, con el que presumían y gritaban improperios a quien se toparan, incluso a integrantes de su mismo partido.

Un dato chistoso de esta triste época de la historia la recuerda su esposa, Adilia Fernández, cuando en una ocasión unos hombres entraron a la propiedad a robar chanchos. “-En el momento que gritaron y tronaron las armas dos chanchitos se refugiaron dentro de la casa. No sabía cómo sacarlos porque me daba miedo que alguien intentara entrar y nos disparara por llevárselos...al pensar que los estaba escondiendo”, agregó. La sorpresa se la llevó cuando en una esquina de la sala los dos cerditos temblaban mientras se abrazaban con sus pezuñas y los pelos blancos relucían parados de punta: símbolo del nerviosismo que los atacaba en ese momento.

Otras de las circunstancias que se vivían en los cincuentas y sesentas era la moda del contrabando: no era relacionado con drogas, dinero de mal haber o estupefacientes. La historia recuerda un líquido que desinhibía y ayudaba al más miedoso a declarar su amor: el guaro de contrabando.

Guaro colorado

“Había muchas personas que producían este elixir; entre los más famosos se encontraban Víctor Aguilar, Recadero y Alberto Solís –ambos hermanos- y Gilbert Fernández. Sin embargo, todas las familias lo hacían de alguna u otra forma desde una cafetera pasando la manguera de su evaporación por una pila hasta las formas más complejas”, relató Mora mientras recordaba las tomadas de chicha que se daba la gente en las rezos en diciembre. La forma de producirlo no consistía en nada costoso o difícil y gracias a la práctica con la chicha la gente aprendió a sacar el guaro de contrabando.

Lo primero era curar un recipiente lo suficientemente grande de madera o plástico; algunas personas utilizaban estañones de acero, madera o tinas. Luego se ponían dentro del contenedor de cuatro a cinco tamugas de dulce -producto que servía para hacer agua dulce y se encontraba en todo lugar porque Piedades era famoso por los trapiches que tenía-. La cantidad de dulce estaba ligada a la cantidad de guaro que se pensaba sacar; más tarde se le agregaba harina, maíz o cebada. Cuando llegaba a procesarse la chicha se dejaba pasar el fermento hasta llegar a adquirir un tono ralo y colorado. En esta etapa el líquido recibía la denominación de *guarapo*, que se pasaba a un tarro limpio -totalmente-, que tuviese en su parte superior una salida de manguera de cobre aunque muchos la usaban plástica. La longitud de esa manguera tenía que ser de uno a metro y medio. La evaporación que salía por la manguera se pasaba por la orilla de un río donde las gotitas en proceso de ebullición se enfriaban y salía del desagüe el famoso guaro de contrabando.

Al respecto, Víctor Aguilar, uno de los hombres más famosos al elaborar el licor, comentó que entre más curvas tuviese la manguera dentro del agua más frío salía el producto y sabía más fresco. Asimismo, explicó que muchas personas que sacaban se pegaban sus buenas jumas -emborrachadas- porque tenían que estar probando la calidad del guaro. “-Una de las formas más novedosas de sacar guaro la tenía mi sobrino Otoniel Mena quien con un cafetera y una batea producía un licor que verdaderamente emborrachaba”, dijo el señor Mora mientras sonreía recordando aquellos momentos.

El producto final costaba uno o dos pesos la botella. Empero, mucho se ha dicho sobre barbaridades en la etapa del fermento porque le echaban toda clase de cochinadas como baterías,

zapatos viejos, en fin, para aquel entonces había que saber a quién comprarle. Para Víctor Aguilar no era a cualquiera que se le podía probar un trago. “-Yo antes de tomarme una traguito debía saber de dónde venía, porque había gente muy desaseada”, recordó mientras sonreía y preguntaba a algunas personas alrededor si se atreverían a probar “el chirrite” -guaro contrabando-.

Claro, este era uno de los ingredientes principales de las bodas: con unas botellas de guaro, un estañón de chicha y buen picadillo la fiesta estaba lista. No obstante, no era fácil hacer una gran actividad porque la pobreza era lo más corriente en la mayoría de las personas del pueblo. Antes de casarse había que enamorar y muchas veces las químicas entre los suegros y el yerno no eran tan positivas, por eso un poquito de guaro alivianaba las penas... Cuenta don Mariano Mora que para aquel entonces la única forma de tirar pelota o cuerdear a la que le gustaba bastaba con decirle hola y adiós. Pero, ambas acompañadas con un lenguaje no verbal que permitía dar a entender que existía un llamamiento al romance. Así, este Mora de cabellos ahora canosos casi al ciento por ciento intentó enamorar a Adilia Fernández. Después de tres meses de marcar y conversar sobre su futuro, juntos decidieron lanzarse al cumplimiento de uno de los mandamientos de la Iglesia Católica.

Hasta que la muerte los separe...

De esta forma, a los 20 años le propuso matrimonio y se casaron con lo poco que tenían... “-Le di a mi hermano Camilo Mora una yunta de bueyes para que me prestara 300 colones, la que vendió a los días en un monto superior. Con esa plata le compré un vestido blanco, zapatos y un velillo”, recordó mientras su rostro dejaba ver lágrimas de enamorado aún. Se fue a vivir con su madre y la mejor sorpresa en su luna de miel se la dio su hermano Alberto “Beto” Mora.

“-Cuando llegué al cuartillo en el que dormiríamos me encontré aquel catre maltrecho, en el que gastaba todas las noches de mi niñez, reparado. Estaba que tocaba suelo y gracias a unos retoques de Beto quedó como cama decente; el resto no lo puedo contar”, esa fue la primera noche juntos y el inicio del futuro de la familia Mora Fernández. En la casa vivían Ramona Aguilar -mamá de Mariano- y María Mora, su hermana, con sus hijas, en una casa amplia en la Quebrada de La Muerte, bautizada de esta forma porque se decía habían matado a una familia de Puriscal en ese trayecto.

La primera prueba que le pondría la hermana de Mariano a su esposa fue una pila inmensa de ropa sucia. Al principio, la ahora abuela dejó las prendas impecables. Después se resistió al abuso. “Era injusto lo que me hacían; no se imagina las tandas de ropa que lavé, al menos tres sacos de ropa sucia y mal oliente. Al final con un poco de cólera le tiraba agua y jabón mientras las ponía a asolear medio limpias...”, recordó Adilia Fernández.

Esos fueron tan solo unos pocos episodios de sus primeros días juntos. Por eso a continuación detallaré uno en especial, que cuenta de manera minuciosa cómo pudo haber sido secuestrado el primer niño en nuestro pueblo. O cómo pudo haber muerto o continuar su vida en otra parte del mundo con una familia extraña. Esta es una historia que cuenta cómo estafaron a una familia inocente y, aún más, cómo un hombre pudo superar tantas pruebas...

Así los invito a leer la siguiente historia, “Perdido y vuelto a encontrar”, que cuenta con sufrimientos, rezos, engaños, miedos y felicidades, todas con un rasgo especial de sensibilidad humana, de la mano de un triunfador de las peripecias de la vida: el hijo mayor de los Mora Fernández, llamado German.

Marlon Mora

Perdido y vuelto a encontrar

Esta es la historia del hijo mayor de Mariano Mora quien siendo niño tuvo que crecer para convertirse en menos de tres meses en un hombre capaz de atravesar la frontera con Panamá cuando con costos conocía donde quedaba el centro de San José. La particularidad de este caso tiene algo de secuestro, estafa y recuerdos ingratos que la memoria del protagonista aún no puede juntar. La odisea recuenta el suceso de un niño perdido en Panamá por más de 87 días, que gracias a una bienaventuranza apareció en carne y hueso en la puerta de su casa en Brasil de Santa Ana, a esperar el abrazo de su madre aquel día para todos maravilloso, por allá de 1960.

Todo dio inicio el día en que, por obra del destino, se juntó un matrimonio y decidió en nombre del amor procrear a su primer hijo German Mora Fernández quien, con menos de cinco años, ya había aprendido a trabajar en el campo sembrando, arreando vacas, ordeñándolas, colaborando con su mamá en quehaceres de la casa y en otras labores, mostrándose como un valiente: “un hombre hecho y derecho”.

“-El primer trabajo de German fue en una fundidora y ganaba cinco pesos. El pobre llegaba tostado, negro de pies a cabeza. A todos nos daba lástima ver cómo trabajaba; por eso papá no le permitió trabajar más en ese lugar”, comentó Marcos Mora, su hermano. Pasaron algunos años y su padre, a los escasos 12 años, le dio la oportunidad de administrar una pulpería 200 varas al sur del antiguo Registro Civil en San José Centro. En la tarea lo acompañaría su tío ocho meses mayor, Alexis Fernández Solís. Poco a poco aprendió el quehacer de atender y vender granos, abarrotes y hasta dulces. Sin embargo, su destino parecía trazado años antes, casualmente no de la manera más fácil. Allí en esa pulpería conoció a un señor de nombre José Manuel Quintero, que le visitaba en muchas ocasiones. Sería su pesadilla, una que no se le ha borrado en más de cinco décadas de vida y Quintero fue el responsable de dejar a aquel niño perdido en medio de la nada en Panamá mientras le robaba todo lo que podía a su padre, Mariano. Pero antes de hacer semejante cosa se ganó con múltiples visitas el cariño y el afecto de German en la pulpería de San José.

“-Era una persona común muy alegre y simpática, cargado de virtudes para palabrear a cualquiera”, comentó Mora mientras guardó silencio por unos segundos. Así, José Manuel visitó a la familia y la conquistó a base de detalles. Entre los recuerdos que tienen todos los integrantes de la familia datan aquellas tardes en las que les gritaba a los más pequeños que vinieran a abrazarlo mientras les confeccionaba un papalote a cada uno.

“-Señor Quintero, queremos un papalote bien grande que toque el cielo y tape el sol por un momento”, decían William y Marcos al unísono, hermanos de German.

Su respuesta:

“-No, chiquillos, mejor les hago tres: uno para que tape el sol, otro la luna y en el último mientras lo manejan se sentirán en el cielo”, decía José con un tono de padre consentidor.



German por allá de 1960

De esta manera, aquel señor de figura regordeta, ojos verdes, piel morena y tez acholada ganaba adeptos en el pueblo donde la mayoría de las personas era inocente y creía en el prójimo. Logró envolverlos a todos, desde los jefes del hogar hasta sus hijos, a base de engaños y chineos hipócritas... Una clara muestra, las múltiples conversaciones de José con German cuando hablaba de sueños.

“- ¿Cuál es su sueño, carajillo?

“- El sueño de todos, don José Manuel. Aunque sueño muchas cosas lo que más deseo dentro de mí es manejar un camión bien grande.

“-¡Pues, huevón, está salvado! Quintero te va a enseñar a andar en el más grande de todos”, mientras lo palmoteaba en la espalda.

Del otro lado de la moneda, su padre, Mariano Mora recuerda cómo le cumplía su ilusión. “German me insistía todos los días en un sueño y vi la posibilidad de que aprendiera al lado de José, un chofer muy experimentado. Con eso él tendría trabajo y German aprendería a defenderse solo”, acotó.

Al final, la presión de aquel desconocido ganó y se invirtió en un camión, el sueño de todos...

Magirus en neutro

El gran día llegó. Brasil se detuvo por unos segundos mientras pasaba una máquina con un sonido parecido al de un avión. En la noche era fácil identificarlo al venir porque sus focos tiritaban a lo lejos. Ese era el sueño de German comprisionando en segunda mientras bajaba la inaccesible carretera.

“-Cuando entraba ese Magirus Deutz todos paraban a verlo; era todo un acontecimiento; la razón, nunca pasaban carros por aquella calle improvisada”, explicó Fabio Villalobos, vecino del lugar, quien presenció en más de una ocasión la entrada del Magirus cuando era apenas un niño.

El trabajo de Mora sería acompañar a José Manuel en viajes para ir aprendiendo el teje y maneje del asunto. Entre los viajes más largos se encuentran unos a la zona sur -Buenos Aires y Ciudad Neilly- donde nunca mostró su faceta de estafador aquel hombre acholado de apellido Quintero.

“-En los viajes conversábamos esas cosas de la familia. Quintero era un hombre noble en apariencia que jamás pensábamos fuese a hacer lo que hizo”, recordó Alexis Fernández Solís, tío de German y compañero de viaje.

Cuenta Alexis Fernández que en una ocasión se vararon en Buenos Aires, porque constantemente los tacos de la bocinas del camión fallaban. “-Ese día hubo que ir por los repuestos y el encargado de traerlos fui yo. Pasábamos una de penurias durmiendo en el carro o preocupados por perder tiempo de trabajo”, agregó.

Para ese entonces no había una mínima sospecha de la buena voluntad del señor Quintero. Empero, un recuerdo de Alexis hizo crecer la duda acerca de la nobleza de aquel simpático y hablador caballero.

“-En una ocasión, no recuerdo si fue que nos varamos o teníamos hambre y no había plata, el asunto fue que me pidió el anillo -uno de oro que estimaba mucho- para solucionar el problema y no se arregló nada, pero sí se me perdió aquella alhaja”, recordó mientras lamentó no tener más edad para exigirle le devolviera el bien de su propiedad.

Iluminación divina

Días después Alexis le comentó a su novia el suceso y a partir de ese momento la desconfianza de su ahora esposa quedó latente, tanto que gracias a ella no se perdieron dos niños en Panamá.

“-Ese era un carajo labioso, decía lo que todos querían escuchar para luego engatusarlos con lo que quería para beneficio de él. Quintero era un lobo con piel de oveja”, detalló Flora Angulo, esposa de Alexis Fernández.

Fueron esas y otras dudas las que iluminaron a su novia una noche para bajarle los ánimos de viajar a Panamá. Según recuerda Flora, antes de ir a Panamá Alexis llegó con una maleta pequeña para contarle que viajaría a acompañar a German y Quintero en un largo trayecto. Para ese instante, una mezcla de providencia, sexto sentido y celos la hizo darle el ultimátum a su ahora esposo.

“- Mi amor, voy a ir a Panamá a hacer un viaje”.

“- Alexis, si usted no tiene ni pasaporte ¿cómo va a ir?... además le puede pasar algo, recuerde lo sucedido con Quintero hace poco ¿o ya se le olvidó? Véalo de esta forma, si usted se va no nos vamos a volver a ver...”.

Después de analizar las circunstancias y verse sin pasaporte, Alexis se devolvió en algún lugar sin realizar el viaje y aparecería en la puerta de su enamorada al día siguiente.

Y al otro lado, quién sabe por dónde, el carro calentaba al subir la carretera Interamericana con un niño inexperto en la vida rumbo a Panamá y un hombre que sonreía antes de hacer tremendo fraude. La conversación del viaje nadie la recuerda, tal vez Quintero sí, pero no se sabe a ciencia cierta si aún vive o donde está. Lo único que recuerda el protagonista de esta historia es que tenía que dejar una maquinaria en Chitré, de la provincia de Herrera, después de Paso Canoas -sitio ubicado de tres a cuatro horas de la frontera en la actualidad en automóvil-. La máquina la descargaría en un ingenio y, según el peso, para bajarla se necesitaban más de diez hombres, por eso se utilizó una especie de teclee, encargado de dejarla en el suelo.

“-Lo que dejamos en Chitré era pesado y allí mismo cargamos el camión de azúcar y nos dirigimos a Ciudad de Panamá”, recordó con escasos detalles German Mora.

Ese sería el trayecto donde sucedería el acontecimiento más importante de su infancia y que marcaría la vida de este hombre conocido en su adolescencia por ser uno de los mejores porteros de Piedades. Más tarde, ese sería otro de sus sueños inconclusos.

Varonazo...

Al frente de la Nestlé, en Panamá, el camión se descompuso y de ahí en adelante vendría la estafa de Quintero -como obra del destino-. Unos días después se llevaron la carga a Ciudad de Panamá en otro camión unos extraños mandados por José Manuel.

“- Ay, German, las bocinas del Magirus están malas hay que ir a buscarlas. Usted quédese cuidando mientras voy por ayuda” (la estafa había iniciado).

Imaginen cómo pudo pasar su primera noche, solo, fuera de su país con el estómago vacío mientras caían las sombras sobre aquel camión extrañando con todas sus fuerzas la tortilla caliente recién salida del comal y el jarro de agua dulce en la mesa de su madre santa. Aquella noche era oscura y su temor aparecía cada segundo en un abrir y cerrar de ojos. No se sabe si lloró toda la noche o debió tragarse todo mientras el dolor le marcaba cada centímetro de su piel para siempre. Lo único que nunca dejó de hacer fue cuidar el camión de su padre, tarea encomendada que cumplió en casi tres meses que durmió y comió en el Magirus. La aventura continuaba; cuando tenía hambre alguien se acercaba a darle comida y, según comenta el propio German, nunca pasó necesidad. “Siempre tuve desayuno, almuerzo y una comidita en la tarde; había personas que se

me acercaban a darme hospitalidad”, dijo. “Siempre cuidé el camión. Recuerdo que solo los últimos 15 días dormí en una cama que me prestaron los vecinos de una casa al frente de la fábrica Nestlé”, acotó.

Todo esto sucedía y Quintero llevaba varios días pidiendo plata en efectivo para ir a reparar el camión que estaba descompuesto. La historia que contaba era más o menos así: “Estamos varados en Paso Canoas -dato inexacto porque estaban más cerca de Ciudad Panamá que de la frontera- y German está solo, déme para comprar los repuestos”. Esa fue la manera de pedir dinero, en más de una ocasión personalmente (durante el primer mes) o pedido por encomienda.

“-Le daba lo que me pidiera, solo quería ver de vuelta a German en la casa. Fui en múltiples ocasiones a mandar plata con choferes de Tracopa en la estación central en San José. Y una vez un carajo me dijo que no había visto ningún carro varado en Paso Canoas”, explicó Mariano Mora con los ojos llenos de un brillo de angustia del recuerdo. Imposible que alguien viese ese camión en la frontera, porque ya estaba en Panamá; además aquel Magirus había sido parqueado dentro de la fábrica Nestlé.

Candelitas de quinceañera

German se preocupó por el camión al estar parqueado en el espaldón de la calle. Así, sin saber cómo lo hizo, metió el Magirus Deutz en el parqueo de la empresa Nestlé (seguro alguien le ayudó empujándolo). Allí en varias ocasiones cerró bien y se fue a ayudar a una familia que lo trató como uno más de sus hijos. Empero, por más que hace memoria no recuerda el nombre de las personas ni sus apellidos.

“-Vieras cómo me duele el hecho de no conocer a estas personas. Les debo tanto. Me agradecería mucho hablar con ellos casi cuatro décadas después”, dijo entre sollozo.

La familia era pequeña, compuesta por una esposa, un esposo y una hija que casualmente para ese entonces cumplió quince años. Suerte la de este visitante que, sin saber o estar entre la lista de invitados, fue parte de la celebración organizada, por aquella gente tan buena que lo cuidó en casi tres meses de estar perdido.

“-Creo que en algún momento me ofrecieron adoptarme. Llegué a pensar que esa sería mi vida. El día del quince años la hija de la familia me regaló una candela del queque”, dijo y se detuvo de repente mientras agregó: “Esta es una historia muy triste que no me gusta recordar, esto



Un Magirus Deutz por dentro

es muy triste para mí, me duele... me pudieron pasar tantas cosas”, lamentó y estalló en llanto mientras recordaba imágenes de ese pasado que solo él conoce.

Uno de los datos que rescatar es la amabilidad de esa familia que siempre lo protegió y nunca pidió trabajo a cambio de su cariño; cuando lo hizo fue por su propia decisión. Esos hospitalarios panameños solamente le dieron atenciones que German en su momento devolvió colaborando en labores al señor de la casa: cargando el carro de tomate para que lo fuera a vender en Ciudad Panamá.

“-El señor de la casa tenía una finca con plantación de tomate, tengo en la memoria como si fuera hoy que me compraron ropa nueva porque vieron cómo andaba... de seguro muy mal vestido”, añadió.

Qué cosas de la vida, porque a muchos kilómetros al norte una mujer no dejaba de escuchar la radio esperando una noticia de su hijo perdido. “Los días que pasaban me provocaban un dolor en el alma. Rezaba noche y día. Siempre tuve fe en que llegaría”, comentó Adilia Fernández Solís, su mamá.

Un día, mientras cuidaba el camión ubicado en el parqueo de la Nestlé, pasó un señor en un camión y le dio dinero con el compromiso de que pasaría por él a la vuelta porque se dirigía hacia Ciudad de Panamá a dejar el transporte que llevaba.

Primer avistamiento

German no recuerda el nombre de ese ángel enviado por casualidad o bienaventuranza, quien sería su boleto de vuelta a casa. Su viaje al hogar pareciera le provocó amnesia porque los detalles de su regreso son muy pocos.

“-Seguro el dinero se lo dio papá porque me dejó en la Coca Cola en San José y de ahí me fui hacia la casa en bus”, dijo con la palma de su mano izquierda sobre el rostro y la piel achinada.

Por otro lado, Mariano Mora, su padre, no sabe quién le hizo llegar a su primogénito de vuelta. Lo que sí recuerda con precisión: las innumerables ocasiones que le dio dinero a personas para que le trajeran de vuelta a su hijo -alguna de todas sí lo llevó-.

Cuenta Marcos Mora, uno de sus hermanos menores, el número cuatro de la casa, que por obra del destino Dios le permitió ver bajarse del autobús a su hermano mayor:

“-Salí de la escuela en Piedades de Santa Ana caminando con la cabeza hacia el suelo viendo las piedras y el sol brillaban sobre mi sombra. Para ese tiempo en nuestra familia German estaba perdido y todos lo extrañábamos de una u otra forma. De repente levanté la vista y divisé una silueta familiar; por un momento creí estar en trance o algo por el estilo porque dentro de mí deseaba apareciera mi hermano para que todos dejaran de sufrir”, destacó con unas gotas de sudor en la frente y unos ojos color llanto.

“-Caminé unos pasos a velocidad acelerada y confirmé la noticia; era mi hermano, German”, acotó con un tono entrecortado. Pues su mayor deseo en el momento fue abrazarlo y decirle cuánto lo extrañó en ese tiempo. No obstante, para un niño de primer grado y siete años la emoción quedó pendiente.

El escenario cómplice al bajarse del autobús en la parada -donde se ubica hoy la cantina El Tigre- de aquel saludo tácito recuerda a dos niños mirándose con familiaridad y una estima especial, esa que solo produce la sangre que jala: la familia. Ya juntos el paso fue lento con conversaciones normales entre un niño de trece años y uno de siete.

“-Tengo algunas evocaciones grabadas de aquella escena. German iba dos metros adelante con una bolsa de papel de manigueta donde traía algunos recuerdos de su viaje entre los que se

dejaba ver un colorido corte, seguro para mamá –amarillo, rojo, azul y blanco- parecía ser indígena”, indicó.

- Marcos, no hay que decir que me fue mal... fueron las pocas palabras que recuerda le advirtió su hermano en el trayecto hacia Brasil a pie.

La historia no terminaría....

Hijo, te amo

La caminata de vuelta a casa continuó lenta como queriendo retardar la felicidad después de casi un cuarto de año de extrañar la presencia de su familia. El primer avistamiento de su madre no tiene nombre. Esa fue la respuesta que le vino directo del cielo después de pedir las 24 horas del día al Todopoderoso, cuando escuchar La voz de la Víctor o Radio Reloj era pan de cada día, ante la pérdida de su hijo, o después de pedirle a su marido todas las noches que orara junto a ella por la seguridad de German.

En su entrada no se sabe si todos lloraron de la felicidad o si la familia entera se juntó para abrazarlo. Lo que sí se sabe fue que su mamá no escatimó en arrollarlo con sus brazos mientras le decía al oído: “Hijo, te amo, no sabés cuánto te extrañé”, y sus ojos no dejaban de despedir agua y sudor.

La noche no tuvo fiesta y menos se mató un cerdo para celebrar su llegada con todos sus hermanos -William, Orlando, Marcos, Ana, Ignacio y Lourdes- la razón, la pobreza les robó la festividad. Se puede decir que en ese momento volvió a nacer para todos su hermano grande y la tarea de asimilar el sueño se convirtió en una dificultad, porque la sonrisa estaba a flor de piel en cada uno de los hijos de la familia Mora Fernández y el conversar con German era lo que todos querían.

Con todo, aquella quimera lo había dejado en un lugar seguro, pero el sueño profundo seguía sin llegar. Por ello, abrazó con fuerza su almohada en una posición fetal, la misma con olor a hogar que compartió madrugadas tiempo atrás, más aquel catre que tanto extrañaba su calor. Minutos después cerró los ojos y quedó atrás aquel acto heroico del primer niño perdido en Panamá que gracias al destino iluminado por Dios volvió a casa. Después de esto vendrían más enseñanzas, que ya no las cuento. Solo puedo adelantar que su trabajo al año siguiente -con 14 años- fue en San Carlos, lejos de casa, con su tío Domingo “Mingo” Mora: su trabajo, madrear. Más tarde, ya casado, a los 24 años, casualmente diez años después, tendría un accidente que le marcaría su cuerpo y durante el cual hasta perdió el conocimiento. En definitiva, algo tiene este personaje que ante toda circunstancia sale adelante.

Parece tener ocho vidas. Hoy puede disfrutar la vida de una persona jubilada, pero sigue trabajando. “Tengo mucho por qué vivir: una esposa bella e hijos que me quieren, ¿qué más le puedo pedir a la vida?... soy feliz”, finalizó mirando a su esposa con rostro de enamorado. Por esa razón, solo hay un German Mora.

Las tres particularidades de ese viaje

Alexis Fernández, su tío y compañero de viaje en muchas ocasiones, no recuerda la noticia; solo tiene en su memoria que hasta su llegada a Brasil de Santa Ana se dio cuenta del asunto. Y aún más extraño, a pesar de que en la actualidad un niño perdido en Panamá sería noticia nacional y acapararía la total atención de los medios de comunicación, eran pocos los enterados del hecho en el seno de Brasil donde ni su más inmediato vecino lo supo.

Después de la llegada a casa de German, el camión Magirus Deutz fue traído a San José y José Manuel Quintero se encargó de desmantelarlo, con lo que finalizó la gran estafa.



Juan Ratón...

Uno de los mayores aciertos en materia de apodos se dio en el caso de mi querido amigo Juan Ratón (Morales Guillén) (+). Lo recuerdo desde que yo era muy pequeño y él un joven lleno de vida e inquietud. Fue gran amigo de mi hermano Rolando (+) y ambos tenían en común el ser personas muy afectuosas. Le profesaba mucho respeto y admiración a mi padre y, cuando tenía que hacer algún trabajo de construcción, a veces iba a consultarlo. Mi padre lo trató siempre muy bien.



Como me sabía hermanillo menor de Rolando, nunca me llamó por mi propio nombre, sino que, invariablemente, me decía “Yolandito”. El acierto de su apodo provenía de la forma de su cara, menuda y afilada, con unos ojos atentos, miradores de todos los detalles, en una cabeza cubierta de pelo liso y aplastado, que parecía moverse sobre balines. Los movimientos de su cuerpo, al desplazarse, estaban llenos de brío. Recorría cortas distancias con rapidez y agilidad. Nada, definitivamente, más parecido a un alegre ratón.

Una vez, ya adulto, yo necesitaba que alguien me hiciera un trabajo más o menos urgente. Quería demoler una troja. Me pareció que Juan era el hombre indicado. Lo llevé a casa y le expliqué el asunto y, para estimularlo, le dije que, hecha la demolición, le pagaría el trabajo e iba a regalarle todo el cinc. Me miró como un ratón que acabara de divisar un buen queso y me dijo: “¡Son momentos!” En su habla era rápido y contundente, pues pasaba del dicho al hecho sin esperas. Era su manera de entender que para luego era tarde.

Ya un poco viejo y muy dado a la bebida, me lo topé una vez cerca del bar El Bohemio. Me saludó con su acostumbrado cariño y nos despedimos. Pero cuando iba unos pasos adelante, un patán le tiró una bolsa de papel llena de agua que por dicha no dio en el blanco. El que lo hizo se escondió pero lo busqué con indignación y ajusté cuentas con él. Juan, agradecido, me convidó a tomarnos una botella de vino que andaba con él. Yo no acepté, aunque me hubiera gustado. No quise que me retribuyera por mi pequeño acto de lealtad hacia un amigo muy querido. Cuando me lo encontré, el día siguiente, me abrazó y me dijo: “Yolandito: ¡¿Tuanis o agüevado!?”

Hoy no me parece que Juanico, como yo le decía, haya muerto. Siento que todavía anda por allí, con ojo y oído atentos a la “jugada de la vida”, como diría él.

Guillermo Ramos Morales



Seringa, nadie sabe para quién trabaja

Uno de mis personajes inolvidables de este pueblo fue mi suegro y amigo Chequelito, es decir, Ezequiel Morales Saborío. Por su inteligencia natural y sentido del humor se ganó el apre-

cio de casi todos los que lo conocieron. Siempre me llamó la atención que donde Chequelo estuviera, al lado de otras personas, había fiesta de risas. Entonces procuraba acercarme para saber de qué se trataba.

Son muchas las anécdotas que podría contar acerca de aquel hombre, a quien me unió una de las amistades más completas, pero referiré sólo una o dos cosas. Cuando estaba todavía muy joven, fue escogido por gente del pueblo, según me contó, para que, en su representación, le dijera unas palabras de recibimiento al Presidente de la República, don Ricardo Jiménez Oreamuno, cuando este llegó a Piedades para dar por inaugurada la carretera. Chequelo, que era muy desenvuelto y valiente, aceptó.

El brujo, como llamaron al tres veces mandatario, llegó y bajó de su automóvil personal. Había expectativa por aquella visita del Primer Magistrado. La gente se aglomeró para recibirlo. Entonces Chequelo, a la cabeza de los vecinos, se adelantó y le dijo: “Muchas gracias, señor Presidente. Ya nos puso en la capital”.

La gente esperó que don Ricardo dijera algunas palabras para dar por inaugurada la vía. Pero se limitó a ir estrechando la mano de cada uno de los vecinos, sonriente y graznando su habitual jo, jo, jo... Luego volvió a subir a su automóvil para retirarse. Fue un acto inaugural muy propio de la época, sencillo como calzoncillo de manta.

Chequelito tenía un terreno que sembraba con amor, en los últimos años de su vida, a unos seiscientos metros hacia arriba de La enramada. Muchas veces fui a buscarlo allí para acompañarlo y aliviarle la carga cuando venía de regreso a casa. En una ocasión sembró allí un ayotal. Un día me llevó para que viera la cosecha, que ya estaba a punto. A mí me llamó la atención que, en cada ayote, había puesto sus iniciales: EMS (Ezequiel Morales Saborío). Como me quedé viendo ese detalle, me dijo que los había señalado así para que constara que eran de su propiedad, en vista de que se los estaban llevando. Días después me informó que alguien había escrito debajo de sus iniciales: seringa (abreviatura del dicho de entonces, “sería engañarlo”). Pero él, en vez de enojarse, se moría de risa ante esa ocurrencia. Al parecer, quien se estaba llevando los ayotes era una mujer muy pobre, con varios chiquitos de distintos padres. Entonces me explicó que no podía enojarse porque no sabía si alguno de aquellos güilas era nieto suyo.

Chequelo ordeñó de la Biblia casi toda su sabiduría humana, pero su pensamiento era enteramente liberal. Se reía de lo intrascendente y también de lo que se tenía por trascendente. Pero, sobre todo, de él mismo, con gran naturalidad. Esto es de hombres sabios. Muy católico (incluso creo que hasta sacristán) pero también muy reacio a la estupidez voluntaria que, según un pensador alemán, es la peor de todas.

Después de que lo depositamos en la fosa en que hoy descansa, pasé adonde Ricardo Baddilla (pulpería y cantina *El 2 de agosto*) donde me tomé un trago en su memoria, pues una vez que pasé con él por allí, después de un entierro anterior, me dijo que el guaro era leche para los viejos.

Guillermo Ramos Morales



Mi tata y los media cuchara

Ponerme a escribir sobre Alejandro Ramos Santamaría me resulta un poco difícil. Me arriesgo a decir muchas cosas de él que a nadie importan. No sé los motivos por los cuales vino a dar con sus huesos a Piedades, procedente de su querida Alajuela. Ciertos elementos tontamente machistas del pueblo no lo aceptaron, tal vez porque vino a trabajar en lo que bien sabía y a en-

contrar a una nueva mujer que le ayudará a criar a sus cuatro hijos, que había tenido con su primera esposa, de la cual había enviudado. De ahí que se vio obligado a darse de güevazos, al menos, con un par de matoncitos piadosos. Venía muy pobre y se le dio alojamiento en el viejo galeón de turnos de la iglesia. Entiendo que Tino Sibaja, vecino del lado este de la Iglesia, lo aconsejó y ayudó a fin de que una mujer del pueblo lo aceptara. Fue entonces cuando pegó la lotería con todo y serie: se casó, en segundas nupcias, con María Morales Aguilar, hija de Rubén Morales Vargas, el inolvidable abuelo.



Papá, de escasa escolaridad, pero de muy buen entendimiento en todo lo que le importaba, fue un constructor minucioso y perfeccionista. Por ello, fue llamado a hacerse cargo de la construcción de uno de los más hermosos templos con que cuenta nuestro país: la Iglesia de Desamparados de San José, según entiendo, es copia de un templo romano. Fue amigo y alumno aventajado del caballero italiano Gastón Bartorelli Fallugi, quien le enseñó muchos secretos de la vida y de la ingeniería civil; también de don Cipriano Güell, un español de altos quilates. En la tradición de familia, se dijo siempre que mi padre tenía parentesco nada más que con Juan Santamaría, el héroe nacional, por línea de su madre, María Santamaría. A él no le gustaba que mencionáramos eso, porque se prestaba para que nos “vacilaran”. Eso a mí no me importaba. Si es verdad, constituye un alto honor. Si no lo es, bien vale la pena pretenderlo y hasta inventarlo. También sospecho que el hombre tenía su dosis de sangre indígena un poco chúcara. A propósito del soldado Juan, historiadores recientes, no sé si intrigantes, han pretendido que no murió heroicamente baleado cuando quemaba el mesón de guerra, sino poco después, de mal de estómago o “salidera” o cólera, como se decía entonces, lo que constituiría una forma de muerte un poco pendeja.

La participación de Ramos Santamaría en la construcción civil del país abarcó todas o casi todas las provincias y, hacia 1955, fue iniciador de la llamada ciudad satélite de Hatillo, siendo Presidente Figueres Ferrer y gerente del Invu Rodrigo Carazo.

La fotografía que acompaña esta nota corresponde a la época en que el viejo viajaba a

Guanacaste a construir, alrededor de sus cuarenta años y años cuarenta del 1900. Como se ve, estaba flaco. Tiempo después llegó a pesar 230 libras, lo cual me llevó a llamarle la atención porque me pareció demasiado para un hombre de aproximadamente un metro setenta. Ahora me centro en la fotografía: obsérvese que exhibe una “jackette” de cuero, pantalón bombacho, polainas; pero, sobre todo, corbata para andar a caballo. Es que en ese tiempo un señor tenía que usar cor-

bata si era personaje y él, sin duda, lo era. Estamos hablando de un tiempo en que las cuentas a menudo se sacaban usando los dedos. Sólo los muy avisados parecían tener computadora detrás de las orejas. Hoy, numerosos edificios construidos por don Alejandro desafían vientos, aguaceros y terremotos. Fue fanático del sistema de construcción Tomboth alemán (concreto armado) que empleó en la pulpería de tío Fermín. Cada vez que llega aroma de aserrín y cemento, recuerdo al buen constructor, para quien el cedro amargo y el pochote eran las maderas sagradas.

Tal vez lo más genuino de su afán de perfección era que siempre decía de un mal albañil: “Es un media cuchara”. Como se sabe, la cuchara es la herramienta típica del albañil. Un media cuchara equivalía a decir mediocre, algo que siempre rehuyó ser. Seguramente por eso era admirador de Bonaparte.

Mal fumador de cigarros, pero bueno de puro y pipa. Ciertamente a veces se le llenaba la cachimba de tierra y costaba regresarlo a la calma. No fue buen tomador. Generalmente no pasaba de uno o dos tragos o cervezas, aunque tenía un pequeño bar en la casa, para invitados especiales; por ejemplo yo, que hacía las veces de su secretario personal.

En sus ratos de alegría y satisfacción, que no eran muchos, tarareaba “La donna é mobile”, que canta muy bien Andrea Bocelli, pero abandonaba en los primeros compases. Muchos lo tuvieron por orgulloso, con justa razón, pero era que el hombre tenía también justos motivos.

Le gustaba banquetearse para Navidad y Semana Santa. Así, solo para ese tiempo supe lo que fue comer pulpo, arroz con calamares, pescado entero y bacalao noruego, más algún vinillo: casi siempre Chianti, que venía tinto, envuelto en una especie de hojas de palma. Mucha uva y manzana.

Cuando fue necesario, me permitió usar su Smith y Wesson calibre 38 corto, pero nunca me jalé con él ninguna torta. De mí nunca esperó mayor cosa, pero igual me brindó mucha amistad.

Falleció a los ochenta años, como él mismo tenía calculado, de dolorosa enfermedad (cáncer gástrico), pero dio la cara a la enfermedad con dignidad, sin arrugarse. Su perfeccionismo de las formas lo llevó a pedirme que le mostrara la factura de su caja mortuoria., en cuanto la hubiera comprado. No quise complacerlo porque, aunque acepté su retiro como inevitable, me produjo mucha incomodidad. Poco antes de morir, me pidió llevar junto a su lecho de enfermo a uno de los hombres con quien se había dado de trompadas. Papá le pidió perdón porque, según dijo, alguna vez había tenido “una dificultad”. Pero el hombre, ya también viejo, le dijo: “No se preocupe. Si es por mí, no tenga atraso”. Esta bonita anécdota no sé si se debió a que el contrincante había resultado jodido, pero no me extrañaría porque el viejo era bastante macizo de bíceps y espalda. Un puñetazo suyo no me habría gustado llevármelo como mal recuerdo.

Guillermo Ramos Morales



Si me hubiera matado...

Antonio (Toño o Toñillo) Volanchera tiene que figurar, por derecho propio, en la galería de personajes del Piedades de ayer. Era una de esas personas muy bien acogidas en muchas casas, cuando llegaba por un gallo o bocado. Tengo entendido que comía más de la cuenta, tal vez más que cualquier rico, que solo lo hacía a la hora debida o tal vez por no gastar. Si llovía mucho y hacía frío, sosegaba las reacciones de su cuerpo con mucho café del bueno, aquel que era cosechado, tostado y molido en casa, es decir, ciento por ciento puro. Lo que nunca se supo fue adónde iba a parar tanto alimento, porque siempre se mantuvo flaco como un torero.

Cuando iba a alejarse de la casa en que se refugiaba (la de los Rojas Chavarría), para dar un paseo o ir en busca de bastimento, se prensaba en la cintura, en dirección de la rabadilla, lo que llamaban una chinga, o sea, lo que quedaba de lo que una vez fue machete o cuchillo.

Su sombrero era breve, de color gastado, recogido en la parte delantera, como acostumbraron ciertos héroes de la historia. Debajo del sombrero asomaba una cara de niño sonriente y agradecido con la vida, no obstante su pobreza. Acompañaba sus risas con pequeños carraspeos de la garganta e iba saludando o contestando saludos, que parecían los de un viajero un poco urgido de llegar pronto a su destino. No sé si por escasez de dinero o por simple pasatiempo, él mismo fabricaba la cubierta de su chinga o su sombrero de verano, utilizando retazos de cartón. Yo lo recuerdo especialmente porque de vez en cuando llegaba a mi casa, se instalaba en la banca del corredor y no necesitaba pedir nada. Mi madre sabía que estaba a la espera de un gallo que comía con regocijo y concentración.

Lo molestaban mucho otros hombres, quienes se pretendían menos tontos que él. Entonces se enojaba y amenazaba con su cuchillo, que no estaba dispuesto a usar ni servía para nada. Creo que la peor ofensa para él era que lo llamaran “Cumbo”, más grave aún que mentarle la madre. Entonces, furioso, perseguía o gritaba a su agresor. De bonito apellido Jiménez, era mejor conocido como “Volanchera”, un sobrenombre que nunca pude entender. Parece ser que una vez un insoportable bromista (tal vez porque, a su manera, Toño era un hombre feliz, seguramente mucho más que los infelices que lo molestaban), hizo amago de echarle un carro encima, para asustarlo. Claro que Toño se asustó y montó en cólera al mismo tiempo. Entonces le gritó al malvado: “Si me juera matado, lo mando a comer m...”. Sinceramente, si a mí me hubieran hecho lo mismo, habría reaccionado con iguales o parecidas palabras. Y si, por casualidad, hubiera estado presente cuando ocurrió el hecho, lo habría defendido, como definiendo ahora su simpático recuerdo.

Guillermo Ramos Morales



Gloria Artavia Mena, personaje del pueblo: “la doña de Piedades”

Cuando me metí en la política, arrasé.

Por respeto, admiración y tremendo currículo político tiene el cargo de personaje del pueblo y lo de doña, se lo podría atribuir a su genialidad solo comparable con la admirada mexicana María Félix (†). Esa es Doña Gloria Artavia, la doña del pueblo y musa de don Roque Delgado, su esposo, ambos creadores de toda una generación de hombres y mujeres. Su vida se la forjó con trabajo al lado de sus padres en aquel Piedades del siglo pasado. Dice uno de sus nietos, Lenin Ávila, cantautor: “Creo en la palabra de mi abuela a ojos cerrados. Ella es de las personas en quien se puede confiar; para mí cuando habla es sagrado”.

Y no es para menos. Crió a siete hijos y les enseñó lo que a ella le había dado la vida: humildad, respeto, amor por los demás, alegría y religiosidad. Desde su trabajo siempre ha sobresalido en principio; formando uno de los primeros sindicatos para la protección de los derechos de los conserjes; más tarde desde la Municipalidad y más recientemente en la televisión donde ha expuesto la importancia del adulto mayor en la sociedad. En su hoja de vida quedó la fundación del Sindicato Nacional de Conserjes de Educación Pública (Sncep), primer sindicato de ese tipo

en el país, que luchó por los derechos laborales de los antes llamados porteros en las escuelas. “Le entré a eso con mucha gana y prueba de ello es la consolidación del sindicato 36 años después. Siempre dije a mis amigas que el conserje era eso en la escuela no el mandadero del director o la cocinera de la institución... porque en un momento de nuestra historia hacíamos de todo”, comentó orgullosa esta abuelita de 75 años.

Cita presidencial

Gracias a su gran trabajo y entusiasmo logró conocer El Salvador, Honduras, Nicaragua, Panamá, México y Estados Unidos con participaciones en seminarios, simposios y talleres dirigidos a líderes sindicales. Con especial cariño recuerda su visita a San Pedro Sula cuando representó a nuestro país en la Conferencia de la mujer centroamericana y donde compartió con el Presidente de La República de ese entonces.

Empero, su faceta en el escenario político le tenía aún más sorpresas, como cuando logró por primera vez que en Piedades ganara su partido, Unidad Social Cristiana, hecho que le permitió saltar a la escena como regidora y más tarde como Presidenta Municipal. “Cuando me metí en la política arrasé y lo más significativo para mí fue que ganara por primera vez mi partido en Piedades. Ese día me sacaron del distrito como una héroe parte de la democracia”, explicó la conocida abuelita del pueblo, doña Gloria, caracterizada por hacer los mejores rezos al estilo de “antes”.



Parte de su éxito está ligado a su educación, esa que no necesitó de un doctorado en Harvard, pero sí dispuso de tiempo exclusivo para sus hijos sentados en su regazo enseñándoles el catecismo. Datos que en la actualidad conjugan el respeto y la admiración de todos sus siete hijos, 23 nietos y 14 bisnietos, más el completo querer de este su servidor. “Siempre pongo atención a la gente cuando habla; aunque llegué a quinto grado, logré lo que muchos no hacen en toda una vida, el secreto: la capacidad de decisión. Me gusta la política y estaré metida en esto hasta que Dios me dé vida”, dijo la Doña mientras recordó con sencillez su admiración para la señora Pilar Villareal.

Fiel a Gloria

Dicen que detrás de una gran mujer hay un gran hombre. Asunto que se cumple a cabalidad con su esposo, Roque, sinónimo de apoyo durante casi medio siglo de matrimonio. Si no que lo digan los consejos que siempre le da desde su mecedora en el patio o la libertad que le dio desde joven para escoger lo que ella quisiera, demostrando que hombre es el que permite que su pareja se desarrolle plenamente. Ese es un marido de la modernidad donde el machismo no tuvo cabida en el desarrollo de toda la familia.

Para finalizar, como si tuviese poco trabajo en el sindicato y en su casa, no deja el escenario político y continúa en labores por amor a la comunidad desde la Legión de María, la Asociación de Desarrollo, la Guardería Infantil y más recientemente el proyecto Recuperando la Memoria Comunal, donde con gran suceso escribe las páginas del bello pasado de nuestro Piedades. Mujer, líder, oradora, política, madre, esposa en cualquiera de sus matices, la mejor definición es Gloria...

Marlon Mora

Doña Gloria en frases

recopiladas por Gloria Artavia Mena

- *Me gusta ser importante...*
- *El virus que nos mata: la envidia.*
- *Las platas generadas de la política son del pueblo.*
- *Nunca me hice rica con eso; la idea era ayudar a la gente.*
- *Pero si tuviese que dejar todo a un lado por lo único que lo haría sería por sus hijos, razón de ser y, como dice ella misma, su razón de vivir. Tengo la familia que siempre le pedí a Dios.*
- *Entre sus anécdotas, una fotografía en las antiguas Torres Gemelas, aquellas que un oscuro 11 de septiembre nublaron el mundo de pánico por ataques terroristas.*
- *Yo voto desde el 48, me encanta la política.*
- *Estoy en esto de la política porque mi mamá me enseñó que nunca hay que decir no sé. Además, echando a perder se aprende.*

Esposo: Roque Delgado (79 años)

Edad: 75 años

Nació: 10 de agosto

Conocida por su labor como Presidenta Municipal

Su familia: 9 hermanos, 7 hijos, 23 nietos y 14 bisnietos.

“De sindicatos”

Su trabajo como sindicalista lo forjó afiliando personas y formando a colegas suyos hacia el respeto de sus derechos. Sin embargo, su opinión del sindicalismo es conservadora cuando explica que todo manejo que se le dé a una situación de manera negativa no es buena para los envueltos en el conflicto y menos para el país. Claro, su sangre de mujer luchadora se echa de ver: “Siempre me dijeron que yo era una mujer con las enaguas bien amarradas. Por eso si llevamos una huelga por derechos debe llegarse hasta el final”, comentó doña Gloria mientras gesticulaba y

le brillaban los ojos. Aún continúa ligada al sindicato; todos los martes religiosamente arregla problemas a los demás y se encarga de la secretaría de organización y finanzas del SNCEP, a pesar de tener 22 años de pensionada.



Gabriel “Lito” Guillén: todo un personaje, hombre de paz

*Soy un hombre tan feliz.
Dios me dio la familia que siempre quise tener.*

Paciente, con un don especial de organizador y líder comunitario definen brevemente algunas características de uno de los hombres más queridos y respetados de la comunidad: Gabriel “Lito” Guillén Rivera. Entre los ámbitos que más llaman su atención se encuentran: el cuidado del medio ambiente, la educación que no se enseña en un salón de clases y la práctica del deporte.

“Recuerdo con un cariño especial aquellas caminatas con Rubén Morales (qdDg). Siempre los que caminábamos nos preocupábamos por estar en equilibrio con el medio ambiente, por eso, en varios viajes sembrábamos árboles o cuidábamos la tierra”, detalló mientras miraba hacia el cielo recordando a su amigo Rubén.

Su realidad se desenvuelve de una manera tranquila, tal cual debe llevarla un hombre retirado. Claro, esa condición no lo relega, más bien lo hace incorporarse en cuanto idea positiva se encuentre. Tal es el caso de la recopilación de la memoria comunitaria.

Dicen por ahí que su esposa estaba enamorada de él desde la escuela y logró de alguna manera hipnotizar a este valiente Piadoso para largo. Basta compartir una tarde con este matrimonio para ver el amor que se profesan de una manera respetuosa, amorosa y llena de diálogo.

Amor de por vida

“Mi esposo es un hombre ejemplar. Muy correcto y lo amé desde el día que lo conocí siendo una niña”, exclamó María Eugenia Ramos, su esposa. Padre de cuatro hijos y con una semilla futbolera que heredó sangre de deportista, lo hacen ser como él mismo lo dice un hombre enteramente feliz. La muestra de su herencia la gozaron sus hijos quienes jugaron en el extranjero -Roy Guillén- o para equipos de la primera división incluida la Liga Deportiva Alajuelense -William Guillén-, uno de los equipos de mayor tradición en nuestro país.

Muchos comentarios han llegado a mis oídos del fútbol de “Lito”. Dicen algunos que lo vieron jugar que su gambeta era envidiable y su capacidad de armador ya se la desearía más de un equipo de la Primera. “Ese Gabriel era un buenazo; lo recuerdo como si fuera hoy con esas jugadas de maestro en la media cancha donde se adornaba con un taquito al pasarla o alguna ge-





nialidad que solo él sabía hacer”, comentó en su momento Trino Siete. De esta manera, Gabriel en su momento se convirtió en toda una estrella dentro de aquel firmamento de grandes jugadores de antaño. En pocas palabras, podríamos decir que fue el Óscar Ramírez, el Juan Cayasso o el Wilmer López de la selección de Santa Ana. “Tenía liderato, creación y es el padre de muchos jugadores que brillaron en la cancha”, dijo Cristóbal Porras.

Más allá del fútbol

Sin embargo, su ligamen trascendió porque ya más adulto dedicó parte de su tiempo a la formación de niños y jóvenes en este deporte mundialmente conocido. Un dato importante que rescatar es que nuestro querido “Lito” fue el precursor de toda una generación de buenos jugadores. Si no pregunte en Piedades por el Gutiérrez. Ese equipo tan conocido tuvo raíces en un semillero de promesas cultivadas por el mismo Guillén, que en muchas tardes entregó de su tiempo para enseñarles a los niños cómo patear correctamente un balón. Además les mostró las cosas del fútbol, esas que solo un conocedor puede hacer: “Había que enseñarles qué debían hacer cuando iban ganando -con un equipo que acostumbraba patear mucho o ir al cuerpo-. Me gustaba ver un balompié inteligente”, comentó este hombre con una que otra marca en la piel y un título de abuelito chineador bien ganado.

No obstante, este hombre siempre supo juntar el deporte con el trabajo. Un mismo medio de satisfacciones en lo intelectual y vivencial, siempre trabajaba pero tenía tiempo para organizar a sus compañeros e inventar una mejenga el fin de semana. Sería gracias a su trabajo en el Instituto de Vivienda y Urbanismo (Invu) que alcanzaría las metas propuestas. La forma escaló posiciones y dirigió los destinos de muchos créditos de beneficio para muchas familias, una forma de realizarse en el plano laboral.

Con nostalgia recuerda su capacitación en Sudamérica por allá de los años setentas, que lo llevó a conocer Ecuador, Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela y Chile. Entre sus recuerdos están aquellos tiempos en los que los procesos para un crédito no tenían que ser tan largos y donde

la honradez perneaba la vida de la mayoría de personas. “En la actualidad para pedir a un préstamo se debe gastar tiempo y dinero. Antes las cosas eran más sencillas y no existían computadoras ni tantas facilidades”, acotó indignado mientras criticaba duramente la mala atención de muchos centros.

Su caminar ya está adormecido porque una de sus piernas le impide caminar o correr como lo hizo en el pasado. Mas su filosofía de vida es la del mejor maestro que he tenido: “Soy un hombre tan feliz. Dios me dio la familia que siempre quise tener... no me hace falta nada”, fueron sus sabias palabras sin quejarse jamás. Entre sus consejos se encuentran muchos, pero los grabados con tinta imborrable más lindos son el amor por su pareja, sus hijos, su vida, lo cual le hace una persona feliz y un abuelo especial. En definitiva, manifiesto mi admiración personal por este hombre para mí sabio y lleno de un don entregado por Dios directamente para que muchos saquemos provecho. Gracias “Lito”, sos genial.

Marlon Mora

Pie de foto 1: Lito en su trabajo aprovechando el tiempo. Foto2: Gabriel Guillén en una entrevista en Canal 13 con Ivonne Blanco.



Personaje del pueblo: María Isabel Mena Morales, la flaquita de la feria

Soy una mujer feliz y tengo paz para entregar

Humorista, comerciante, escobera, actriz e hija ejemplar definen a este personaje del pueblo. Ella es la mujer que nos alegra los sábados en la feria con una naranja o una sandía en mano mientras con la otra recibe el pago merecido por la fruta. Su nombre María Isabel Mena Morales conocida como Chabela. Delgada, de cabello negro con alguna que otra canilla oculta bajo una gorra multicolor con antena, que como dice ella misma le sirve para conectarse a Internet, describen fácilmente a esta ciudadana ejemplar de nuestra comunidad.

Así es ella, una mujer trasmisora de carisma en el escenario cuando se transforma en algún personaje para hacer una obra de teatro educativa para niños en la catequesis o algún grupo pastoral de la Iglesia. Otra de las formas de pasar su conocimiento a los demás la realiza mediante situaciones que ella misma haya vivido en algún momento de su vida. Su idea final, enseñar la palabra de Dios. Quería ser religiosa, pero por esas cosas de la vida su evangelización la



trae a flor de piel. “Me encanta orar y darle a las personas un poquito del amor que Dios me ha dado a mí”, dijo.

De paz y esperanza

A sus siete años aprendió a confeccionar una escoba observando a su padre. “El hacer escobas es un orgullo, desde el cómo sembrar la materia prima hasta utilizarla para limpiar la casa”, comentó mientras dejó ver un suspiro de nostalgia hacia su padre.

Entre sus recuerdos más dolorosos está aquel accidente en una bicicleta que la dejó en un ventanal, como dice ella, hecha leña. Del accidente no le dieron posibilidades de volver a hablar por los fuertes golpes que recibió en sus cuerdas vocales. Mas su fuerza de voluntad y deseo de superación le devolvieron el habla poco a poco, vocal por vocal. Por eso, no deja de agradecerle a Dios por restituirle su voz. “Este momento de mi vida nunca lo olvidaré; fue un martes en que sin saber los frenos de una bicicleta me dejaron entre la vida y la muerte”, comentó con un tono de orgullo en sí misma. “El accidente fue grave. Iba en la bici escuechada y de pronto vi que los frenos no funcionaban; la siguiente escena fue Chabela volando por los aires contra un paredón. Ese día recibí sangre a borbollones de la vena auxiliar de la aorta -una de las más afectadas-. Sin dejar de lado las nueve bolsas de plasma que recibí en el hospital y las dos de sangre”, finalizó dejando ver sus ojos brillosos llenos de valentía por lo logrado tanto tiempo después.

Sin lugar a dudas esa prueba de superación personal marcó su vida en positivo y ese mismo suceso le hizo trabajar con la gente proyectos de la misma índole: en la Iglesia o desde su trabajo. “El que cura es Dios. Todos los días le pedía que se hiciera su santa voluntad y que me ayudara a salir de eso que tanto me dolía. Usted se imagina a María Isabel callada por seis meses...”, agregó de manera irónica porque el que la conoce sabe lo difícil que es ver a esta protagonista en silencio.

A tanto ha llegado su particularidad al conversar que uno de los cantautores, Lenin Ávila, de la comunidad, le dedica una estrofa de su canción “Pueblito Santaneño”⁷. La universidad la vio pasar con éxitos y en ningún trabajo ha quedado mal, porque siempre da lo mejor de sí. Su gran inspiración la recibió de aquella educación heredada por sus padres que hoy aprovecha para demostrar su amor con la única que lo disfruta: su madre; ya en el cielo, su padre se ríe a carcajadas al verla entretener a la gente. Así que cada vez que vaya a la feria disfrute su conversación con la polifacética Chabe.



⁷ Esa flaquilla graciosa, que vende fruta en la feria, el sábado en la mañana, es un pacho hablar con ella, es una artista del pueblo, se llama Chabela Mena.

María Isabel Mena Morales

Conocida como Chabela, es la número siete de diez hermanos.

Consejos: Dios nunca nos da algo que no podamos manejar Él siempre nos da lo que necesitamos.

Recuerden que siempre Dios tiene un plan y siempre se cumple lo que Dios sabe que es mejor para nosotros porque Él sabe lo que nos conviene más que nosotros mismos.

Hay que ser mujeres felices y dar paz a los demás.

Pie de foto 1: Un sábado para Chabela en la feria. Foto 2: Con su fiel hermano Pancho.

**AQUELLA MEMORIA MARAVILLOSA**

Marlon Mora

El Piedades de antes tiene características que más ya nunca volverán -en especial el siglo pasado- como dice Sergio Zamora Rivera: “No soy tan viejo, pero la vida me ha permitido ver un gran cambio entre mi tiempo y este. La razón, antes existía como estancamiento ahora todo es más acelerado y a nadie le da miedo preguntar. He presenciado la invención de la televisión, las computadoras, el internet, muchas cosas en poco tiempo...”.

En aquellos tiempos era difícil escuchar de robos, drogas, matanzas, en fin la vida transcurría de forma sencilla sin ese ingrediente que provoca quejas mundiales: el estrés. Bastaba con levantarse temprano, trabajar fuerte para ganarse el jornal -6 horas de trabajo continuo- y luego a hacer labores en el hogar o la finca. Para poder casarse las mujeres debían demostrar su virginidad y para levantar la casa del matrimonio se reunía la familia. Sobraban terrenos, pero los materiales para hacerla eran escasos.

Comprar un saco de cemento era todo un ritual; había que desplazarse hasta San José con la carreta de bueyes para luego transportarlos. Eso ya ha cambiado porque en los últimos 38 años ya contamos con materiales de construcción en nuestro propio pueblo. Dice mi padre, Marcos Mora, que antes se traían 15 sacos de cemento para toda una temporada. En la actualidad, 280 sacos no duran 10 días.

Antes solo había dos pulperías -don Fermín y Negro Sibaja- hoy sobran servicios; claro, con una parada en el centro donde se encuentran taxis piratas, farmacia, teléfonos públicos, pollo frito, ceviche y hasta comida china. Puede decirse que el centro no sería el mismo sin Arturo Baidilla, allí donde hasta podemos encontrar un queque de cumpleaños. Y como si esto fuera poco, tenemos nuestro propio medio de comunicación y expresión. El culpable, Ricardo Morales que desde hace muchos años ha convertido su revista en una necesidad de los piadosos.

Dicen por ahí que la luz llegaba a las cinco de la tarde y cada casa tenía un bombillo por el que pagaba un colón. Ahora tenemos: agua, luz, teléfono, Internet y servicios a domicilio de cuanto pensemos. El vestir era elemental para la gente sin llegar a extravagancias -se era recatado o sencillo, no había más-. Por eso, siempre hacía falta una persona que reparara botones o agujeros en la ropa. De ahí la necesidad en el pueblo de un sastre. Un claro ejemplo de este oficio lo

realizaba mi querido amigo Andrés Mora que gracias a su trabajo, muchos podían lucir todos los años el mismo pantalón en buenas condiciones. La razón: la pobreza de entonces hacía estirar el presupuesto -para zurcir o reparar la manta-. Cuenta Luz Milda Fernández que Andrés le enseñó el trabajo de la sastrería. “Siempre recuerdo cuando me enseñó a hacer pantalones de hombre”, dijo mientras lamentaba su reciente muerte. De esta manera, confeccionaba pantalones y vestidos para cualquier solicitante. En la última oportunidad que compartí con Andrés me dio un consejo. “Marlon, hay que disfrutar la vida”, mientras me miraba con ese rostro siempre garbo y cariñoso que le caracterizó. Por eso, dedico unas palabras a este hombre que se ganó mi afecto y se llevó una parte de mi corazón el día de su muerte. Donde estés, Andrés, te quiero.

Antes de terminar, destaco el trabajo de muchos personajes de mi comunidad que en el momento en que les solicité colaboración para este proyecto no dudaron en prestar sus servicios. A todos y cada uno un abrazo grande, mi afecto y admiración por todo lo que han pasado... mi admiración y respeto para la eternidad.



Pie de foto: Esta fue la última fotografía del trío *Los amigos*, para Canal 6. Marisol Soto, Gabriel Morales, Eladio Parra, Marlon Mora, Andrés Mora (qdDg), Flora Umaña y Gabriel Guillén.

Pueblito santaneco

Hoy le quiero yo cantar, a un pueblito santaneño,
a mi pueblo de Piedades y su gente que yo quiero.

Mirá cómo viene ese hombre, cayéndose de borracho,
no le des mucha pelota, no ves que te está engañando,
a ese hombre yo lo conozco, es el famoso Raúl “Saco”.

Esa flaquilla graciosa, que vende fruta en la feria,
el sábado en la mañana, es un pacho hablar con ella,
es una artista del pueblo, se llama “Chabela” Mena.

Hoy le quiero yo cantar, a un pueblito santaneño,
A mi pueblo de Piedades y su gente que yo quiero.

Ya comenzó a contar chiles, a vacilar y a hacer bromas,
ese bandido greñado, fortachón de buena forma,
ese se llama Omar Castro, conocido como Paloma.

Ahí viene con la guitarra, ya fue a guardar el machete,
yo quiero que ahorita cante, para todita la gente,
ese cantante no es más ni menos que Trino 7.

Hoy le quiero yo cantar, a un pueblito santaneño,
A mi pueblo de Piedades y su gente que yo quiero.

Este saludo lo mando, para doña Gloria Artavia,
presidenta municipal, fue tres años en Santa Ana,
tres años consecutivos, de ahí que viene su fama,
que hizo mucho por Piedades y por todito el cantón,
con alegría y con respeto, le brindo mi admiración,
a esa señora del pueblo, la abuela de este cantor.

Hoy le quiero yo cantar, a un pueblito santaneño,
A mi pueblo de Piedades y su gente que yo quiero.

Estos son unos ejemplos, de la gente de piedades,
que lo hacen mucho más lindo y especial que otros lugares,
este pueblo santaneño, les brinda felicidades.

Le pido a la Virgen Santa, la Virgen de las Piedades,
que colme a este pueblo, de toditas sus bondades,
ya que Ella es nuestra patrona, que nunca nos desampare.

Hoy le quiero yo cantar, a un pueblito santaneño,
A mi pueblo de Piedades y su gente que yo quiero.

Bueno, ya pa' terminar, esta canción a mi pueblo,
quiero decirle a la gente, lo mucho que yo la quiero,
que Dios bendiga a Piedades, este pueblo cebollero.

Hoy le quiero yo cantar, a un pueblito santaneño,
A mi pueblo de Piedades y su gente que yo quiero.

Piedades de Santa Ana, 1999